

A photograph of a man with a beard and short brown hair, smiling and looking to his right. He is wearing a white, long-sleeved button-down shirt that is unbuttoned at the top, and white shorts. He is leaning against a thick, gnarled tree trunk on the left side of the frame. The background is a bright, outdoor setting with a blurred mountain range and some tropical plants.

SOY
TODO UN
PERSONAJE

Sylvia Marx

De la autora de
Ni tú Romeo, ni yo Julieta

zafiro[♥]

ÍNDICE

PORTADA

PRÓLOGO

COMENZAMOS

CAPÍTULO 1. MI CRUZ

CAPÍTULO 2. BENDITAS REBAJAS DE VERANO

CAPÍTULO 3. POR FIN... VACACIONES

CAPÍTULO 4. LA DIETA DEL CUCURUCHO

CAPÍTULO 5. SENTIRME COMO UN FLORERO

CAPÍTULO 6. SÍNDROME POSVACACIONAL

CAPÍTULO 7. CENA PARA DOS

CAPÍTULO 8. LA PRUEBA DEL DELITO

CAPÍTULO 9. LA FAMA CUESTA... (y aquí es donde voy a empezar yo a pagar)

CAPÍTULO 10. LA TENTACIÓN RUBIA

CAPÍTULO 11. SIGO SIENDO UN CRACK

CAPÍTULO 12. PRESENTANDO A MI PROMETIDA

CAPÍTULO 13. SUCUMBIR A LA TENTACIÓN RUBIA

CAPÍTULO 14. TOCADO... Y HUNDIDO

CAPÍTULO 15. LA GALA

CAPÍTULO 16. LLAMADAS INESPERADAS

CAPÍTULO 17. TODO UN DETALLE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

PRÓLOGO

¿Soy un tipo diferente?

No sé, no creo, y no es porque lo diga yo, te lo aseguro. Al final de esta novela me lo vas a decir tú, o eso espero, al menos.

Podría darte mil razones para convencerte, que las tengo. Podría decirte que odio el fútbol, que nunca me dejo la tapa del váter levantada, que no soporto las películas de Stallone..., ¡yo qué sé! ¿Que jamás me vuelvo a mirar el culo de una tía?... Bueno, eso es algo más complicado, pero estoy en ello.

Te imagino leyendo esto con una mueca, ¿podría ser una sonrisa?... De paso, déjame decirte que la tienes preciosa. Me gustaría hacerte sonreír durante toda esta historia, pero seguro que te verás con emociones encontradas. Quiero conquistarte, mejor dicho: *tengo* que conquistarte, si me dejas, a través de mis palabras. Y, si sueles leer bestsellers de novela romántica, te sorprenderá que te diga que ya lo conseguí una vez. ¿Por qué? Bueno, eso es lo que voy a ir contándote poco a poco. Sé que no eres una mujer fácil, pero eso precisamente me lo pone mucho más interesante. Me gustan los retos y, además, no me ha quedado más remedio que aceptar éste.

Soy un tipo diferente, ni mejor ni peor que todos los que has conocido hasta ahora, pero si tienes curiosidad por saber cómo soy realmente, entonces tendrás que leer esta historia: la nuestra.

No, no soy escritor ni nada por el estilo; de hecho, es la primera vez que me enfrento a esto, y te aseguro que no me resulta fácil. En realidad, la escritora es Ella, era Ella, la que entonces era mi chica.

Como comprenderás, no puedo darte muchos datos ni desvelar su identidad, al menos, por el momento, pero a estas alturas no es ningún misterio. Sólo puedes saber que Ella era/es escritora de uno de los géneros que tú sueles leer: romántica/erótica. Y creo que bastante buena, por cierto.

Te preguntarás entonces a qué leches me dedico yo y quién soy. Digamos que estoy

acostumbrado a trabajar con mujeres en el ámbito deportivo. Sí, soy un personaje «conocido». Dejémoslo ahí, si te parece, aunque hay algo más.

Puede que estés desorientada pensando de qué va todo esto... No, no es lo que estás imaginando, déjame que te lo explique, ¿vale?

No sé tu nombre, así que, si te parece, te llamaré *tú*, por simplificar, hasta que cojamos confianza. A Ella, mi pareja entonces, la llamaré *Ella* o *Milady*, para mantener su anonimato.

Entiendo tu gesto de sorpresa al pensar que no puede ser que una novela empiece así.

Pero, espera..., ¡no me des plantón ya! No me juzgues todavía, aún estamos conociéndonos, ¿no? Te pido una oportunidad, tienes estas páginas para decidir. Esperaré tu veredicto pacientemente, sea cual sea, y lo asumiré.

En fin, gracias por dejarme traspasar esa puerta para convencerte...

¿Ves como soy un tipo diferente?... ¿O no?

COMENZAMOS

Verano de 2014

Todo empezó a mediados de julio, uno de esos días tan calurosos como para freír un par de huevos en el asfalto. Sin saber cómo ni por qué, Ella había ido trasladando sus cosas a mi piso de soltero poco a poco. Habíamos dado *el paso*, así es como lo definió mi chica, y ya éramos lo más parecido a una pareja de hecho. Parecíamos felices, pero yo todavía estaba en ese doloroso proceso de asimilación.

Una tarde cualquiera, yo había llegado del trabajo y me fui directo a la ducha para refrescarme. Como de costumbre, tardé unos siete minutos escasos.

Cuando cerré el grifo, la puerta del baño se abrió lentamente, con premeditación y alevosía. Empapado de pies a cabeza, me asomé por el lateral de la mampara de pavés (lo recuerdo porque acababa de pagar la factura de la reforma del baño) mientras me anudaba la toalla a la cintura y me encontré que allí estaba mi chica, sexy, sugerente... ¡y semidesnuda! Di un silbido prolongado y sonreí con picardía.

Uno no es de piedra, más cuando se te pone delante un pibón como Ella, aunque sea tu chica (es coña). Te juro que se me lanzó al cuello de repente y me empezó a comer la boca de un modo casi salvaje que me cogió del todo por sorpresa, pero ante determinados estímulos reacciono rápido, e instintivamente la agarré con fuerza por la cintura y la apreté contra mi cuerpo mojado. Mi chica era (o es, imagino) puro fuego, todo hay que decirlo, y yo, con mis treinta y un años, un auténtico volcán en erupción.

Mis manos fueron descendiendo hasta abarcar ese precioso trasero redondo, terso, grande (aquí he de decir que el tamaño sí importa, al menos, a mí: donde esté un culo generoso...).

Ella metió su mano dentro de la toalla y fue directa a comprobar mi erección, diciendo algo muy vulgar pero muy nuestro.

Pensaba que querría hacerlo allí conmigo, en la ducha, pero, en cambio, me tiró del

brazo hasta arrastrarme a la habitación.

De esto hace ya un par de años, pero ya sabes lo que dicen de los tíos, ¿no? Eso de que para lo que queremos tenemos una memoria de elefante, bueno..., la memoria... y, algunos bien dotados, otras cosas. (Es coña.)

El caso es que, muy impulsiva, mi chica me empujó sobre la cama, y no era yo quien iba a oponer resistencia, aun teniendo en cuenta que le saco dos cabezas de altura.

Por lo visto, a ella se le antojaba llevar la voz cantante, y a mí eso me ponía mucho. ¿Hay algo más erótico que una tía dominante en la cama? Sólo se me ocurre una cosa: dos tías dominantes en la cama. (Es coña, guiño si eres «lector».)

—Cariño, prepárate, porque te voy a comer enterito.

Mi sexy caníbal cumplió con creces mis expectativas. Estuve tentado de abrir la boca varias veces para preguntarle qué se había tomado o qué peli porno había alquilado sin yo enterarme, pero lo dejé correr para no desconcentrarla, porque me lo estaba haciendo de lujo.

Cerraba los ojos a ratos, alguna vez, para disfrutar un poco más del placer de su boca justo ahí, subiendo y bajando, pero me encantaba ser también ese *voyeur* que todos llevamos dentro cuando nos lo hacen. Ahí descubrí que a ella también la ponía mucho que la mirase, le tocase el pelo, o reprimiese un gruñido, mordiéndome el labio.

Así fue como empezó una de las tantas noches afrodisíacas que tuvimos en esa época dulce, hasta que me enteré de lo que estaba haciendo conmigo.

Pero no quiero adelantar acontecimientos. Te lo contaré paso a paso; lo suyo es que tengas una visión más general de nosotros y de lo que pasó.

El caso es que yo, sin saberlo, estaba siendo protagonista de sus fantasías, o sea, para mí, de lujo que día sí, día también tuviéramos sexo, que se atreviera a probar cosas nuevas, que incluso me enseñase a mí otras que ni se me pasaban por la cabeza. Y mira que los tíos tenemos imaginación cuando se trata de sexo. Pero como, cuando todo va bien, jamás te preguntas el porqué, yo di por hecho que lo más que tenía que hacer era disfrutar del momento.

Aquella tarde/noche se alargó durante más de cuatro horas, en las que batí mi propio récord, que, todo hay que decirlo, tampoco es que fuese para el libro *Guinness*, porque estaba en un discreto «3», pero, eso sí..., siempre he sido de los pocos que controlan hasta el final, tú ya me entiendes. Me encantaba verla disfrutar, y domino bastante el autocontrol para no dejar a una mujer insatisfecha.

Bien, como te digo, no había problemas en el horizonte. Los dos cogíamos en agosto las vacaciones y teníamos planeado marcharnos unos días.

A mí hacía tiempo que me apetecía bastante que nos perdiésemos por algún sitio escondido, fresco y tranquilo, donde se pudiese dormir bien por las noches y respirar naturaleza. Dejé caer que estaría genial irnos a una casa rural en pleno Pirineo, por ejemplo.

A finales de junio, Ella había tomado la delantera y empezado a buscar en internet apartamentos en la playa, hoteles, apartahoteles, bungalós, caravanas de alquiler en un camping costero... Lo que fuese..., todo, menos ir a la montaña. Al final, aun a riesgo de que los cabrones de mis amigos me llamasen calzonazos, cedí porque la conocía de sobra, y te aseguro que a testaruda no la ha ganado nunca nadie.

Tampoco estaba dispuesto a iniciar una guerra por semejante tontería, y que su enfurruñamiento me dejase a dos velas, con lo bien que estábamos.

Los hombres, que somos más simples que el mecanismo de un chupete, apenas nos enteramos de las cosas más básicas, así que para mí todo iba normal.

Todo..., hasta que llegó el primero de esos fatídicos días. Te lo cuento.

CAPÍTULO 1

MI CRUZ

Ese viernes, 27 de julio, para ser más exactos, salimos con una pareja de amigos a cenar al Sakura, un restaurante japonés, por expreso deseo de ellas.

Salva y yo a menudo nos perdíamos de su conversación, que, como siempre, giraba en torno a libros, autoras, editoriales, promoción, *royalties*, bolsos o zapatos..., y nos centrábamos en nuestro particular tema laboral. Y así, entre *sushis*, *makis* y *gyozas*, yo masticaba y escuchaba pacientemente, mientras él me soltaba el discurso sobre las últimas reformas en la normativa de derechos de los trabajadores, porque, en aquel entonces, nuestro amigo era delegado sindicalista en una importante empresa de automoción. Al final, acabaríamos hablando de coches, como es de suponer, y ahí sí que me integraba yo.

No te lo he comentado, pero soy un forofo de las cuatro ruedas, aunque también me gustan las motos. De hecho, tengo un Chevrolet Impala clásico, *el Che* para los amigos —no me calenté mucho la cabeza con el apodo—, un auténtico chollazo. En fin..., no sé si te apasionan los coches clásicos, así que ya lo hablaremos con más calma.

El caso es, que como te decía, ellas ya habían hecho sus planes para terminar la noche, y eso fue lo que nos mató. Te cuento.

Parece ser que el vino entraba bien, porque pedimos una segunda botella y, teniendo en cuenta que ellas habían quedado antes y tomado dos cañas, a las doce de la noche les brillaban los ojos como luciérnagas.

—Oye, no tengo ni pizca de sueño, estoy superanimada, ¿y si quedamos con las chicas? —soltó de pronto Leire.

—Ostras, sí, qué buena idea —contestó Ella—. Llámalas, a ver dónde están, me apetece jugar esta noche...

Tuve que morderme la lengua para no decirle en voz alta lo que estaba pensando:

«Joder, si lo que te apetece es juerga esta noche..., yo te la doy».

Pero antes de que Salva y yo pudiésemos abrir la boca, ya estaban móvil en mano, enviando wasaps al grupo. Nos miramos con esa expresión de resignación que sólo dos tíos en situaciones así pueden llegar a entender, y en un momento dado, después de preguntar si tomábamos ahí el café o en otro sitio, comenté:

—Ahora, cuando llegue, terminaré de ver la peli...

Y mi chica me miró con las cejas levantadas, con cara de sorpresa, y me dio por debajo una patada en la espinilla.

Al parecer, Salva y yo entrábamos en el lote, es decir, teníamos que pasar la noche en un garito de moda bebiendo copas hasta reventar con seis mujeres. «¡Mátame, camión!»

Eso no era lo habitual, afortunadamente, y siempre que podía me escapaba. Porque, aunque nunca lo he llegado a entender, a mi chica, todo hay que decirlo, le encantaba exhibirme como a un trofeo y pavonearse delante de las demás, presumiendo de tener como novio a un... (por ahora no puedo contártelo, ya sabes) «un poco conocido en el ámbito deportivo», con buen físico, abdominales marcados y todo ese tipo de cosas que tanto les gustan. Ya ves qué ridiculez. Sin embargo, cuando se trataba de noche de copas y cosas banales, acababa haciendo alarde de nuestro entendimiento en la cama, de que éramos la pareja más compenetrada sexualmente hablando.

Sólo se mostraba así de frívola cuando salía por ahí con ellas, era como si la transformaran. Tengo que reconocer que eso no me gustaba, pero, como era algo esporádico, por suerte, lo sobrellevaba.

Así que salimos del restaurante después de tomarnos el café de un trago porque..., mira por dónde, había que darse prisa para llegar al Canterbury a tiempo...

—Coño... ¿A tiempo de qué?

Soy un tío, perdóname, pero no lo entiendo.

Resulta que para ellas era demasiado pronto, además de ridículo y bochornoso, por ejemplo, entrar a la una de la madrugada..., pero no podían llegar más tarde de las dos porque entonces era demasiado tarde, y estaba todo *petao*.

Entonces mi chica —sí, antes de hacer nuestra entrada triunfal— se volvió hacia mí, me echó un vistazo, me planchó con la mano una pequeña arruga de mi camiseta negra y me cogió fuerte de la mano. A continuación, levantó la barbilla y sacó pecho con aspecto de decir: «Eh, chicas..., esto es mío, ¿queda claro?». Sólo le faltaba ese movimiento de cuello estilo pollo, con la chulería de esa cantante pop de la que ahora mismo no me sale el nombre.

Las cuatro estaban al fondo de la barra. Por si no eres de aquí, te pongo en

situación: el Canterbury es un pub tipo taberna inglesa, con unos pibones de camareras y camareros que flipas. No soy muy dado a las descripciones, no me fijo mucho en los detalles; soy muy básico, vamos.

Como te cuento, apreté mi mano como si no hubiese un mañana y me arrastró hacia el fondo entre la multitud. Logramos abrirnos paso a base de empujones, pisotones y miradas, incluso una memorable tocada de culo que preferí ignorar. Más valía no despertar a la bestia (a Ella, mi chica, no a la otra...).

A esas horas, aquello estaba atestado de gente con copas en la mano, hablando poco y a gritos, moviéndose al ritmo de la atronadora música pop que sonaba, el típico tema insufrible del verano.

—¡Willy! —me gritó cuando ya no tenía escapatoria, rodeado de las cuatro víboras, digo..., amigas de mi chica—. Os presento, ellas son... —Todo cuanto pude oír fue: «*Krdteer, Bjsfmeiiiiin, Isknpliñalinaaaa, y Ñalflyteeeee*».

—Encantado —dije, y lo repetí cuatro veces mientras me daban los dos besos de rigor, uno por mejilla, que cantaba Sabina.

Luego le di un codazo para que presentasen a Salva, que el pobre había pasado a un envidiable segundo plano. Y, sí, digo *envidiable*, y ya entenderás por qué.

Si he de ser sincero, no me importaba que Salva se sintiese desplazado, sino que acabase de una vez el exhaustivo escáner al que me sometían esos cuatro pares de ojos.

—¿Qué os apetece tomar? —Me volví hacia Salva y le hice un movimiento cómplice de cabeza hacia la barra, para escapar de allí cuanto antes.

—Dos *gin-tonics* y dos cervezas, marchando... —dijo él después de hablar con nuestras chicas.

En cuanto me vieron levantar la mano, las dos camareras, que estaban moviendo las caderas al ritmo de un tema pegadizo (creo que de Enrique Iglesias) tras la larga barra de madera, se acercaron. Gracias a mi altura, éramos visibles en una discreta tercera fila, también hay que decirlo.

—¡Hola! ¿Qué te apetece?

—Dos *gin-tonics* y dos cervezas —le indiqué.

La otra camarera cuchicheó algo a su oído, y ésta se volvió a mirarnos mientras echaba los hielos en dos vasos de tubo.

—Joder, tío —me gritó Salva a la espalda—, estoy por empezar a fumar sólo para salir de aquí... Acabamos de llegar y me están sudando hasta los huevos.

—Bueno, en cuanto podamos, nos escapamos, tío —le prometí.

—Oye, disculpa... ¿Tú no eres el jugador de...? —me preguntó la camarera, y afirmé, como siempre me ocurre, con una especie de timidez absurda por ser

reconocido.

Llegamos con las manos ocupadas con las consumiciones hasta el fondo del local, donde estaban nuestras contrarias. Y, tal como venía yo, pobre de mí, dispuesto a soltar las cervezas, sufrí el acoso y derribo de Ella, que se me abalanzó colgándose literalmente de mi cuello en medio de todos y metiéndome la lengua hasta las amígdalas. Me quedé pasmado, con los brazos abiertos, manteniendo en equilibrio las bebidas.

Eso era impropio de ella, y más bien se parecía a ese chorrito que van soltando los perros por las esquinas para marcar el territorio.

No exagero en absoluto si te digo que me sentía fuera de lugar, además de engañado y observado por las víboras de sus amigas.

Después de ese ataque, se echó a reír y me quitó de la mano la cerveza.

—Hummm, cómo me pones, cari... —soltó allí delante de todas, metiéndome mano por debajo de la camiseta y, sin cortarse un pelo, la subió para mostrar mis abdominales—. No llevamos ni un año juntos y nos apetece a todas horas, ¿verdad, Willy?

—No me extraña que te apetezca, cariño. Hay que reconocerlo: si yo tuviera tan a mano todos los días un pibón como el tuyo..., uff. —Ese comentario, acompañado de la mirada de loba de arriba abajo de la tal Jessy, me hizo buscar desesperadamente la puerta para no acabar discutiendo con mi chica.

Leire y Salva se miraron con cara de póquer.

—¿Sales a fumar? —me echó un cable Salva, que me notaba el cabreo.

—Pero si no fumáis... —protestó Leire.

—Los deportistas no fuman... —dijo con voz pastosa la pelirroja, una tal Cati, que tiempo después me enteré de que también era escritora.

—Yo me he vuelto fumador pasivo, pero sólo por esta noche. —Y, diciendo esto, después de lanzarle una mirada de reproche a Ella, los dos huimos hacia la calle.

No me podía imaginar la que íbamos a tener al llegar a casa.

—Desde luego, has estado de lo más antipático con mis amigas... Una cosa es que no te caigan bien, que no entiendo por qué, pero otra, que te hayas largado con Salva, dejándonos a Leire y a mí con ellas...

—¿Ah, sí? Perdona por haber tenido que salir después de que me metieras en esa emboscada...

—¿Emboscada? —Se volvió con unos ojos como platos mientras tiraba el bolso

sobre la cama y empezaba a desabrocharse los botones de la blusa con rabia—. ¿Desde cuándo estar rodeado de mujeres te supone un problema?

—¿Qué quieres decir? —Mi pregunta era directa, sin segundas intenciones, ya te he dicho que soy muy simple.

—No me tires de la lengua..., Willy.

—Pues... precisamente..., es lo que más me apetecería ahora... —Y la abracé por detrás, pegándome a su cuerpo, sin ver el codazo que me iba a soltar en el estómago. Confieso que esa respuesta sí iba acompañada de una intención sexual bastante explícita, pero es que verla quitándose la ropa así de cabreada me estaba poniendo muy tonto y..., yo qué sé, la cama ahí al lado...

No obstante, al separarse de un codazo, me quedó claro: estaba muy cabreada conmigo.

—Mira, tenía que salir a tomar el aire, tus amigas me estaban agobiando, sinceramente.

—Así que mis amigas te agobian, pues yo creo que sólo quieren ser simpáticas y...

—¿Y tú? ¿También era absolutamente necesario que tú te hicieras la «simpática»? —Mis dedos trazaron unas comillas en el aire con gesto irónico.

—¿A qué te refieres? —Se quedó por un instante como congelada, mirándome con un zapato de tacón suspendido en la mano.

—Joder, pues a que te pones muy rara. No sé..., cambias cuando vas con ellas

—¿A qué te refieres? —Otra vez—. Joder, di algo concreto, algo que te haya parecido mal.

Dudé unos instantes, pero finalmente lo solté. Total..., estaba claro que peor no podía ir.

—A que me metas en público la lengua hasta la campanilla y me levantes la camiseta...

En un primer momento no dijo nada, sino que simplemente meneó la cabeza y me dejó ahí esperando, sin saber qué vendría después.

—Muy bien. —Se levantó muy digna en ropa interior y pasó por delante de mí como un vendaval, con las tetas rebotándole en su trote hacia el lavabo.

Yo fui detrás sin mucha convicción.

Por un momento pensé que se le pasaría, pero tú sabes perfectamente como podéis llegar a ser las mujeres cuando no aceptáis que el contrario tiene razón.

—Muy bien..., ¿qué? —Mi pregunta se estampó contra la puerta del baño, hasta que segundos después la abrió de par en par.

Y Ella, ahí, ocupando todo mi espacio visual, cruzada de brazos y con la cabeza

ladeada (eso siempre es un mal síntoma, te lo aseguro).

—No entiendes nada —concluyó enrabietada de forma categórica.

—Lo intento, pero parece que no... —confesé con el abatimiento lógico del momento.

—Joder, Willy, sólo quería dejar a Jessy a la altura del barro, es... es... ¡una gilipollas integral! Siempre tiene que ser la más en todo, ¿entiendes? —Ni pestañeeé ante lo que se me venía encima: incontinencia verbal con voz de pito, imitando la voz de la que yo creía que era su amiga y gestos muy teatrales—: «¡Oh, ¿sabes?! Me han dicho que podría haber sido modelo de publicidad, que con este corte de Llongueras me parezco a Scarlett Johansson, que la esteticista me dijo que no había visto en su vida unas cejas tan perfectas...». ¡Ah, y espérate, Willy! Que va y me dice: «Pues, mira, yo no voy a perder mi tiempo en encadenarme a un hombre de por vida, que a mí me gusta lo bueno, soy mucha mujer para acostarme con cualquier piltrafilla...». Me pone del hígado, no la aguanto, ¿entiendes?

—Pues... pensaba que era tu amiga, pero, joder, sí que es gilipollas... —le di la razón.

—¡Oye! —me gritó de pronto—. Pues claro que es mi amiga, así que no la insultes, ¿vale? ¿Acaso yo digo algo de Salva, o del impresentable de tu amigo el gracioso ese que siempre va de listo? No, ¿verdad? Pues eso...

Ni que decir tiene que no hubo sexo, nada de nada. Después de habernos gastado una pasta en el japonés y dos rondas en el pub de moda, lo único que saqué en claro de aquella memorable noche es que a las capullas de sus amigas eventuales SÓLO las puede insultar Ella.

CAPÍTULO 2

BENDITAS REBAJAS DE VERANO

Todo había vuelto a la normalidad después de esa noche de copas. No saqué el tema, pero anoté mentalmente que lo mejor sería no repetir. Ella estaba totalmente entregada a su nueva novela, así que tampoco disponía de mucho tiempo. Sus palabras textuales fueron: «En pleno proceso creativo, no puedo distraerme, prefiero no contaminarme con la realidad».

Así que no te extrañará que, a los pocos días, me cogiera por sorpresa encontrar una nota sujeta con un imán en la puerta de la nevera: se había marchado por un asunto de máxima urgencia. Entre admiraciones, a pie de nota había escrito una palabra en mayúsculas...

Te aseguro que era esa sucesión de siete letras que os provoca al ochenta por ciento de las mujeres un cambio repentino en el comportamiento. Y perdóname si tú eres de ese veinte por ciento, si eres la excepción que confirma la regla, porque no dudo que eres una tía cojonuda, especial, diferente...

Así que entendí perfectamente el mensaje cuando llegué al final, porque el asunto de urgencia estaba en el centro, en una tienda de esa calle comercial que estaba a punto de ¡quitar las REBAJAS!

«¡Último día de rebajas!», eso fue exactamente lo que puso al pie de la nota.

Y, aunque Ella no destacaba por ser derrochadora ni materialista, en absoluto, te aseguro que jamás me he alegrado tanto de que ese día le entrase esa fiebre consumista de fin de rebajas.

Por fin iba a poder disfrutar desde mi sofá de la penúltima etapa del Tour de Francia.

Me preparé un café con hielo, bajé dos grados el aire acondicionado —tal y como a mí me gusta—, solté mi grito de guerra, a la vez que las zapatillas, que cayeron en

mitad del salón, y me despatarré con el mando a distancia bien cerca, en el sofá. Y es que esto es un auténtico privilegio, un sofá de tres plazas con *chaise longue* para mí solo, teniendo en cuenta que mis piernas miden metro quince (lo sé porque Ella un día se empeñó en que nos las midiésemos uno al otro) y generalmente las tengo que mantener dobladas cuando ella se tumba a mi lado.

El caso es que, cuando más emocionante se estaba poniendo la carrera, oí el sonido metálico de la llave en la cerradura.

«¡Vamos, no me jodas...!» ¿Ya habían cerrado las tiendas? ¿Se habría liquidado todos los ahorros de la cuenta corriente en... (tuve que mirar el reloj, totalmente desconcertado) una hora y cuarto? «¡Coño, tranquilo, respira hondo —me dije—, seguro que ha venido a descargar y vuelve a marcharse!»

Pero, con un cabreo monumental, lanzó al sofá la única bolsita que llevaba en la mano después de cerrar de un portazo.

—¡Hola, cariño! ¿Qué hay? —me senté tras esquivar el proyectil-bolsa.

—¡Una mierda, eso es lo que hay! ¡Sólo eso!

Cogí el mando, miré para la tele y luego a Ella y..., pese a que acababan de pasar a Hamilton y la carrera estaba en lo más emocionante, pulsé el botón de apagado cuando la vi ahí de pie llorando.

Debía de ser algo verdaderamente grave, y no soy tan energúmeno ni tan fanático como para anteponer el ciclismo a mi chica. Ya te lo dije: soy un tipo diferente.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Te han robado la cartera o algo...?

—¡No! ¿Cómo me van a robar la cartera! —gritó dejando al final un torrente de lágrimas—. No me han robado la cartera..., ¡me han robado la ilusión!

Ahora sí que estaba convencido de que algo tenía que ver la gilipollas esa de su amiga, lo veía venir, así que di dos golpecitos en el sofá, animándola a que se sentase a mi lado.

—¿Te apetece un café? —le pregunté levantándome ya para preparárselo.

—¡No, no pienso tomar nada más! Ése es el problema...

Volví a sentarme de inmediato.

—¿Qué te ha pasado, entonces? Pensaba que ibas a comprarte algún modelo de...

Metió la mano en la bolsa de El Corte Inglés y sacó dos pañuelos de esos largos que os ponéis al cuello.

—Ah, qué bonitos... —dije tocándolos con una sonrisa, hasta que me los arrebató de la mano y volvieron a la bolsa.

—ESTO es lo ÚNICO que he comprado —recalcó vocalizando perfectamente cada palabra.

Y ya no supe qué decir porque, mira..., entre tú y yo, digamos que no me muevo con fluidez en este tipo de conversaciones, y tengo la sensación de que tengo más probabilidades de acertar la Primitiva que de decir algo aceptable.

—Pero ¿tienes idea de por qué? —inquirió. Sus ojos se me clavaban hasta lo más profundo—. ¿Eh?

Alcé las cejas y los hombros, animándola a seguir.

—¡Porque estoy como una vaca! ¡Por eso! —Luego se miró las puntas de los dedos y bajó el tono hasta que éste se convirtió en un susurro—. No pienso comprarme nada hasta que vuelva a entrar en una 42.

—Mujer, no exageres... —Traté de cogerle la mano, pero ella, muy trágica, se levantó del sofá como si fuera a marcharse, aunque sólo avanzó dos pasos.

—Dime la verdad, Willy, y, por favor, sé sincero —suplicó con los ojos y las manos.

—Bien, te diré la verdad, ¿qué quieres saber?

Entonces lo hizo, se puso de perfil, delante de mí, con ese vaquero que le hace un culo precioso, y se levantó la camiseta hasta el cuello. Por supuesto, se me fueron los ojos a su canalillo, y ese par de tetas que... Pero no era eso, no.

—¡Mira! —Se cogió un pliegue de la cintura con dos dedos—. ¿Lo ves?

—Hummm... Sí, ya veo, y a mí me gustas así... —Me levanté del sofá, me estaba poniendo palote.

—¿En serio no crees que estoy..., que he perdido mi *sex-appeal*? —dijo, y su voz sonó melosa.

La tomé por la cintura y le dije bajito al oído que siempre me había gustado todo lo suyo, y cada día más..., y que me estaba poniendo mucho...

Así, se giró ciento ochenta grados y me abrazó al cuello. Nos besamos, introduje la mano por debajo de su camiseta para dejar claro que me encantaba su imaginario michelín y toda ella... y empezamos a meternos mano ahí, en medio del sofá.

—Se me ocurren un par de ideas para estrenar ahora mismo esos pañuelos..., pero dame una sorpresa y no te pongas nada más

Con una provocativa sonrisa, salió del salón pidiéndome sólo diez minutos para preparar la sorpresa, y mira qué casualidad: los diez minutos que faltaban para que terminase la retransmisión del Tour de Francia.

CAPÍTULO 3

POR FIN... VACACIONES

Las mujeres, por lo general —tienes que admitirlo—, hacéis la maleta como si no hubiese un mañana, como si fueseis de expedición a algún lugar remoto y extraordinario donde el clima es un misterio, un expediente X, donde tan pronto puede ser verano como invierno, donde nunca se sabe qué caminos vais a atravesar por los que se os manche o se os rompa el calzado, donde el «por si acaso, vamos a meterlo también» es un mantra que se repite para romper cualquier maleficio, porque una vez que metéis dos camisetas más de manga larga por si refresca, los tres bikinis y los dos bañadores, las dos pinzas de depilar de recambio o unas sandalias de tacón y tres pares de chanclas de repuesto..., ya nada malo os puede pasar.

La cosa no sería tan grave si no fuese porque nos obligáis a hacer lo mismo. Cuando una mujer dice «Hay que hacer la maleta», puedes cometer un grave error si se te ocurre prepararla en menos de diez minutos, porque va a revisarla seguro... ¡Date por jodido!

—¿Qué?! —exclamó Ella mirando el interior de mi bolsa negra de viaje con una expresión desconcertada que te juro que a mí me desconcertó todavía más.

Miré la bolsa, luego a ella, y después otra vez la bolsa, la de siempre: mi bolsa negra de bandolera, la que me acompañaba en todos los viajes. Al final, me encogí de hombros, supongo que con la perplejidad estampada en forma de un interrogante entre ceja y ceja.

Ella metió la mano y sacó los tres pantalones que previamente yo había puesto, dejándolos perfectamente doblados en el fondo.

—¿Tres pantalones? ¿Pensabas llevarte *sólo* tres pantalones?

Y, sí, usó el tiempo verbal en pasado: *pensabas*, como si, de repente, sólo con su incisiva pregunta yo ya hubiese cambiado de opinión.

—Pues..., sí, claro. ¿Cuántos quieres que me lleve?

Ante ese tipo de preguntas, los tíos reaccionamos fatal, bajamos la guardia y perdemos la batalla sobre nuestra intención.

Me había rendido fácilmente a la evidencia.

A pesar de que ésas eran nuestras primeras vacaciones juntos, hay comportamientos femeninos que se repiten y que, aunque Ella no fuera la Otra, tu bolsa de viaje negra de bandolera con *sólo* tres pantalones plegados en su interior... no deja de ser la de *siempre*. Había tenido antes una pareja más o menos estable, algo que duró exactamente un año y seis meses, y tres ocasiones de deshacer y rehacer la maleta a su antojo. Por eso, en cuestión de equipaje, ropas y vacaciones, aprendí que mi suerte estaba echada: *alea jacta est*.

Te doy la razón: discutir con vosotras de estos temas es perder el tiempo. Simplemente, estamos jodidos.

—Y ¿qué quieres que me lleve? —repuse. Por mi parte, yo ya había tirado la toalla, sin oponer resistencia.

La pregunta se contestó por sí sola en un abrir y cerrar de armario. Descolgó los tres vaqueros y dos pantalones de vestir Massimo Dutti que quedaban en las perchas, dos sudaderas, dos camisas de Pedro del Hierro, una cazadora Pepe Jeans y la náutica, un par de corbatas y dos camisas de manga larga...

—¿¿Dos camisas de manga larga?! ¿Para ir a la playa? ¡Vamos, no me jodas...!

Inmune totalmente a mi desconcierto, continuó llenando la bolsa hasta que se quedó ensimismada.

—¿Y la ropa interior? —me preguntó

Señalé bufando el departamento interior, con la incertidumbre metida en el cuerpo.

Mira que los había dejado perfectamente plegados, que me había preocupado en elegir los que sé que más le gustan, nada de los *slips* de Abanderado o Dustin cómodos, no... Llevaba los de Calvin Klein y Diesel.

—Uno, dos, tres, cuatro... —iba haciendo el recuento mientras los apilaba uno por uno sobre la colcha—, cinco..., ¡seis! —Y ahí se quedó clavada y levantó la mirada como si eso la hubiese ofendido gravemente—. ¡¿Seis?!

Durante un segundo comprobé que su decepción era directamente proporcional al número de calzoncillos que yo había introducido en mi bolsa negra de viaje: seis sobre diez en la escala de maletas y viajes.

—¿Tienes algo en contra del seis? —Me envalentoné con una sonrisa que ella ignoró, y me contestó con otra pregunta que dejaba bien clara mi posición de que ya no iba a llevarme ese número de calzoncillos.

—¿En serio pensabas llevarte *sólo* seis?

¿Qué puede un hombre contestar a eso? «No, cariño, esperaba que me indicases cuántos bóxers son necesarios para pasar quince días de vacaciones en la playa, donde la mitad del tiempo pienso ir en bañador o en pelota picada.»

No, no lo dije, y eso que, excepto Salva (mi héroe, que lleva tres años y pico con Leire), todos los demás, si lo supieran, me dirían eso de: «Huevón, huevón, huevón...».

Seguro que tú me entiendes, ¿no? Sí, yo quería tener la fiesta en paz, y no opuse resistencia en su resolución de ir a mi cajón, sacarlo de la mesilla y volcarlo íntegramente sobre la colcha.

A mí me tenías ahí plantado, con mi metro ochenta y nueve de altura, observando cómo mi chica desplegaba, examinaba y daba el visto bueno —o no— a cada uno de mis *slips* o bóxers, hasta que la cama pareció un puesto ambulante propio de un rastrillo de domingo. Sólo faltaba un cartel y la gitana con el delantal gritando a pleno pulmón: «Aleeee, que tenemos dos por uno... Vamos, señora, aproveche, que son de algodón del bueno y no se dan de sí».

—Cariño —enfaticó con el dedo índice—, hay que hacer una limpieza urgente, tienes que comprarte calzoncillos nuevos.

—¡Pero si ahí por lo menos hay quince o veinte! —Mis brazos se extendieron señalando el improvisado puesto de ropa interior—. ¿Para qué me voy a comprar más?

No creo que sea necesario que te explique que mis *slips* más cómodos fueron los primeros en pasar a mejor vida, sin siquiera darles una digna despedida, después de tanto tiempo juntos...

Esa misma noche, mi bolsa negra de bandolera estaba repleta de bóxers de todos los tejidos, estilos y estampados, incluidos tres de los que llevan en la bragueta dibujos de cómic o la típica «S». Aprovechando, algo que le pareció genial fue encontrar un modelo idéntico a los míos pero en braguitas porque «íbamos a ir a juego», y tan feliz estaba con lo que a mí me pareció una soberana chorrada que me animé a improvisar una frase de esas memorables que os grabáis las mujeres a fuego en la copia de seguridad de la memoria interna.

—¿Sabes? —le dije con ternura—, me cuesta tan poco hacerte feliz que no me importa que, si te hace tanta ilusión, elijas tú mi ropa interior.

Sí, seguro que estás pensando: «Huevón, huevón, huevón...». ¿Ah, no?

Su sonrisa me contagió, hasta el punto de darme un abrazo, un estrecho abrazo, cogirme del cuello y, con sus labios rozando el lóbulo de mi oreja, susurrarme: «Vale, yo te elijo la ropa y luego te la arranco con los dientes».

¡Joder, si lo llego a saber, se lo digo antes!
Y es que, como ya sabes, los tíos somos así de simples.

CAPÍTULO 4

LA DIETA DEL CUCURUCHO

No sé dónde había leído eso de *la dieta del cucurucho*, lo de comer poco y follar mucho, pero creo que pretendía llevarlo a rajatabla para volver a meterse en una talla 42.

(Joder, qué manía tenéis con las tallas... La verdad, no lo entiendo.)

Debo añadir que, desde que empezamos con los preparativos de las vacaciones, fuera o no por la dieta, en el tema del folleto nos iba de puta madre.

Salvo por un insignificante detalle que me hizo temer seriamente por mi supervivencia durante el viaje: unas tortitas de maíz de «setas, trufa y queso» que son como una especie de masa de oblea de unos tres milímetros de grosor (siendo generoso) que se te pegan al paladar y..., bueno, crujen. Te juro que además no son baratas, y es que el aire está sobrevalorado.

—Cariño, ¿a que están riquísimas?

—Psssssssss..., no sé. —Y tuve que comerme dos paquetes para encontrarle el presunto sabor que el cocinero buenorro del *reality* prometía en cada bolsa de tortitas.

Quitando el incesante gorgoteo de un estómago poco agradecido, no hubo problemas ni complicaciones, ni apenas tráfico durante el viaje. Con el GPS llegamos al apartahotel a la hora acordada.

—No sé a qué velocidad puede llegar a caminar una persona normal de aquí a la playa, pero el que hizo el catálogo debía de ser Usain Bolt, si es capaz de llegar en cinco minutos.

—Por eso se llama *aparta-hotel*..., claro, ¿lo pillas?

Nos reímos y bajamos las maletas.

—Bueno, cariño, así se me pondrá el culo para partir nueces...

Y yo, que entonces estaba ya visualizándome delante de un buen vermut en el

chiringuito... como manda la tradición, previo, desde luego, al polvo de bienvenida, incluso pensé en cambiar el orden de prioridades al oír lo de su culo.

Subimos a la habitación/apartamento y abrió Ella.

—Bueeeeeeeeeeno... —Me tumbé en el saloncito, echando un vistazo rápido a mi alrededor—. Deshacemos las maletas después del vermut, ¿no?

—¡Un segundo! —replicó Ella, y soltó lo que llevaba en las manos en la misma entrada.

Lo primero que hizo fue retirar la colcha y pasar revista a las sábanas, tocarlas con dos dedos y levantarlas.

Pero ¿qué esperaba encontrar ahí dentro? Qué manía más absurda... Aunque, claro, yo sólo era un tío hambriento de dos cosas que únicamente pensaba en calmar sus necesidades más primarias. Un tipo ahí plantado que en ese momento observaba cómo Ella se sentaba en el borde de la cama, botaba tres veces en el colchón y luego continuaba con la inspección. Turno de la almohada: primero por arriba, después por abajo, acto seguido, la palmeó varias veces para comprobar su consistencia, hasta que, finalmente, se levantó y dio dos pasos hacia atrás para visualizar el cuadro.

—Bueno, no está del todo mal...

Así que, tras el veredicto de lo fundamental, pasó revista al aseo. Contó las toallas y comprobó si funcionaba la mampara, la ducha, la cisterna y los grifos.

—Vale, aceptable. ¿Dónde has dejado la nevera? Ve metiendo la comida en el frigorífico.

¡Dios, qué tortura para mis jugos gástricos! Pero obedecí y empecé a llenar la nevera de... ¡verduras, zanahorias, pepinos, calabacines! Una de dos: o su subconsciente le había jugado la mala pasada de hacerse con todos los alimentos con símbolos fálicos (lo cual era dudoso, porque no había un triste salchichón, un fuet, ni unas salchichas...), o lo de la dieta del cucurucho iba en serio y pensaba matarme de hambre.

«¡Por favor —imploramos mi estómago y yo al unísono—, ¿dónde está la comida de verdad? ¿El jamón serrano, los huevos...?!»

Vale, ahora tenía la necesidad imperiosa de ir a por el vermut, porque las tortitas saciantes de aire me habían abierto el apetito. Lo dicho: el aire está sobrevalorado.

—Voy a darme una ducha y a arreglarme un poco —dijo entonces y, acongojado, observé cómo sacaba de la maleta la plancha del pelo, la Epilady, dos botes de champú, dos espráis de espuma y otros de acondicionador para cabello castigado...

¡No me jodas! Después de tres horas y media..., ¿pensaba ponerse a arreglarse el pelo? Si hubiera traído cuchillas, ése era el momento de acabar con mi vida...

—¿Por qué no lo dejas para luego y nos vamos a tomar algo?

—¿Estás loco? —asomó la cabeza por la puerta—. ¿Cómo voy a salir con estos pelos de loca?

Como siempre, ante la posibilidad de estar ante una pregunta trampa, encogí los hombros en silencio.

—Tú tomate algo, cariño, no tardo nada. Además, me he quedado llena con las dos tortitas, no creo que me entre nada más.

Sí, había dicho «No creo que me entre nada más»... Vale, soy tío, y mejor no entrar en el chiste fácil ni profundizar más en el doble sentido de la frase.

Me mordí a tiempo la lengua antes de contestar: «Eso ya lo veremos, si te entra o no algo más», porque acto seguido habría venido eso de «Joder, todos los tíos sois iguales, siempre pensando en lo mismo».

Cogí una triste zanahoria y busqué el mando de la tele, eso sí, acompañado por la única cerveza fría, normal, o sea, con alcohol, que había metido en la nevera. Me había dado un bajón de la leche, en todos los sentidos. Para colmo, pese a tocar todos los botones, la televisión no funcionaba. «Problemas con el mando, lo que faltaba...» Probé suerte al final y decidí sacar la tarjeta de la luz, mientras mi chica se ponía a jurar en hebreo por dejarla a oscuras en la ducha. Ya con el cabreo metido en el cuerpo y el centrifugado de la zanahoria en el estómago, se me cayó el mando al suelo, la tapa saltó y, ¡eureka!, le faltaban pilas. Al acercarme al televisor, había un cartel en mayúsculas que advertía: «Las pilas del mando a distancia hay que pedir las en recepción». «¡De puta madre!»

Bueno, pues habría que probar suerte, si estábamos con la dieta del cucurucho...

La oí cantando bajo la ducha, así que pegué la oreja a la puerta.

—Esto..., ¿necesitas ayuda?

Se cerró el grifo.

—¿Dices algo?

—Sí..., hummm..., te pregunto si necesitas ayuda porque que sepas que me has dejado solo y... —improvisé— ya han venido tres camareras para ver si me hacía falta algo.

La puerta del baño se abrió lo justo para que Ella sacase el brazo y una mano mojada me agarrase de la camiseta, metiéndome en aquella sauna de vapor.

—¿Has puesto el cartel de «No molestar» en la puerta, cariño? —Y, mientras lo preguntaba, empezó a quitarme la camiseta con prisas, al tiempo que yo me ocupaba de sacarme a tirones los pantalones y el bóxer.

Como de costumbre, mi reacción no se hizo esperar: se me puso como el mástil de

una fragata de la Royal Navy. A trompicones, entramos en la ducha, comiéndonos la boca, y, mientras ella accionaba el grifo y me llenaba de espuma, yo la cogía por las caderas y me la subía a horcajadas, dispuesto a disfrutar de un memorable polvo de bienvenida.

En equilibrio, apoyada su espalda en las baldosas, le caía toda el agua por el pelo, en cascada, resbalando hasta sus pechos. Gruñendo de excitación, agarrando con fuerza su trasero, sorbí las gotas de agua que bajaban por el canalillo, paladeé esos pezones duros, mientras trataba de acoplarme a ella. El jabón hacía difícil la penetración, así que me susurró que nos fuésemos a la cama.

Sin bajarla al suelo, la llevé afuera mientras Ella me tiraba del pelo, llevando mi cabeza atrás para comerme el cuello.

La dejé sobre la cama y me deleité unos segundos en la imagen que tenía delante.

—Joder, cómo me pones...

—Y tú a mí —gimió con una sonrisa lasciva.

Le abrí las piernas y me perdí entre sus muslos un buen rato, sin prisas. Ella arqueaba la espalda al sentir mi lengua dentro, ronroneaba como un gato..., y eso me ponía aún más..., hasta que tiró de mí hacia arriba. Yo obedecí mansamente a todo lo que me pedía.

—Túmbate, quiero follarte yo a ti... —Se incorporó y sacó del cajón de la mesilla un pañuelo largo rojo y algo más que no pude ver lo que era.

A continuación, me agarró por las muñecas y me ató al cabecero de la cama. Si eres tío, ya te imaginas cómo me ponía aquello...

—Te voy a hacer sufrir... —amenazó sacando una especie de fusta que por un lado terminaba en una pluma larga.

—Joder, eres mi puta ama, hazme lo que quieras..., pero no poder tocarte va a ser una tortura... Cuando me sueltes, prepárate... —Mis expectativas eran tan altas como mi erección.

—Me muero por hincar los dientes en tu tableta... Hummm..., pero ¿cómo se puede estar tan bueno?...

—Soy todo tuyo..., hazme lo que quieras, sorpréndeme... —Y cerré los ojos, entregándome por completo.

A partir de ahí, un festival de sensaciones que no me esperaba: sus labios, sus dientes, su lengua en mi pecho..., sus dedos en mi abdomen bajando lentamente, una sensación inquietante entre mis muslos, la pluma, y de nuevo su boca, que trataba de abarcarlo todo, su garganta..., su saliva caliente de abajo arriba, succionando, matándome de placer, recreándose en la punta, recorriéndola con la lengua.

La *tortura* se prolongó todo lo que ella quiso y, por dos veces, tuve que pedirle que parase y ejercitar una respiración profunda para aguantar porque, si no, podía irme en cualquier momento dentro de su boca..., y aunque la idea era tentadora, lo que yo estaba deseando era terminar con un polvo bestial entre sus piernas, un orgasmo que la volviese loca.

Levantó la vista con todo el pelo revuelto y la barbilla brillante, húmeda, los labios hinchados y una mirada salvaje que me puso cardíaco.

Moví las muñecas llamando su atención. Le supliqué que me follase o que me soltase ya, que me pidiese lo que quisiera, que era su esclavo, a pesar de que la doblaba en tamaño y fuerza. Y vaya si lo hizo: reptó sobre mí, se subió y nos fuimos ensamblando como dos piezas de un puzle. Bufé, estaba durísima, y, cuando empezó a moverse, sus dos tetas impresionantes botaron arriba y abajo delante de mis ojos..., y juro que no pude más.

—Me voy a soltar, cariño, necesito agarrarte por el culo y follarte hasta que...

Ese tipo de frases la excitaban cantidad, así que empezó a cabalgarme rápido mientras yo me libraba del pañuelo. Le palmeé el culo y se lo agarré para darle más ritmo. Ella echó la cabeza atrás, gimiendo, con los ojos en blanco, comenzó a contraerse, arañándose el pecho, soltó un alarido y, sin salir de mí, ni yo de ella, empezó de nuevo a balancearse. La voltee dejándola abajo, abrí bien sus piernas y, tratando de aguantar al máximo, se la metí varias veces despacio y después con más velocidad...

Ni las palmadas y las voces de los vecinos pidiendo silencio, ni siquiera los golpes del cabecero contra la pared, nos distrajeron de nuestro particular asalto sexual.

—No voy a poder aguantar mucho más —la avisé de nuevo.

—Ufff..., voy a correrme otra vez, quiero más..., más fuerte —pidió Ella clavando sus uñas en mi espalda.

Tres, cuatro, cinco..., perdí la cuenta de las veces que la embestí con todas mis fuerzas, empujando más adentro, hasta que explotó casi al mismo tiempo que yo, ella agarrada a las sábanas y yo yéndome dentro plácidamente.

Agua, sudor y semen entre sus muslos..., y el éxtasis... remitiendo hasta separarnos, pegados uno al lado del otro, recuperando el ritmo de la respiración.

—Ha sido bestial —reconoció en un tono que no le había oído hasta ese momento.

Cerca de las dos de la tarde, nos levantamos, esquivamos las maletas, que seguían en mitad del pasillo todavía sin deshacer, y nos metimos en la ducha antes de irnos a comer.

CAPÍTULO 5

SENTIRME COMO UN FLORERO

Supongo que el asfixiante calor de aquellos días y el relax de las vacaciones ayudaron a que nos quedásemos confinados en el apartamento casi todas las tardes, tomando mojitos (Ella) y jarras heladas de cerveza (yo), con el aire acondicionado a todo trapo y ligeros de ropa.

Así fue como contribuí a que siguiera a rajatabla con la «dieta del cucurucho», sin saltársela ni una vez.

Cada mañana, durante esos cinco días, yo me levantaba un poco antes, hacía mis abdominales (no podía dejarlo por cuestiones evidentes, ya que la preparación física es diaria en mi trabajo), hacía el café y me daba una ducha. Me afeitaba lo justo, porque ella insistía en lo morbosos de la barba de dos o tres días, y luego iba a recibirla como a ella le ponía: mojado, con el pelo revuelto y la toalla alrededor de la cintura.

Todos los días se repetía el mismo guion: la llamaba y, al abrir los ojos, se le ponía esa sonrisa viciosa detonante de un nuevo asalto en la cama.

—¡Guaaaauuuu! Da gusto despertarse con semejantes vistas...

Entonces tiraba de la toalla después de besarme, de olerme, de tocar mi torso y mi abdomen...

—El café puede esperar, ya sé lo que voy a desayunar...

Nunca hasta entonces la había visto tan desinhibida, y repetía algo que empezaba a ser habitual: lo de dominarme, subirse sobre mí, atarme las manos, taparme los ojos, arañarme, chupármela con una parsimonia que me mataba..., y sacar del cajón algún juguetito como aquel plumero, que pasaba por mis zonas más calientes (*erógenas*, según rectificó ella como una auténtica experta).

Aunque, por mi uno ochenta y nueve de altura, mi complexión y preparación física,

la doblaba en fuerza, ella insistía en emplear la suya para someterme a su voluntad y hacerme sufrir un poco más..., y eso me ponía a cien, cada novedad, incluso aquello de hacerme su prisionero.

Fue uno de esos días cuando me pidió que le dijese todo lo que me apetecía hacerle, echarle imaginación en lo más obscuro y guarro... Lo cierto es que no profundicé, ni siquiera pensé en los motivos o las causas de ese habitual juego de preliminares con todo tipo de frases cada vez más calientes, ésa es la verdad. Porque... ¿a qué tío no le gusta el sexo brutal, desenfrenado, salvaje?.. Ya..., pero ¿tanto? Me estaba dejando más marcado que el pasaporte de Willy Fog.

Uno de esos días, en esos momentos de después, se levantó, se dio una ducha, mientras yo me quedaba sin pensar en nada (sí, los hombres no mentimos cuando nos preguntáis qué pensamos: en esos instantes, en nada), todo lo más, en lo bien que sentaba un polvo mañanero.

Ella se asomó con la toalla a la cabeza y el albornoz para decirme que había tenido un gran momento de inspiración, que necesitaba escribir antes de que se le escapara, y que me encargase de preparar el café.

Empezaba a acostumbrarme a esos arranques de su genialidad como escritora, aunque, eso sí, el café de después de la *siesta* no lo perdonaba. No, no me quejo, en absoluto, pero todavía en ese momento no era consciente, igual que ahora tú, de lo que se me vendría encima.

Bajo un sol de justicia, había salido a la terraza y estaba escribiendo como una posea en su libreta de apuntes. Le puse delante su café con hielo y nata, como me pidió. Pensaba quedarme cómodamente en el sofá, bajo el aire acondicionado, pero antes de salir me pidió algo que me descolocó bastante:

—Cariño, ¿te puedes poner ahí un momento? —y señaló la barandilla de la terraza, justo frente a ella.

Despreocupado y sonriente, me apoyé de espaldas, como si me fuese a hacer una foto..., justo al lado del tendedero donde colgaban las toallas de la playa. Sin embargo, no cogió el móvil, sólo me observó. La recuerdo con las gafas apoyadas en el puente de la nariz, subiendo la mirada y el boli contra los labios, aún rojos e hinchados por los besos que nos habíamos dado minutos antes.

—Willy, quítate la camiseta... y el bañador —me dijo de pronto

—¿Qué? ¿Aquí? —Me salió un gallo incluso ante tal proposición, pues me pareció fuera de lugar.

Joder, nunca he sido un exhibicionista, no le encuentro la gracia, vaya.

¿Todavía quería más?, me dije mientras la veía mirar hacia el exterior, pensativa.

Nuestra terraza estaba en el segundo piso y daba a la piscina del apartahotel, así que estaba claro que, a esa hora, podían verme sin dificultad.

Según me dijo, era lo que más le apetecía en ese momento: verme ahí desnudo..., ¿exhibirme?

Quizá influyó el hecho de que esa misma mañana —cosa de la que me enteré un tiempo después— había recibido una llamada de su editor. Al parecer, estaba revisando la mitad de la novela que Ella le había enviado y le aconsejó que debía tener más morbo, más erotismo explícito, porque ahora era lo que realmente vendía.

Quién sabe si fue el desencadenante de lo que vino después, porque realmente, a día de hoy, después de dos años, ya no estoy seguro de nada.

—Joder, Willy, ¿qué te cuesta quitarte la camiseta y el bañador?

—Cariño, hay gente en las terrazas —dije, y señalé hacia los balcones próximos, concretamente, donde había un grupo numeroso de chicas jóvenes que bebían mojitos y reían despreocupadamente mientras se hacían *selfis*.

Obviamente, Ella era consciente de eso, y por eso mismo insistía en pedírmelo en público.

Me apoyé bufando en la barandilla, moviendo la cabeza disgustado porque no acababa de entender su cabezonería o su capricho.

—Simplemente, me apetece ver cómo te desnudas aquí y ahora, va...

¿Y si Ella estaba teniendo un problema psicológico? Sí, podía ser una desviación o lo que coño fuera eso del exhibicionismo. Aunque, bien pensado, me dije, los exhibicionistas disfrutan enseñando su cuerpo, no el de los demás, vamos...

Pero como estaba tan pillado por ella, le dije que tardaba un segundo nada más, y decidí complacerla. Craso error. Claudicar, anteponer los caprichos de esa mujer fue el principio del fin... Y, mientras me quitaba la camiseta por la cabeza, puso música en el móvil y me pidió que lo hiciese lentamente, como el tío de no sé qué anuncio, a cámara lenta.

Tomó apuntes frenéticamente, con urgencia, y me di cuenta de que no se trataba de esa veneración casi mística del cuerpo de la persona que amas, ni tampoco algo pervertido, sucio o sexual, sino más bien de otra cosa muy distinta: su sentido de la propiedad, como aquella noche que salimos con sus amigas.

No sé si en ese momento no lo veía o no quería verlo: por un lado, tomaba demasiados apuntes y notas en su libreta cuando estaba conmigo, incluso después de haber echado un polvo; por otro, empezaba a controlar cualquier mirada de otras mujeres y se prodigaba en demostraciones de afecto hacia mí en público (sobre todo, delante de las féminas), en ocasiones, algo subidas de tono.

El tiempo me ha hecho verlo: yo era algo así como su trofeo o su vivienda en propiedad y necesitaba exhibirme, ¡manda *webos!*

CAPÍTULO 6

SÍNDROME POSVACACIONAL

El último día de nuestras vacaciones, me despertó bien temprano el ruido de la cisterna. Ella volvió a la cama y yo abrí un ojo, todavía más dormido que despierto, pero lo suficiente como para oír un taco entre dientes. Me dio la espalda enrabiada y se colocó en posición fetal, hecha un ovillo, resoplando.

Estaba claro: le había venido la regla.

Me puse de lado, pegado a su espalda, y pasé mi brazo por sus caderas para darle calor con la palma de mi mano abierta sobre su abdomen.

Sus reglas solían ser bastante dolorosas, sobre todo los dos primeros días, y además le provocaban un estado de ánimo diferente, irascible y muy sensible. Era como si estuviera viviendo con una cría y, para colmo, se ponía adrede pelis de esas que te dan llorera floja y que seguro tienen como patrocinador alguna conocida marca de pañuelos de usar y tirar.

No sé por qué, pero a mí me causaba una sensación de impotencia, y esos días me volvía más protector.

Es cierto que los tíos somos más torpes que un cerrojo, nos quedamos pasmados sin saber qué hacer ante vuestro complicado sistema hormonal en esos días difíciles. No somos hábiles para manejar ese tipo de situaciones.

No le habían salido bien los cálculos, o se le había adelantado un par de días, debía de ser, y por eso también estaba rabiosa, ya que no iba a poder disfrutar del último día de playa. Se contraía dolorosamente con cada espasmo y, de pronto, me vino la idea de qué hacer.

Me levanté y fui al lavabo. No quería preguntar y parecer un estúpido al que hay que dárselo todo hecho, algo que nos pasa habitualmente cuando buscamos entre vuestras cosas, en ese pozo sin fondo al que vosotras llamáis *neceser*. Ante mí tenía

ese pequeño bolso de aseo, a punto de reventar, con un montón de departamentos y bolsillos enanos en los que no me cabía más que la punta de los dedos. «¡Manda cojones!» Lo tenía apoyado en el lavabo, pero con tanto peso, resbaló y cayó al suelo. Me había cargado la caja esa redonda, la tapa se había partido, desparramándose el polvo ese marrón que os dais por la cara... ¡Menudo desastre! Miré para los lados, me agaché y empecé a frotar con trozos de papel higiénico... ¡Joder, cómo se agarraba el polvillo a las rugosidades de las baldosas! Rápidamente, lo devolví todo al neceser..., así, a mogollón, porque iba a ser misión imposible dejarlo como estaba. Además del pringue, había dos bajas más: dos barras de labios rotas...

—¡Cagüen la puta! Se va a dar cuenta...

Bueno, pero por fin encontré la caja de pastillas que buscaba, llené un vaso con agua y me fui a su lado, sentándome al borde de la cama.

—Toma, cariño, una Saldeva.

Abrió los ojos, miró la pastilla, el vaso, y luego me observó con los ojos vidriosos.

—Eres único, Willy... Eres... —Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas con agradecimiento— eres... un encanto, pero ya me la he tomado.

Chasqué la lengua y me encogí de hombros quitándole importancia, para qué negarlo, con el orgullo y el ego subido, y callándome lo del accidente en el baño.

Respiré hondo sin decir nada, sólo la abracé por la espalda, apoyando mis labios en su hombro y acariciando su pelo, como le gustaba.

Lo recuerdo perfectamente, porque creo que ese momento fue el último en el que nos sentimos más cercanos. Descubrí entonces mi instinto protector hacia la persona de la que me había enamorado. Me prometí, en ese instante, cuidar de ella, hacerla feliz y no volver en la vida a tocar su neceser. Me pareció algo tan «de cajón» que me extrañó no haberme dado cuenta antes.

No, no se lo llegué a decir, supongo que por vergüenza. Bueno, eso, y que nuestro código genético o antropológico nos hace más difícil expresar con palabras lo que sentimos. Las mujeres sois mil veces más hábiles y, desde luego, más rebuscadas. Pero bueno, no me arrepiento de no haberle dicho que estaba ahí para cuidarla, porque simplemente... ya lo estaba haciendo, eso era básicamente. Soy más de acción, de hechos que de palabras, y ella..., bueno, ella vivía de eso: de sus palabras.

De pronto, se giró en la cama y me observó mientras pasaba sus dedos por mi cara, como si la estuviese esculpiendo.

—Willy, me gustas porque tú eres diferente... ¡Ah! ¡Lo tengo! —Y, de repente, se incorporó. Apartó la sábana de un tirón y se fue a por su libreta como si hubiese tenido

una inspiración bestial—. ¡¡¡Eso es: un tipo diferente!!!

Me eché a reír entonces por semejante ímpetu creativo y no le concedí ninguna importancia, porque ya empezaba a acostumbrarme a esos arranques y me parecía divertido. Después de tomar esos apuntes, al cabo de unos minutos, volvió a tumbarse en posición fetal, maldiciendo la puñetera regla.

Y así fue nuestra despedida de la playa, un tanto gris. Hicimos las maletas, sin la alegría de cuando las deshicimos a nuestra llegada y..., por supuesto, sin polvo de despedida. ¡Qué le íbamos a hacer!

Durante el trayecto de vuelta a casa, mientras yo conducía, Ella me observaba sin hablar. Desvié la vista de la carretera, solitaria a esas horas, y enarqué las cejas por encima de mis gafas de sol.

—¿Vas mejor?

Asintió sonriente. Llevábamos hora y pico de viaje.

—¿Sabes? —me dijo—. Me encanta mirarte mientras conduces, estás sexy...

A continuación, le cambió la expresión, como si se hubiese acordado de algo importante, y se echó hacia delante.

—Oye, ¿podemos parar un momento?

—Sí, claro, ¿necesitas ir al baño?

—No, necesito escribir... Es que, si no, ya sabes, se me olvida, y me he dejado la libreta de apuntes ahí detrás —señaló la bolsa vaquera del asiento trasero.

A los pocos minutos, pasamos la indicación de la próxima estación de servicio.

Recuerdo que estaba sediento, tomamos dos coca-colas con mucho hielo, estábamos a casi cuarenta grados. Bebimos en silencio durante un rato, pero me noté observado casi con excesivo detenimiento, mientras cogía el vaso, me lo llevaba a la boca y bebía un trago largo.

—¿Te he dicho que me encanta tu cuello, cómo sube y baja tu nuez pronunciada al pasar el líquido por tu garganta?

Sinceramente, me hizo gracia que se fijase en esas cosas, y volvió a sorprenderme todavía más que tomase apuntes con rapidez, sin levantar la vista del papel salvo para observarme.

—¿Y eso? —señalé su libreta—. ¿Qué anotas? ¿Me dejarás verlo?

—Prefiero que la veas terminada, ya queda poco —fue su respuesta.

Sus ojos se movían hacia arriba, como si estuviera tratando de buscar la palabra adecuada, y, cuando la tenía, su Parker plateado corría aprisa llenando renglones de tinta negra sobre el papel. Posiblemente, eran esos momentos en los que describía a su personaje, cada vez más real, cada vez más yo...

Empujé su vaso hacia delante, llamando su atención. Yo había terminado ya mi coca-cola.

—Esto, cariño... ¿Nos vamos yendo? Ya seguirás en casa.

Por supuesto, estaba orgulloso de su talento, de que ella fuese una de las escritoras de romántica del momento. Con su segunda novela a la venta hacía cinco meses, ya se estaba haciendo un hueco importante.

Pero esa obsesión, de la que yo entonces no era consciente, amenazaba con destrozarnos progresivamente nuestra relación. Lo peor de todo era que yo no lo veía venir y, además, me resignaba a que todavía no compartiese conmigo nada de su novela. La disculpaba pensando que le daba corte, que aún no teníamos tanta complicidad y que, posiblemente, poco a poco, ella misma sería la que se confiaría y se relajaría. Me dije que no era bueno que la presionara, así que olvidé el tema.

Incluso me parecía sexy cuando escribía... y, sí, eso se lo dije. Recuerdo cuándo fue.

Disculpa, porque ahora voy hacia atrás en el tiempo, pero me apetece contarte esto. No sé si es muy correcto, pero ya te lo he dicho: no soy escritor, espero que lo comprendas y no pienses que trato de marear la perdiz.

Aquel día de invierno, se había mudado a mi casa y todavía no habíamos solucionado el tema del espacio, por eso, cuando volví del trabajo, la encontré escribiendo su novela en la mesa del salón. Recuerdo bien esa imagen: llevaba una camiseta de estar por casa que le llegaba justo por debajo de las caderas, dejando a la vista el comienzo de sus preciosas piernas. Una de ellas, doblada, descansaba bajo la otra, y cuando subías la vista descubrías un provocativo hombro desnudo y un escote de vértigo. Joder, fue todo un flash. Ella tenía las piernazas más alucinantes que había visto en mi vida: unos muslos generosos y bien apretados.

Puede que estuviera concentrada en alguna escena erótica, a juzgar por su expresión, aunque también puede que fuese simplemente producto de la imaginación calenturienta de un tío como yo, que entra en casa y se encuentra en el salón a un pibón como ella, con poca ropa. Se enrolló el pelo y se lo sujetó con una pinza por encima de la nuca. Eso acabó de desarmarme por completo.

—Hola, cariño... Hummm... Estás muy sexy —dije, y me acerqué como un felino a su presa, dispuesto a descubrir lo que escondía esa camiseta.

Le hizo gracia, porque soltó una carcajada espontánea.

—¿Sexy? —Me miró por encima de las gafas con extrañeza y se echó a reír—. ¡Los tíos sois la leche! Total, que una se arregla para salir el día anterior con modelito nuevo y taconazos y apenas te dicen nada, pero te pones cómoda con una camiseta de

estar por casa, una pinza en el pelo y sin maquillar, y te sueltan que estás de lo más sexy...

Reconozco que me puso muuuuy tonto, y aquella memorable tarde y las siguientes comenzamos un tour turístico, descubriendo cada uno de los rincones donde se podía echar un polvo en mi casa: probamos la alfombra del salón, el sofá, por supuesto la cama, la encimera de la cocina (incluso con la lavadora centrifugando), el baño, la mesa del salón...

En fin, entonces me gustaba tal y como era, sin aditivos, sin nada más... Pero volviendo a aquellos días después de la playa, le sobrevino el síndrome posvacacional, el baile de hormonas de los últimos días de la regla y el fin del verano. Todo junto. Así que no había por dónde cogerla, te lo juro. Ese viernes ocurrió algo que fue el detonante del principio del caos.

A menudo, últimamente me volvía loco, y no me refiero a ir de calentón en calentón, que es lo típico, no..., sino a no acertar, a tener que ir con pies de plomo para que no saltase a la primera de cambio.

Sí, porque si algo he aprendido de las mujeres es que si a tu chica, que lleva un montón de rato en silencio, lanzándote miradas envenenadas de reojo, le preguntas: «¿Te pasa algo?», tienes dos opciones seguras, con un índice de probabilidad de al menos el ochenta por ciento. Te va a contestar una de dos: «¿Por qué iba a pasarme algo?», o «¿Tú qué crees que me pasa?». Cualquiera de esas opciones te lleva a una conclusión: estás jodido.

Y eso fue lo que pensé entonces: «Ojo, cualquier cosa que diga será utilizada en mi contra». Eso me pasaba por gilipollas, por preguntar, porque, no nos engañemos, tíos..., te hacen sentir como un completo imbécil: «Macho, ¿qué crees que me pasa? Deberías saber la respuesta».

Así que, como un repetidor cafre que vuelve a suspender el examen final, titubeé totalmente fuera de juego:

—Pues no sé, por eso te pregunto.

—Nada, no me pasa nada —dijo en tono cortante, seco, de esos que te dejan fastidiado, sin derecho a réplica—, déjalo...

—Vale. —Me encogí de hombros, con la certeza de que igual no era tan importante, y juro que no me dio por pensar que yo era la causa de su malestar.

Además, cuando no sabes ni por dónde te da el aire, lo mejor es una retirada a tiempo, si no quieres cagarla. Esto no lo aprendes con el paso de los años, sino con las hostias que te vas llevando. Deberían venir con un manual...; igual me animo yo mismo un día de éstos y escribo un libro de autoayuda para entender a las mujeres.

Los tíos no nos calentamos la cabeza con suposiciones, a diferencia de vosotras, eso está claro, y, joder..., yo no estaba en su mente.

Así pues, la dejé con su mosqueo en la cocina y me fui al salón. Lo mismo prefería estar sola..., ¡yo qué sé! Estuve zapeando, hasta que dejé el reportaje de los narcos en La Sexta.

Al rato, me pareció oír algo, como su voz entrecortada, y bajé el volumen.

—¿Dices algo? —grité para hacerme oír volviendo la cabeza hacia la puerta.

Y entonces apareció, hecha un mar de lágrimas y con una furia desatada que no sabía a santo de qué venía.

Pero ¿qué había hecho yo?

—¡Ya veo lo que te importo! —me gritó desde la puerta—. Me ves hecha polvo y pasas de mí como de la mierda.

—Pero ¿se puede saber qué te he hecho yo ahora?

—No es lo que has hecho, sino lo que *no* has hecho, joder... —realcó.

—Pues no lo entiendo... —repuse en voz baja

—Claro, ¿cómo lo vas a entender, si ni te has molestado en pensar?

Aturdido, casi mareado por el esfuerzo, traté de repasar mentalmente lo último que habíamos hecho, qué era aquello que me había perdido, pero estaba claro que jugaba con desventaja: yo no tenía ni puta idea y ella sí, así que se hizo más fuerte, supongo. Simplemente me encogí de hombros y enarqué las cejas con cara de pasmado. Aquello, al parecer, acabó por enfadarla todavía más.

—¿Lo ves? Nada..., que no te interesa en absoluto. —Y siguió con un monólogo sin pausas—: Todos los tíos sois iguales: al principio nos hacéis creer que sois detallistas, románticos, que os importan nuestros sentimientos, pero noooooooo... Qué va, somos unas ingenuas, eso somos, unas gilipollas por esperar tanto de vosotros. ¿Para qué? Para acabar por desilusionarnos, ése es el tema, ¡siempre se repite, una y otra vez! Porque, claro..., como ya habéis conseguido lo que queréis, pasáis de todo, salvo del sexo..., claro está..., y yo que pensaba que tú eras diferente... Mírate..., míranos...

Yo me sentía descolocado, *perdido*..., ésa es la palabra. Me estaba comiendo una bronca de órdago sin tener ni puñetera idea de en qué momento había empezado y, lo peor..., cuándo iba a terminar.

—No, no me mires así, con esa cara... Si al final serás tú la víctima, como si lo viera. Si al final me dirás que monto un drama por nada... ¡Ése es el problema, que para ti no tiene importancia, ¿qué importan mis sentimientos, verdad?! —Hizo una pausa, bajó la mirada y su tono se volvió más grave—: No hay excusas, no entiendo

cómo puedes olvidarte de algo tan importante, y llevo esperando todo el puto día... como una imbécil..., ¡todo el día! Para nada...

«¡Mátame, camión!» Así que era eso... Se me había olvidado algo, pero ¡coño, ¿el qué?!

Si tenía que hacer memoria, podría haberme dado alguna pista... ¡Me cago en todo! Si le preguntaba, lo iba a estropear, hijo.

¡Estaba bien jodido!

—Vale —repuso de repente ante mi perplejidad y mi poca capacidad de reacción—. Está bien. No digas nada, mejor así, no importa.

Pero no, no estaba bien. Cuando una mujer furiosa te dice palabras como «No importa», «No pasa nada» o «Está bien», significan exactamente lo contrario: «Macho, la has cagado pero bien», «Pasa... y mucho», «Esto es la guerra».

«Temblad, temblad..., malditos.»

Apagué la tele con desgana y un cabreo interno de la leche.

Estaba más perdido que un sordo en un tiroteo... ¿Qué debía hacer?, ¿ir detrás de ella? ¡Meeeeeeec, ERROR! ¿Para qué? Si no sabía qué decirle. Claro que podía intentarlo con algo como: «Cariño, tienes razón, no tengo ni puñetera idea de qué debería haber dicho o hecho que no dije o no hice, pero lo solucionaremos».

Por eso no hice nada, sólo esperar...

A los diez minutos, la oí desde el salón que se sonaba la nariz varias veces y fui a ver lo que pasaba.

—¿Estás llorando? —le pregunté desde la puerta, sin obtener respuesta.

Eso me pareció buena señal, que al menos no me contestase escupiendo espumarajos verdes como la niña de *El exorcista*, así que me acerqué a la cama, me senté a su lado y, tímidamente, pasé el brazo por sus hombros tratando de consolarla.

—Es que... —empezó sin dejar de mirar el pañuelo que tenía entre los dedos— lo peor es la desilusión, la decepción cuando esperas que tu pareja se acuerde de nuestra fecha..., y en fin...

¡Así que era eso! ¡Coño, el 7 de septiembre, nuestro aniversario! Dudé, ¿era el 7 o el 8?

Reconozco que, en ese momento —situación límite, luces de emergencia encendidas— mis neuronas se sincronizaron para actuar con rapidez.

—Me equivoqué de día, cariño. Tengo la sorpresa preparada para mañana, y sé que te va a encantar. Ayyyy... —Me llevé con el dedo índice sus lágrimas—. ¿Cómo iba a olvidarme de nuestro aniversario? Sólo que me confundí de día, pero te juro que te va a sorprender.

El puto romanticismo, la asignatura pendiente del ochenta por ciento de la población masculina. Qué daño nos han hecho Bécquer, Coelho, Benedetti, Moccia y todos sus secuaces.

Pero no era momento de lamentaciones, sino de actuar. Está bien, le mentí, podría haber asumido mi error, perder la batalla, total..., el mal ya estaba hecho.

En cambio, hay momentos en que mantenerse en tus trece no sirve de nada, al menos con ella, ni por orgullo, ni por cabezonería. Era como admitir que no daba la talla, que efectivamente me había vuelto un descuidado, que me había relajado y que me importaba un huevo todo lo que tuviera que ver con la pareja.

En cuanto se fue a trabajar, me vestí con rapidez: vaqueros, cazadora gris y zapatillas, sin rumbo, a la carrera, sin tener muy claro dónde buscar ese regalo de aniversario que fuese algo especial.

Después de dar dos vueltas, mirando escaparates sin decidirme, entré en un bar a tomar un café con la esperanza de que me llegase la inspiración. Y tuve la brillante idea de optar por el comodín de la llamada: Salva. Si alguien podía ayudarme era él. Al fin y al cabo, tenía una relación estable y eso lo convertía en un experto en temas de pareja.

Al tercer tono, me contestó:

—¿Qué pasa, tío? Ya se te ha acabado lo bueno, cabrón... —Se refería a las vacaciones.

—Pues sí... Oye, necesito que me eches un cable.

—Tú dirás.

—Nada, tío, es Ella, la hemos tenido otra vez; me ha montado una bronca de cojones.

—Ah, sí, algo hemos visto en Facebook.

—¿En Facebook? —repetí sin dar crédito.

—Pues claro... —contestó él como si fuese algo evidente—. ¿Es que no lo abres o qué?

—Psss..., ni idea, tío, hace un mes o así...

—Pues échale un vistazo, pero en su página de escritora, no en la personal. —Luego se echó a reír—. ¿En qué mundo vives, Will? Habrás visto lo de hace dos semanas, cuando la felicitaron por lo del bestseller y todo eso...

—No me jodas... —Se me cayó el mundo encima, me sentí como si fuese un bicho raro por no ser adicto a las redes sociales—. Bueno, pero ¿qué es lo que ha puesto ahora?

—No sé, tío, no me acuerdo. Una imagen de esas que circulan por ahí con frases,

cosas tristes como cuando están cabreadas, ya sabes, no sé qué rollos del amor, la desilusión o algo parecido. —Hizo una pausa y luego vino la puntilla—: Pero, tío, míralo, porque la tienes contenta. Hasta Leire me ha dicho: «Éstos han discutido, hijo. A ver si la llamo...».

Me tomé el café de un trago. Mandaba huevos que se enterasen antes las miles de personas que Ella tenía agregadas en su página antes que yo. Abrí Facebook desde mi móvil: ¡doscientos ochenta y tres comentarios a la imagen con la frasecita de marras! Pura hipocresía barata de gente que ni la conocía y que me dejaba como si yo fuese un cretino, un canalla sin sentimientos.

Ni siquiera me había comentado en esos días que había subido en la lista de ventas, ni que, ya antes de las vacaciones, le habían hecho una propuesta de lo más interesante a la que todavía no podía decir nada para que no se gafase... ¿Qué coño estaba pasando entre nosotros? No, tampoco me había dicho que esperar algo de alguien que no te corresponde lleva a la desilusión, ni que se sentía como ese emoticono triste, melancólica y decepcionada... conmigo.

Estaba claro: yo la estaba decepcionando, ya no me veía como a un tipo diferente, como me había dicho. Desde luego, tenía que seguir el consejo de Salva: sorprenderla.

Leyendo uno de los comentarios, me cabréé. Era de una de sus fans, que decía textualmente: «Todos los hombres son en el fondo unos egoístas, guapa. No te mereces a nadie que te haga daño, tú vales mucho».

Me daban ganas de contestarle a la tipa esa que no metiese las narices en nuestra vida privada. Y eso era culpa de Ella. Sabía perfectamente que odio compartir cosas íntimas, cosas nuestras. Yo, desde que dejé de jugar en primera división hace año y medio, sólo buscaba apartarme de ese mundo. Desde luego, tenía que seguir en Twitter, en la página del equipo al que ahora entrenaba, compartir ciertas noticias deportivas, pero de ahí a airear nuestras vidas privadas... había un mundo.

No sé cómo me vino la mejor de las ideas en ese momento: llevarla a aquel sitio donde empezamos nuestra relación. Pero ¿cuál era?... Todo motivado por el tema de la sorpresa y de nuestras primeras citas, busqué en el móvil los wasaps que había intercambiado con Ella.

Reconozco que siempre he sido tan vago para escribir como para borrar los mensajes, así que todavía debía de conservar el primero de ellos, el de aquel 7 de septiembre del año anterior.

Por delante de mis ojos pasaron por la pantalla de mi Samsung 4G miles de frases, palabras, emoticonos (cierto que cada vez menos), y me di cuenta de que aquello era todo un documento histórico de nuestra vida en pareja. Una decena de veces apareció

la leyenda «Cargar mensajes anteriores» y, cuando retrocedí a aquel memorable 7 de septiembre de 2013, tenía los ojos como bolas de billar por la falta de la costumbre. ¿Todo eso había escrito yo?, ¿en serio?

Mi primera conclusión fue que los tíos tenemos, por lo general, una memoria más selectiva. No entiendo cómo Ella podía grabarse a fuego fechas, lugares, diálogos enteros que yo no podría recordar ni aunque me fuese la vida en ello.

Pero ¡ahí estaba! «Soy un *crack*»; me animé al tener delante de mí aquella primera conversación de nuestra primera cita.

Y, sí, tenía razón, no la había vuelto a sorprender con una cena como la de aquel día. Cierto, pero es que ese día yo había tirado la casa por la ventana, y dos billetes de cincuenta, y dos euros de propina, en el platillo con la cuenta...

No me juzgues de tacaño, pero aquella noche pagué un precio excesivo por las copas, las velas, los manteles de diseño y la pajarita de un camarero que, según mi chica, era clavado a Orlando Bloom. Y es que llamar *cocina de autor* o *minimalista* a lo que nos pusieron en el plato es una manera elegante de cobrarte por quedarte con más hambre que un perro en el desierto (o que Falete en «Supervivientes»).

Pero, como bien es sabido, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, así que marqué el número del restaurante La Fourchette de Paris y reservé mesa para dos, a las nueve y media.

Lo que es tener la conciencia tranquila: aun sabiendo que la noche iba a salirme por (cálculo mental rápido) unos ciento cincuenta euros, confieso que me sentí mejor. Y eso, desde luego, debía de ser amor..., ¿o no?

Aún tenía tiempo para pasar por la joyería y pillarle algo bonito que le hiciera olvidar esos últimos días. Objetivo: recuperarla, costara lo que costase.

Mientras me envolvían el regalo, saqué el móvil y le envié un mensaje: «No olvides lo mucho que te quiero», e inmediatamente me sorprendió con la respuesta: «¿Te pasa algo, Will?». A lo que contesté: «No, no..., sólo que te acuerdes de que esta noche voy a sorprenderte, será especial y muy romántica». Y, a continuación, llenó su siguiente mensaje de emoticonos de corazones. Por fin respiré tranquilo, todo solucionado.

Tampoco había resultado tan difícil eso de ser un tío sensible y romántico..., porque lo había sido, ¿no?

CAPÍTULO 7

CENA PARADOS

Le sostuve galantemente la puerta del coche abierta nada más aparcar en zona vip. Primero asomó una de sus sandalias nuevas de tacón y, acto seguido, su bien torneada y bronceada pierna derecha.

—Fiuuuuuuu —solté un silbido de admiración.

Ella puso las manos sobre mis hombros y se retiró hacia atrás, observándome.

—Tú tampoco estás nada mal. Hoy, más que nunca, voy a ser la envidia de todas...

Y me lo tomé como un halago, claro. Aquello prometía, empezábamos la noche con buen pie. Palpé en mi bolsillo la pequeña cajita que contenía su regalo. Seguro que iba a ser una celebración de aniversario que no olvidaría.

Al volver la esquina, su expresión cambió. Se quedó clavada, con unos ojos como platos, y se llevó la mano a la boca. Lógico, ya se había dado cuenta: la llevaba a La Fourchette de Paris.

—¡Ostras! ¡La Fourchette! ¡Has reservado en nuestro restaurante..., como en nuestra primera cita! —Se volvió hacia mí—. ¡Te has acordado!

Sonreí mientras asentía. Ella se puso de puntillas y se me echó al cuello para darme un sonoro beso.

Prácticamente íbamos a tener el salón para nosotros solos, ¿quién iba a reservar un miércoles de septiembre en uno de los restaurantes más selectos (y caros) de la ciudad?

No suelo quedarme con las caras, y menos de los tíos, pero como el camarero le daba un aire a Orlando Bloom, deduje que era el mismo que nos atendió la primera vez. Muy ceremonioso, nos acompañó hasta la mesa más cercana al ventanal, decorada a la perfección con un centro de velas y rosas colocado estratégicamente en medio de un mantel bordado en diferentes gamas de rosas. Bueno, de fucsias y violetas, según

rectificó ella. Luego me soltó que si era daltónico. ¡A mí, que tengo una vista de lince! Y es que, en cuestión de colores, las tías pueden ver más allá del blanco. Te lo juro, según ella, hay montones de gamas y tonos aparte del blanco normal y el blanco que tira a gris, cuando algo está sucio. Retuve algunos: el blanco vainilla, el hueso, el marfil, el ocre... Así que también en eso somos más primarios.

Enseguida el camarero se dispuso a servir aquel vino chardonnay y Ella echó mano a su bolso rojo granate. Cuando cogí la copa para brindar, me detuvo:

—Espera, espera..., que primero voy a hacer una foto para subirla a Facebook y a Instagram. A ver, primero la mesa..., así, tal cual está.

¡Joder, una foto! Pero si hizo un reportaje completo desde todos los ángulos y posiciones. ¡Hasta yo entraba en el lote!

—Ponte así..., no, no..., mirando de frente, hacia las velas... —Enfocaba y después de unos segundos me rectificaba la posición—: Mejor ponte mirando de perfil..., así, eso..., perfecto.

Tras un montón de instantáneas de la mesa, por fin pude beber un sorbo y ojear la carta.

Indeciso, levanté la vista del listado con aquellos complicados nombres de platos confiando en que Ella también estuviese eligiendo. Pero no, Ella estaba concentrada en su teléfono móvil, sin haber abierto siquiera la carta.

—¿Qué haces? ¿Aún no has mirado la carta?

—Espera un momento, estoy compartiendo las fotos, se van a morir todas de envidia.

Y sus ojos, que no se despegaban de la pantalla, no brillaban por la emoción lógica del momento, sino por contárselo al mundo entero y que la envidiasen. Me pareció patético, pero no dije nada, una vez más.

—¿Probamos el vino? —Volví a coger la copa.

Dio la vuelta a la botella para mirar la etiqueta, cogiendo con la otra mano el móvil.

—Hummm... Château Cambon Beaujolais 2014... Esto debe de ser carísimo, ¿no?

—Unos treinta euros la botella; es vino francés, denominación de origen beaujolais. —Y, un poco molesto por su comentario, para fastidiarla añadí—: Pero, si le vas a hacer una foto, te diré que no es de los más caros, desde luego. Algunos de la carta pasan de los doscientos pavos.

Después de eso, lo pensó mejor y volvió a dejar el teléfono en la mesa.

El camarero vino a tomar nota, pero todavía no habíamos elegido. Aproveché para pedirle que nos aconsejara un segundo plato.

De entrantes pedimos la terrina de foie-gras con mermelada de higos y pan tostado.

—*Poussin de lait à l'estragon, des oignons de Cambray et des champignons sautés* —nos indicó el doble de Orlando Bloom.

—«Picantón de leche al estragón con hongos salteados y cebollas de Cambray» —leí en voz alta para Ella la traducción que aparecía debajo, en letra pequeña.

—Perfecto, suena estupendamente.

Yo, finalmente, me decanté por el *filet mignon* en salsa de pimienta verde con papas fritas.

A pesar de la manía de Ella de fotografiar cada plato y cada decorado de nuestra celebración, yo (con mi santa paciencia) continuaba apostando porque esa noche de nuestro aniversario fuese especial, así que alargué la mano con delicadeza para acariciar la suya, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Estás aún más guapa que hace un año.

—Gracias, Willy, tú también...

Y nos quedamos en silencio. Entonces, se me ocurrió sacar el tema, algo que le agradase, como las ventas de sus libros.

—He leído en Facebook que tu novela anterior va viento en popa.

—Claro, eso ya lo sabes... —me contestó con un ligero tono altivo que luego suavizó para añadir—: Eso no es nada nuevo, cariño.

—Bueno, en parte, sí. Salía tu entrevista en aquel artículo y el titular decía que había batido récords de ventas en los últimos meses, y no sólo en España..., y eso no lo sabía. Me alegro muchísimo, te lo mereces.

No se lo estaba reprochando..., o quizá sí, pero inconscientemente.

—Tampoco yo sabía... —se miró las uñas, juntó las manos y luego me clavó la vista de un modo que no me gustó nada— que habías hecho una entrevista en la que posaste en traje de baño para una revista femenina...

—¿Qué? —Entonces, de pronto, me acordé—. ¡Ahhhh! ¡Pero si eso fue hace más de dos años..., cuando aún jugaba en primera división!

—Pues, mira, lo han rescatado, por lo visto. Sales con Nadal y otros tres más: «Los deportistas españoles que vuelven locas a las mujeres nos cuentan cómo es su mujer ideal».

Resoplé con fastidio.

—Bueno, eso ya pasó, se inventaron la mitad de lo que pone. Sabes que, después de la lesión, decidí dejarlo. Fue una etapa, y está cerrada. Estoy genial así, siendo entrenador.

—Me alegro —repuso en tono cortante.

De nuevo, nos quedamos mudos, mirando cada uno nuestro plato de cocina de autor, y a partir de ese momento los comentarios fueron sobre temas nada trascendentales: el sabor increíble de la cocina francesa, sitios que nos gustaría visitar, pero ninguna alusión a nosotros como pareja.

Luego Ella volvió a hacer fotos de los postres y también a mí, con la cucharilla a medio camino entre la *mousse* de chocolate y mi boca.

Trajeron el champán y consideré que ése era un buen momento. Saqué la cajita que había mantenido oculta todo el tiempo en el bolsillo del pantalón y, con una sonrisa, se la aproximé.

—Espero que te guste, cariño.

—Ohhhhh. —Se llevó la mano a la boca sorprendida incluso antes de abrir la cajita—. Creo que ya sé lo que es... ¡*Mamma mia*, qué emoción, Will!

Me reí; en ese momento volvía a ser ella, y, sí..., le brillaban los ojos de la impresión al desenvolver el paquetito.

Se entretuvo mirando el nombre dorado de la joyería grabado en la caja.

—Ufff, qué nervios... —confesó con la expresión de una niña—. Este instante habrá que immortalizarlo...

Yo la miraba expectante, buscando su aprobación. Pero cuando levantó la tapa, su sonrisa se esfumó de pronto.

—Ah..., ¿una pulsera? —dijo con tono de decepción.

—Sí, espero que te vaya bien. Espera..., te ayudo a ponértela... —Me incorporé y la saqué de la caja con cuidado—. Pero ¿te gusta? Me han dicho que no hay problema por cambiarla...

—Sí, sí..., es muy bonita. —Y fue recuperando un poco la sonrisa, a duras penas.

A continuación, le pidió al camarero que nos hiciese unas fotos.

Supongo que no estuve muy acertado con el regalo, pero entonces desconocía el porqué. Aunque ella no protestó, tiempo después inevitablemente supe que esperaba otra joya, y no precisamente una pulsera.

Me dijo que mi regalo... estaba en casa, que no me lo podía dar allí, delante de todo el mundo, y que me lo entregaría después. Y, claro, con semejante pista, uno no podía evitar imaginarla totalmente desnuda envuelta en papel de celofán brillante y con un lazo rojo. ¡Planazo!

Si me preguntas mi opinión sobre aquella cena de aniversario, te diré que me quedé con una sensación de vacío. Es cierto que salvamos las discusiones, que parecían acercarse como una tormenta eléctrica de verano; es verdad que al final todo se desarrolló con armonía, la comida y el vino perfecto, el lugar y el trato impecable,

pero... faltó algo, no sé. No hubo risas, ni cosas nuestras. Nos sobraron minutos de fotos para Instagram y Facebook y nos faltaron miradas o risas cómplices.

Durante el camino de vuelta, en el coche, ella iba mirando entretenida su móvil y, de repente, soltó a gritos tal taco que casi doy un volantazo del susto.

—¿Qué pasa?

—¡Maldita zorra!... Mira lo que ha colgado...

—¿Quién?

—Andrea Eva Bassilio —o algo así entendí—, ya sabes, la escritora de la saga «Muy intensa»... Es una hija de... Pues va y cuelga un comentario de que se alegraba mucho y luego el enlace del artículo donde la ponen como la mejor escritora española de romántica del momento... ¡Será cabrona! ¡Y una mierda, la mejor escritora, dicen...! Pero ésta se la devuelvo...

Yo no dije nada, la escuchaba en silencio, y ése fue otro de los detonantes.

—¿Tengo o no tengo razón?

—Sí, sí, claro, vamos..., que está fatal lo que te ha hecho.

—Mira, ¿sabes lo que voy a hacer? Que les den...; voy a poner la última foto nuestra. Porque en eso no pueden competir conmigo. —Su sonrisa fue maléfica—. Que se jodan y se mueran de envidia.

Bufé como un toro. Ya estábamos otra vez en las mismas.

—¿Por qué no dejas el móvil y pasas de eso ahora? Además —le advertí muy serio, mientras paraba el coche delante del garaje—, no me gusta que subas nuestras fotos de pareja. Ya lo hemos hablado y creo que lo he dejado suficientemente claro.

—Pero ¿por qué? Tu postura es... ilógica, infantil..., no tiene sentido... ¿O es que no quieres que te vean conmigo? —Me reí sin ganas, puesto que yo nunca había ocultado nada. Era como una broma de mal gusto—. Es que no lo entiendo...

—Es cuestión de principios, y punto. —Ahí se terminaba la discusión.

—Vale, perdona.

Debió de observar la tensión en mi mandíbula y mi expresión seria, porque el tema quedó zanjado.

Cuando subimos a casa, me cogió de la mano y me llevó hacia nuestro dormitorio, sin más preámbulos. Ahí estaba mi regalo, fue lo que pensé empezando a tener un calentón mental por momentos.

—Venga, vamos a olvidarnos de eso y, para hacer las paces..., voy a darte mi regalo.

Encendió las velas de la mesilla de noche, al lado había bombones y un lubricante de fresa, también un pequeño bote de nata..., y me pregunté en qué momento había

preparado todo aquello. Entonces recordé, con una sonrisa, que yo había bajado antes y la había esperado a que terminase de arreglarse mientras sacaba el coche del garaje.

—Guauuuuuuu, creo que me va a gustar mucho mi regalo. —La atrapé por la espalda y alcancé sus pechos.

Ella se dio entonces la vuelta riendo y me pidió que esperase un momento.

—Todavía no te lo he dado..., impaciente. Ponte cómodo, ahora vuelvo

Era una de esas ocasiones en las que me gustan las sorpresas. La impaciencia me consumía, porque lo suyo era terminar la noche de esa forma, con un tremendo maratón de polvos de aniversario...

La esperé tumbado boca arriba en la cama sólo con mis bóxers (de esos que me compró ella y prometió arrancarme con los dientes), los brazos doblados tras la nuca y una sonrisa de tonto que no me cabía en la cara, mientras me llegaba el sonido de unos hielos tintineando en unos vasos. ¡Planazo!

Oí que cerraba una puerta, oí sus pasos acercándose por el pasillo y, por fin..., apareció en la puerta del dormitorio con un conjunto interior negro muy provocativo y un paquete grande entre los brazos.

Me incorporé sorprendido.

—Ábrelo —me ordenó cuando me incorporé en la cama—, espero que te guste.

Rompí el papel de regalo con rapidez y me encontré con una caja de una conocida tienda de electrónica.

—¡Ostras! —Mi sorpresa fue mayúscula—. ¡Una cámara de vídeo!

Ella asintió con una sonrisa. Eso sí era un buen regalo, tengo que admitirlo. Un regalo caro y sorprendente: ¡coño, una cámara de vídeo! Por un momento pensé en decirle que se había pasado porque esa cámara, desde luego, debía de haberle costado una pasta.

—¿Te gusta? —me preguntó sentándose a mi lado.

—Me encanta, es... estupenda...

—Vamos a estrenarla... —dijo poniéndose de pie con determinación.

—¿Ahora? —Yo, la verdad, tenía otros planes... En mi cabeza sólo estaba el maratón de polvos de aniversario.

—Ahora, sí.

Me quitó la cámara de las manos y empezó a desembalarla. Entonces me di cuenta de a qué se refería.

—¿No estarás pensando en grabarnos...?

CAPÍTULO 8

LA PRUEBA DEL DELITO

A cualquier tío que le digas que tu novia ha empezado a comprar en internet todo tipo de juguetes sexuales se le pondrían los dientes largos. Pero cuando eso empieza a hacerte sentir como un objeto de usar y tirar, la cosa cambia.

No voy a negar que me guste el sexo por el sexo, pero, vamos..., de ahí a echar un polvo en cualquier sitio, por muy fuerte que sea el apretón..., o tener que llevar a cabo sus fantasías más rebuscadas, hay un trecho.

Y no sólo eso: últimamente, yo casi no había sido consciente del cambio, pero la fama se le estaba subiendo a la cabeza. Ya no era la misma que había conocido hacía quince meses. Se había cortado el pelo, con lo que a mí me gustaba su melena larga; se compraba modelo nuevo y zapatos cada quince días, y no precisamente en Zara; la llamaban de la emisora de radio, de la tele local, y salía hablando de su novela incluso en algunas revistas. Supongo que todo eso debe de ser complicado de encajar, y que podía sentirse presionada al no asimilar lo que se le venía encima...

Como me había aconsejado Salva, debería haberle parado los pies, después de la celebración del aniversario; debería haberme puesto en mi sitio, pero últimamente no encontrábamos tiempo ni para eso.

Un día me dijo que necesitaba a alguien para hacer las cosas de casa, y me quedé de piedra. ¿Nosotros? ¿Meter a alguien en casa? Pero si estábamos los dos solos, si ella únicamente trabajaba en la oficina por la mañana y, en mi caso, vale..., podía tener concentración o partido fuera y pasarme dos días de viaje, pero nos las apañábamos perfectamente, le contesté, no me gustaba la idea. Y mira que se lo dije, pero nada.

Un lunes de primeros de diciembre, al mediodía, cuando llegué de entrenar, me recibió acompañada de una mujer de unos cincuenta años morena y un poco más alta que ella.

—Cariño, ésta es Nati.

—Encantado —saludé educadamente, buscando en su mirada una explicación.

—Va a ayudarnos con la casa —añadió, y lo dijo así, sin derecho a réplica.

—Ah, qué bien. —Traté de asimilarlo mientras ella me sonreía con naturalidad.

—Estoy muy contenta de empezar a trabajar para ustedes, es un lujo... porque, bueno, —me miró un poco cohibida—, yo no es que sea muy aficionada al deporte, pero mi esposo, que en paz descansa, sí lo era... Por eso sé que era usted un estupendo jugador y, bueno..., es inglés, ¿verdad? Una lástima lo de su lesión..., porque jugó en la NBA, ¿no?

—No, no... ¡Que más quisiera yo! Debe de confundirse con otro que también se llama Willy.

—¿Cómo que no? —Parecía desilusionada—. Bueno, lo que usted diga..., pero tiene acento americano...

—No, qué va, soy español. Lo de Willy es por el apodo. Me llaman así desde que empecé en juvenil, no recuerdo quién me lo puso, pero sí que lo hicieron para distinguirnos a los dos Guillemos. No me podían poner López en la camiseta porque ese apellido ya estaba ocupado, por lo que desde los dieciséis años fui conocido como Willy, y así me he quedado —sonreí tratando de ser cortés.

La asistenta, totalmente incrédula, ignoró mi explicación y, volviéndose hacia Ella, prorrumpió en un gritito:

—Uyyyyyyyy... Y, bueno, cuando me enteré de que era usted la que buscaba asistenta... ¡Imagínese, si soy la fan número uno de su última novela! Es preciosa, tan romántica y dulce... Con decirle que me la leí del tirón, fue... un no parar de leer, ¡qué enganche, por favor! —Se recompuso y nos miró a los dos—. En fin, que esto ha sido un regalo del cielo, gracias a Dios que mis informes les han encajado... De verdad, no los voy a defraudar.

«¿Sus informes? ¡Cojonudo! El último en enterarme, otra vez. Pues, sí, gracias al cielo, porque lo que es gracias a mí...» ¿Cuándo había decidido contratarla?

Desde luego, no estaba tan loco como para montar una bronca delante de Nati, que, todo hay que decirlo, era un encanto de mujer, un poco pesada, eso sí..., devota y beata hasta la médula, eso también..., pero una profesional en las tareas del hogar. Ni que decir tiene que me sentó como un puñetazo en el estómago que Ella se pasase mis opiniones por el arco del triunfo.

—Ah, gracias. —Traté de sonreír por cortesía mientras por dentro me iba cabreando cada vez más, así que las dejé ahí y me fui a la cocina a tomarme un café.

—¿Le parece que empiece por los baños? —le preguntó a Ella.

—Nati, mira, te he hecho una lista de lunes a viernes, la tienes colgada en la nevera. Ven...

¡Vaya cuadrante! No quedaba ni un hueco en ese folio, casi me mareo de pensar en todo lo que tenía que hacer la pobre mujer en siete horas diarias. Por cierto, ¿a cuánto se las pagábamos? Tampoco es que me preocupase el tema, ni quería parecer un tocapelotas, pero vamos..., que el tema del dinero ahora era cosa de los dos.

Me dije que eso también lo teníamos que aclarar, desde luego. Otra situación incómoda, otra conversación pendiente.

Justo entonces, cuando había decidido prepararme un café, tocaba «limpieza de cocina», así que empecé a sentir que molestaba en mi propia casa. Nati y yo tropezamos literalmente en la puerta y, debido a mi altura, se le volcó el cubo de fregar.

—Uy, perdón, como ahora he visto que tocaba cocina, pues...

—Es igual, ya me bajo a tomar un café al bar —exploté en voz alta para que Ella, mi chica, reconociese mi tono de cabreo.

—No, no, faltaría más..., por Dios, usted no se preocupe, yo puedo esperar... O, si le parece bien a la señora, puedo empezar por el baño...

Pero, por lo visto, la *señora* estaba muy ocupada al teléfono, planeando su día sin contar con nadie más.

Cerré de un portazo y, mientras esperaba el ascensor, llamé a Salva por si le apetecía ir a tomar algo.

—¿Qué pasa, tío? ¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Saludo típico de mi amigo.

—Pásate por el Imperial a tomar una caña y deja de tocarte los huevos un rato, anda...

—Joder, empiezo a pensar que quieres rollo conmigo... —Risas—. Venga, vale, voy para allá.

A los diez minutos, ya lo estaba poniendo al corriente de las novedades.

—Pues nada, tío, que tengo servicio doméstico...

—¿El qué? —No me entendió.

—Joder, Salva, pues eso: una mujer que viene a limpiar todos los días.

Casi se atraganta con la cerveza.

—¡Hostia, Willy! —Y empezó a partirse el culo y a llamarme *señorito*.

—Descojónate lo que quieras, capullo —le dije—, pero maldita la gracia.

—¿Está buena, por lo menos?

—¡Yo qué sé, tío! La ha contratado Ella, y mira que le dije que no quería meter a nadie en casa... —Bebí un trago largo. Me estaba tocando las pelotas, pero, bueno, lo

entendí..., sólo faltaba que me dijese lo de...

—¡Huevón, huevón, huevón...! —Pues sí, lo dijo.

Te preguntarás para qué llamé a Salva, ¿sabía que iba a oír lo de «huevón» o «calzonazos»? Probablemente, bueno..., seguro. Tiempo después me vendría bien, si algún día debía testificar cuando se me hinchasen los huevos.

Aparte de todo, me dio la razón: mi novia estaba convirtiéndose en otra, ya no era la misma, y nuestra relación de pareja estaba haciendo aguas.

—Salvo en la cama —apunté, dudando si contárselo o no todo.

—Bueno, entonces de puta madre, ¿no?

—Ha cambiado, tío, ahora le da por innovar y todo eso.

Salva se echó hacia delante.

—¿Innovar? ¿Sobre qué? ¿Te lee el *Kamasutra* y es ella la que te pone a ti mirando *pa'* Cuenca o qué?

Sacudí la cabeza riendo. Salva tenía ese punto de bromear con todo.

—A ver cómo te lo explico... —Y me acerqué un poco para que no se enterase todo el bar—. Me acosa a todas horas, incluso en público, y en casa le da por atarme a la cama, tío, y por probar cosas, juguetes de esos eróticos o...

—¡Serás cabrón! ¿O sea que me llamas para quejarte de que tu chica se lo monta contigo de puta madre? —Se pasó la mano por el pelo como si estuviera desesperado—. ¿Y encima te quejas? ¿Tú sabes cuánto hace que yo no mojo, capullo? Cualquier día se me *encangrena*...

—¿Se te... qué? —Me reí y él me enseñó el dedo corazón a modo de respuesta—. Bueno, a ver... —continué—, que hay algo más... Creo que tiene un problema de exhibicionismo.

—¡Joder!

—Me regaló la cámara de vídeo, ya te lo dije, y, bueno..., quería que nos grabásemos en la cama, pero, tío, ha ido a más y...

—¡Habéis hecho una peli guarra! ¡Tiembra, Spielberg! —Otra vez risas.

—Coño, Salva..., que esto es muy serio. Mira lo que había escondido debajo de la cama. —Y saqué la grabadora de la chaqueta.

—¿Qué es? ¿Una grabadora de voz? —Salva alucinaba. Extendió la mano y se la mostré.

Sin embargo, me percaté tarde de mi error al pasarle la grabadora, porque le dio al *play* sin que tuviera tiempo de evitarlo. Total, que se oyeron en estéreo los aullidos de placer de mi chica mezclados con mi repertorio de frases más guarras. «¡Tierra, trágame!»

Salva se puso tan nervioso cuando un grupo de abuelos levantaron la vista de las cartas y empezaron a vociferar y a reírse que no acertaba a reaccionar para parar aquello. Dos mujeres que había próximas a nosotros, en la barra, nos miraron escandalizadas y se apartaron rápidamente, y Tomás, el camarero, nos lanzó el trapo de secar los vasos a la cabeza mientras le gritaba a Salva que nos iba a echar del bar.

—Oye, que no es mío, que esto es de él —protestaba mi amigo mientras se equivocaba con el botón y ponía a tope el volumen.

Total, que, después de aquello, salimos del Imperial cabizbajos pero con una anécdota más que contar, y lo peor de todo: sin acabar de encontrar solución a lo que estaba pasando por la mente de mi novia. Era la primera vez que mi experto en asuntos de mujeres dictaminaba que lo de Ella no tenía nada que ver con Leire ni con otras mujeres. Era un tema realmente raro, raro, raro.

—Venga, que te invito a otra y me piro a cenar, que tengo turno de noche.

CAPÍTULO 9

LA FAMA CUESTA...

(y aquí es donde voy a empezar yo a pagar)

Aquella mañana me levanté con el pie izquierdo y con un montón de preguntas trascendentales: ¿qué había pasado con aquel orden desorganizado tan mío en el que siempre lo encontraba todo a la primera? ¿Por qué olía tan asquerosamente mal el cuarto de baño? Me dieron náuseas al entrar: el olor a lejía, los botes clasificados por tamaños, el dispensador automático de jabón de manos, tener que abrir el armario del baño cada mañana para encontrar el cepillo de dientes, el peine o la cuchilla de afeitar, y... verme reflejado en las baldosas, que estaban más relucientes que la calva de mi padre.

¡Hablando de mi padre! Joder, entonces me vino otra de las preguntas trascendentales de buena mañana: ¿cuándo me dijo mi madre que nos invitaba a comer para conocer a mi *prometida* (sí, empleó esa palabra, lo juro)? Con todo el jaleo, se me había pasado y ni me acordaba de que lo hubiera comentado con Ella.

Me dije que después del café me funcionaría la cabeza. No me merecía machacarme tan temprano de esa manera. No soy ningún *masoca*.

Otra vez había un pósito en la nevera, y es que últimamente, desde que no paraba en casa, le había dado por comunicarme las cosas importantes así. Pero fue pensar en ella y acordarme del polvazo de la noche anterior: magistral, bestial, salvaje... No sé, de haber una clasificación o algo para puntuarlos..., éste seguro que se salía de la tabla.

Puede que la falta de concentración fuera por eso, y lo de levantarme más cansado que de costumbre. ¡Coño, ¿cómo iba a acordarme de lo de mis padres si —ahora que me venía a la cabeza— nos habían dado las cuatro de la mañana dándole al tema?!

Despegué el pósito mientras abría la puerta del microondas para sacar la taza.

Te recuerdo que me entrevistan en Radio Uno a las once, antes me voy a la

peluquería, y acuérdate de recoger mi vestido y tu traje para esta noche.

¡Joder! Ahora sí que necesitaba el café en vena. Me lo tomé de un trago y volví a leer la puñetera nota: «... recoger mi vestido y tu traje para esta noche». ¿Qué pasaba esa noche?

A todo esto, ¿dónde estaba Nati? ¿Tendría el día libre? ¿A qué día estábamos?, ¿sábado?, ¿domingo?... ¿Habríamos quedado esa noche con alguien? ¡Ostras, era cierto: tenía amnesia total!

Necesitaba alguna pista. Corrí hacia la mesilla para desenchufar el móvil del cargador y empezar a mirar los wasaps. Tres sin leer. ¡Qué pereza!

«¿Qué pasó, tío? Al final, ¿la pusiste en su sitio o no?», con emoticono de risas. ¡Salva..., ahora me acordaba!

Ella había tenido reunión de algo de la editorial, y como a las once de la noche todavía no había regresado a casa, le puse un mensaje. Me contestó casi cuarenta minutos más tarde que se estaba tomando unas copas con su amiga Jessy y compañía..., la quinta vez en esos últimos días. Había pasado de ser algo esporádico a habitual, y eso me sentaba como una patada en los huevos.

Hay que ver cómo es la mente humana: una vez que tiras del hilo, empieza a salir todo.

El caso es que comencé a recordar: yo me había acostado sobre las doce y media, y ella apareció casi a las dos, un poco pedo. Debió de hacerse un hueco en la cama sin hacer nada de ruido, y ni me enteré de que se acostaba hasta que noté que aquello se me empinaba como un bate de béisbol... Húmedo, muy húmedo y demasiado real para ser una felación en sueños. ¡Brutal!

Y una cosa llevó a la otra. Me empezaron a venir flashes de los mejores momentos, como la repetición de las mejores jugadas en los programas deportivos, así, a cámara lenta. Bufé y me pasé la mano por el pelo, sudando. O paraba ya o me iba a poner cachondo en cuestión de segundos.

A todo esto, ¿qué había ido yo a mirar en el móvil? Tuve que hacer un esfuerzo titánico para acordarme otra vez... Estaba claro: no estaba nada fino a las diez y media de la mañana. Podía ser que inhalar el olor a lejía tuviera esos efectos secundarios, porque a mí, por lo menos, es que se me mete hasta las entrañas.

Lo mejor sería algo de música cañera y una buena ducha para despejarme. Y dicho y hecho.

Coloqué arriba la alcachofa de la ducha, en lo más alto, y dejé que me cayese el chorro de agua por la cabeza mientras sonaban los Dire Straits.

Lo bueno de estar solo en casa es que puedes salir mojado, en pelota picada, flipando contigo mismo mientras emulas a la guitarra al genial Mark Knopfler y luego... ¡¡¡encontrarte de frente en el pasillo con la asistenta!!! «¡Mierda, mierda, mierda!»

Se me encogió todo, y cuando digo todo..., ¡es todo!

Vamos, que se me pusieron por corbata. Nati llevaba uno de esos uniformes de sirvientas un poco... provocativo, vestido negro con la falda corta y medias de rejilla... El caso es que la pobre, al verme en pelotas, se echó hacia atrás instintivamente. Por la forma de agarrar el palo de la escoba, habría jurado que estaba a punto de arrearme con él en la cabeza.

—¡*STOP, STOP*, mister William! ¡Atrás, atrás! —gritó de repente, blandiendo a modo de bandera el palo de madera rojo.

«¡Qué marrón!»

Me tapé con las dos manos por delante y eché a correr de nuevo hacia el baño, dejando mi blanco trasero a la vista de la pobre mujer, que, supongo, seguía ahí plantada en estado de *shock*.

¿Cómo iba a poder mirarla a la cara de nuevo? Pero ¿de dónde había salido? Y ¿cómo es que se había puesto ese traje, si parecía disfrazada de pornochacha?

—Oh, Dios mío, disculpe, mister William... —La asistenta se empeñaba en mi procedencia inglesa, porque de nuevo me llamaba así, como si fuese un lord. Y continuó hablando a la puerta del baño—: Lo siento mucho, es que ha sido como un *shock* para mí. Imagínese, mister..., que desde que murió mi difunto esposo, que el Señor tenga en su gloria, yo no había visto..., a ver cómo lo digo..., discúlpame, Dios mío..., a un hombre como su madre lo trajo al mundo, ya me entiende, y no estaba preparada para ver semejante...

«¡Que se calle, por lo que más quiera, que se calle!»

—No, no... —la corté desde dentro acojonado—, no se preocupe, de verdad, ha sido culpa mía.

—Y, bueno, que si necesita cualquier cosa, lo que sea, ya sabe...

—No, no, no necesito nada, nada de nada, de verdad. Gracias...

Pero sí que necesitaba. Sí. Al menos, que me volviera la sangre al cerebro y al resto de mi cuerpo, ¡maldita sea! Menudo corte delante de la beata de la asistenta.

«No hay mal que por bien no venga», ésa es la frase típica de las madres que a mí me vino de perlas. El *shock* con la asistenta me hizo reaccionar más rápidamente que un jarro de agua fría. Era el momento de dejarme de gilipolleces, salir con el albornoz tapado hasta el cuello y sentarme a escuchar la entrevista de Radio Uno en el salón.

—Y este sábado nos acompaña la autora revelación del momento...

Había llegado justo a tiempo, y, de paso, me acababa de enterar de que era sábado, y no domingo.

Al oír su voz (porque sabía que era Ella), sentí vergüenza ajena (y no está bien criticar a tu propia pareja, pero me pareció tan prepotente, cursi, repelente...). ¿Por qué hablaba así, como si le hubiesen dado el Premio Nobel?

En fin, total, que cuando ya eran casi las doce y media, me acordé del encargo... y di un bote en el sofá... ¿Adónde se suponía que tenía que ir a buscar el vestido y mi traje?

Estuve rapidísimo de reflejos y, aun a riesgo de ser más falso que una moneda de tres euros, la llamé para felicitarla por la entrevista y, de paso..., disimuladamente, preguntar dónde cojones tenía que ir a buscar la ropa y para qué.

—Cariño, te he escuchado por la radio, has estado genial.

—¿Sí? —Se la notaba emocionada—. ¿Has oído cuando me han comparado con la bestseller americana Kelly Redford? ¿Te ha gustado la entrevista?

—Mucho, y ahora iba a hacer el recado, a recoger el traje a la... ¿cómo se llama, que no me sale?

—¿Tintorería? —me ayudó en un tono sarcástico

—Sí, eso, la tintorería... esta..., sí, mujer, que empezaba por... La tengo en la punta de la lengua, qué malo sabe cuando no te sale la palabra, joder... —Traté de hacerme el olvidadizo y ella se echó a reír al otro lado de la línea.

—Es la tintorería de siempre, cariño, la de la esquina de la calle.

Vaya, no había colado.

—Ya, ya, es que en cuestión de comercios cercanos me gusta llamarlos por su nombre... Bueno, es igual. El caso es que hay que estar elegantes para la ocasión. —A ver si soltaba alguna pista, porque yo estaba en blanco totalmente.

—Bueno, yo reconozco que estoy algo nerviosa, ¿y tú?

Ya me había pillado, ahora no quedaba otra más que improvisar, todo menos llevarme una bronca por no saber adónde se suponía que íbamos.

—¿Yo? —A ver qué inventaba a eso. ¿Debía estar acojonado por algo? Improvisé, claro—: No, cariño, no mucho. Por cierto, la asistente, Nati, ha venido disfrazada de pornochacha... ¿Sabes tú algo de eso?

Se echó a reír a carcajadas.

—Hummm... Me pareció que, mientras esté en casa, al menos, en mi ausencia, ese uniforme te alegrará un poco la vista, ya ves que soy una mujer liberal.

—Joder, no sé..., lo veo un poco machista y anticuado, incluso denigrante, ¿no?

—Qué raro estás... Si a Nati le gustó su uniforme y no protestó... Además, tampoco es para tanto, la falda le va por encima de la rodilla. —Resopló con fuerza, impaciente—. Bueno, yo tengo reunión con mi agente hasta las ocho, así que dispondré del tiempo justo para cambiarme y salir con el coche. Por cierto, aféitate, ¡del todo!, suave como el culo de un bebé. ¡Espera..., no, no! Aún estás a tiempo si llamas ya, mejor te vas a la peluquería, y después te acercas a limpiar el coche, no vayamos a llevarlo sucio. ¡Ah, por supuesto, vamos con el mío! No lleves el Che, que nos conocemos, ¿eh? Ah, y ya de paso, compra un ramo de flores bonito, si pueden ser orquídeas, y unos bombones, que a mí no me dará tiempo. Ah, y si quieres algún detalle para mí, genial, que tienes toda la tarde...

—¿Flores y bombones? Bueno, vale, te esperaré en casa, que tengas un buen día.

Nada, seguía sin saber adónde tenía que ir esa noche. Por el momento, ya tenía la tarde totalmente programada: lavar su coche, comprar flores y bombones, ir a la tintorería a recoger el vestido y el traje, afeitarme, y a ver si me daba tiempo de prepararme algo rápido para comer, porque ya podía olvidarme de echar una siesta. ¡Manda cojones! Si Salva y compañía se hubieran enterado, ya sé lo que me habrían dicho, y con razón. ¡Soy un calzonazos, una marioneta, un puto títere como... Monchito, joder!

Sonó mi móvil y la pantalla me anunció: «Nacho llamando».

—¿Qué tripa se te ha roto? —Saludo cordial entre colegas.

Era Nacho, el amigo que seguía en primera, un puto *crack* en asistencias y triples.

—Willy, me dice Salva que te avise del cambio de planes. Planazo: que, en vez de ver la final en el antro ese, en el Imperial, que la peña lo ha pensado mejor. Tío, eso sí, hemos organizado la salida con coches a las ocho para...

—¡Hostia! —Me palmeé la frente, se me había olvidado por completo—. Joder, Nachete, que no puedo ir...

—Estás de coña, ¿no? —Su tono no podía ser más expresivo—. ¿Cómo te vas a perder la final, tío?

Era cierto, llevábamos un mes preparando la gran noche, la puñetera final clasificatoria. Colgué totalmente apesadumbrado. No podía creer que se me hubiese olvidado. ¿Qué me estaba pasando?

No sabía cómo había sido el camino hacia mi pérdida de identidad, pero lo que tenía claro era que la estaba perdiendo..., ¿o la habría perdido ya del todo? ¿Dónde estaba el Willy con esa personalidad arrolladora? Yo, que había presumido de ser un espíritu libre que nunca se dejaba mangonear por nadie, que tenía una vida de puta madre, un gran deportista, sin excesivos lujos pero con dinero, sin compromisos y con

todas las tías que me diera la gana... ¿Cómo me había echado a perder así a mis treinta y dos años?

Me estaba dando un bajón bestial. Sinceramente, era un triste, sólo podía compadecerme de mí mismo. Llevaba poco más de un año con ella, y parecíamos un matrimonio de jubilados. ¿En serioooooo? ¡Por favor, ¿qué iba a ser de mí?!

En fin, me dije que no había tiempo para eso, que o me daba prisa en bajar a la peluquería y a la tintorería, o al final se me echarían las horas encima sin hacer nada.

Ni que decir tiene que fui toda la tarde con el reloj pisándome el culo, de un lado a otro. No sé cómo lo hice, pero pude llegar a tiempo, eso sí, entré en la peluquería de caballeros con una caja de bombones y un ramo de orquídeas fucsias y blancas.

Nueve veces me envió mensaje para ver cómo iba todo y cerciorarse de que no me había olvidado de nada. En el último decía que venía ya de camino y que fuera sacando el coche.

A las ocho y media, estaba peinado, afeitado, vestido con el traje, y con su Fiat 500 rosa descapotable aparcado en la puerta, clavado al puto muñeco Ken esperando a la Barbie Superstar.

Cuando por fin me vio, se echó hacia atrás teatralmente. Por un momento creí que le estaba dando una bajada de tensión.

—Estás... increíble, no te había visto nunca con traje, *mamma mia!*

Ella también iba espectacular, le favorecía ese vestido rosa largo y esos zapatos de tacón.

—Tú dirás, no sé qué camino tengo que coger —le confesé al meter la llave en el contacto de su Fiat para ponernos en marcha.

—Normal, todavía no te lo había dicho. Es una fiesta de... Cati Rodríguez, la escritora que te presenté, bueno, su seudónimo es Katy Roger... No, no hace falta el GPS, tenemos que ir a San Lázaro, cerca de la Ribera.

Me sentí como un chófer/asistente/gigoló al servicio de una auténtica diva. ¿En serio me estaba perdiendo la final con los colegas por llevarla a una fiesta privada de una gente que ni conocía ni me apetecía conocer? ¿Qué pintaba yo allí? A lo mejor, ése era el precio que desde ahora iba a tener que empezar a pagar por su fama.

Cuando por fin conseguí encontrar aparcamiento para su reluciente Fiat 500 descapotable, subimos al lujoso ático, con el ramo de flores y los bombones. Salió a darnos la bienvenida la anfitriona, la tal Cati, la pelirroja que me había presentado meses antes en la salida nocturna.

—Gracias, son preciosas, me encantan las orquídeas. —Se giró antes de marcharse—. Disculpad, voy a decirle a Lola que las ponga en un jarrón.

Mi chica me apretó la mano y avanzamos hacia el tremendo salón sonriendo a diestro y siniestro, sin parar de estrechar manos y dar besos de cortesía a unas —calculé— treinta personas, todas relacionadas al parecer con la literatura, el arte y la ilustración. En ese momento entendí el porqué del traje, el vestido largo y todo lo demás.

Bueno, el caso es que, en cuanto me presentaba a alguien, salía el tema de aquel memorable partido, mi retirada de la Liga ACB y los resultados del equipo femenino que actualmente entreno. El resto del tiempo me sentía más perdido que un pulpo en un garaje.

El servicio de *catering* de lujo, compuesto por camareros buenorros vestidos de chaqué, pasaba ofreciendo copas y canapés de todo tipo.

—¡Eh! —nos llamó la atención desde enfrente una rubia escultural que enseguida vino a nuestro encuentro con una copa de champán en una mano mientras saludaba con la otra.

—¡Jessy, cariño! —¿Mi chica había dicho «cariño»? No sé si me despistó más eso o el tono pijo que acababa de emplear—. Bueno, ya conoces a Willy.

Yo carraspeé tratando de no mirar hacia abajo por si me quedaba clavado en aquel escote de vértigo que terminaba en la cintura y hacía que saltaran a la vista aquellas dos pedazo de tetas tan bien puestas.

—Ostras, Willy, estás increíble —dijo ella y, volviéndose hacia mi chica, en plan confidencial, añadió—: ¿Sabes a quién me ha recordado? —Pausa moviendo las manos—. ¡Al modelo Andrés Velencoso! —Me repasó de arriba abajo—. ¡Con el traje, ufffff..., eres su doble!

—Gracias, Jessy. —Me eché a reír para quitar hierro al asunto—. Tú estás... muy... muy... elegante también. —Traté de ser lo más prudente y también de mirarla a los ojos.

Luego empezaron a hablar entre ellas y yo allí en medio, como un poste, sin saber qué hacer salvo sonreír sin ganas o tratar de comentar algo de vez en cuando, poco más. Me excusé y fui al lavabo para hacer tiempo. Después la busqué con la mirada, pero Ella, desde luego, parecía muy interesada en entablar conversación con algunas personas de ese círculo. No sabía dónde meterme. Era una de esas situaciones en las que te cuesta encontrar tu sitio, entre grupos que conversan animadamente, risas o poses en las que no acabas de encajar. En ese momento, precisamente, Ella hablaba con la única pareja que yo conocía de otras veces: su agente, su representante literaria,

y la aburrida mujer, una tipa con gafas de pasta que apenas hablaba, bastante reservada.

Después de saludarlos, mi chica discretamente me agarró por el codo y me arrastró hacia el fondo del salón. Sus ojos brillaban, chispeaban como centellas.

—Mira, Willy, esa de allí —señaló hacia el fondo—, ¿ves a esa hortera rubia teñida? Bueno, pues su marido, ese alto que está al lado, el de barba, es el editor norteamericano que ha comprado o absorbido, o lo que sea, los dos sellos más importantes. Tengo que hablar con él...

—Vale, ¿quieres que te acompañe?

—Joder, Willy, ¡no! ¿No lo entiendes? —Entornó los ojos y suspiró con impaciencia—. Tú vete a dar una vuelta por ahí.

—Vale, casi lo prefiero —repuse algo cortante.

—Mira, es que... me pones nerviosa...

—¿Yooooo?

—No puedo estar pendiente de ti todo el tiempo, joder, Willy. Tú no sabes moverte en estos temas culturales, no tienes nada de que hablar..., pero aun así te he tenido en cuenta y te he traído conmigo, ¿no?

Alucinado, desencajado, di media vuelta, en cuanto ella se encaminó hacia el tipo de la barba. ¿Eran imaginaciones mías o mi chica estaba avergonzada de mi nivel cultural? ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿No era suficiente para ella, intelectualmente? ¿Sólo me quería para lucirme como si fuese un puto florero?

Necesitaba respirar. Me aflojé el nudo de la corbata, que me estaba ahogando. Vi las dos grandes puertas de la terraza abiertas y decidí salir.

Había unas vistas espectaculares y se respiraba aire fresco. Desde allí, apoyado en la barandilla, con un *gin- tonic* en la mano, contemplé durante un buen rato las luces nocturnas de la ciudad. La luna estaba casi llena. Me abstraí mirándola y, en aquella terraza del ático, me dio por pensar, por primera vez, en todo aquello.

Llevaba meses tratando de no dar una importancia excesiva a los cambios que estaban produciéndose, pero... lo de hoy me llevaba a la conclusión lógica que trataba de evitar. Por un lado, disculpaba sus desplantes, su prepotencia, su mal humor conmigo, porque estaba viviendo situaciones nuevas y no debía de ser fácil ese mundo literario. Pero, por otro, me hacía parecer un gilipollas a su lado, corrigiéndome a cada momento, avergonzándose quizá de que no llegase a su nivel académico..., salvo cuando se trataba de presumir de hombretón delante de las chicas. ¿Me había convertido en un chico florero? Podía ser, y no me gustaba la idea, para nada. Al final, íbamos a tener que hablar seriamente, porque ¿desde cuándo no nos sentábamos a ver una peli y a comer palomitas riendo de cualquier cosa? ¿Desde el verano?

—Hola Willy, ¿qué haces aquí solo? —Alguien me puso la mano en el hombro y me sacó de esos pensamientos.

Sin poder evitarlo, porque los tíos tenemos un radar o algo interno que nos lleva a mirar aunque no queramos, me fijé en que me saludaban dos pedazo de tetas de vértigo que casi se salían del escote de Jessy.

—Ah, hola, Jessy, pues nada..., aquí, tomando un poco el aire.

Entonces ella se colocó a mi lado después de mirarme a los ojos y pestañear. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que tenía los ojos de un azul metálico. Aparté la vista para volver a la increíble panorámica.

—¡Ostras! Desde aquí se ve toda la ciudad, es impresionante —comentó, y bebió un trago de su copa.

Asentí en silencio. Habría sido descortés marcharme de allí... Y, además, ¿adónde iba a ir? ¿Detrás de mi chica como si fuese un perro faldero?

Me sentí observado, Jessy me estaba mirando fijamente.

—Perdona que sea tan directa y tan sincera —me anticipó—. Ya me ha contado que... últimamente no os van muy bien las cosas.

—¿Eso te ha dicho? —Alucinando, me volví como un resorte.

—Bueno, más o menos —admitió bajando el volumen de su voz—. Está cambiando bastante con eso del éxito y, bueno, que sepas que yo entiendo por lo que estás pasando...

Aquello me sorprendió, la verdad. La miré sin saber qué decir. Ella bebió de su copa y apoyó los codos en la barandilla, pensativa.

—¿Sabes? —comenzó a hablar mirando hacia el exterior—, yo tuve una relación hace un par de años y, bueno, me hizo mucho daño precisamente porque él renegó de mí en cuanto su nivel económico, su posición social, fue a más. Y, a pesar de que hacía todo lo posible por gustarle, nunca era suficiente, yo no era suficiente para él, y no había nada que pudiera hacer.

—Vaya. —No me esperaba esa confesión tan íntima, y me estaba tocando la fibra sensible por el parecido con mi situación actual—. Lo siento mucho, de verdad.

Jessy abrió entonces su bolso diminuto y sacó un boli. Me cogió la mano con suavidad, me pasó el dedo por el dorso y me clavó su mirada azul de una manera que, lo reconozco, me empezó a poner cachondo sin poder evitarlo. Después cogió el bolígrafo, volteó mi mano y, con rapidez, apuntó en el medio de la palma nueve números.

—Éste es mi teléfono, por si necesitas hablar, creo que te vendrá bien. Piensa en ello, te puedo ayudar. —Le dio como un escalofrío y, después de darme un beso en la

mejilla, se despidió—: Hace frío aquí fuera. Vuelvo adentro, necesito un poco de calor. Hasta luego, Willy.

CAPÍTULO 10

LA TENTACIÓN RUBIA

Las horas transcurrían lentamente desde que Ella se había quedado dormida, a mi lado, ajena a todas mis cavilaciones, después de darle uno de los mejores polvos que recordaba, según ella. Para mí, había sido salvaje, sin los preliminares de otras veces, sin concesiones ni miramientos, porque yo estaba cachondo a la par que cabreado. Fui eso para ella, lo mismo que había sido los últimos meses: una máquina sexual, su juguete, su marioneta. Confieso que, además, yo ya venía caliente de la fiesta, en todos los aspectos, y que, poco o mucho, algo tenía que ver su escultural amiga rubia.

Por supuesto, en cuanto llegamos a casa, bajo el grifo del lavabo, estuve como cosa de diez minutos frotando con furia el maldito número de nueve dígitos, el puñetero teléfono móvil de Jessy, para borrarlo de la palma de mi mano y de mi cabeza. Imagino que se trataba de una tinta permanente, porque aquello no se iba ni a tiros.

Al final, desesperado, recurrí al algodón y al alcohol. Eso sí, antes había tenido la precaución de apuntarlo en un papel por si acaso... «Por si acaso, ¿qué? ¿Qué, Willy? Por si acaso..., ¿qué?» Ésa era una de las preguntas que me martirizaban constantemente, pero había otras mucho más acuciantes.

Estaba claro que la amiga de mi chica me había tirado la caña descaradamente, que me había pedido que la llamase para hablar y ayudarme con nuestra crisis de pareja, y estaba clarísimo que yo ni siquiera me lo planteaba. Por mucho que no marchasen las cosas últimamente, no era ningún cretino, y ni se me pasaba por la cabeza ponerle los cuernos.

Sobre todo, lo que me atormentaba en esas largas horas de insomnio era la gran duda: ¿se lo contaba o no? ¿Cómo contárselo sin que trascendiera? ¿Me creería o, tal y como estaban las cosas entre nosotros, confiaría más en su amiga que en mí? ¿Y yo? ¿Yo me fiaba de Jessy? No, al menos, no del todo. Quizá la estaba juzgando antes de

tiempo, puede que realmente quisiera charlar y ayudarnos. Me reí sin ganas y me tapé los ojos con el antebrazo, de cara al techo.

«¿A quién pretendes engañar, Willy?» Cada vez que pensaba en Jessy, me venían a la mente sus ojos metálicos pestañeando sin parar, su insinuante lengua pasando lentamente por su labio superior después de beber de su copa y ese escote de vértigo que por un momento me puso cachondo perdido. ¿También eso se lo iba a contar a Ella?

No, definitivamente, no. Pero si tomaba la decisión de no hablarle del incidente de la fiesta, le estaba ocultando algo por primera vez.

Debí de dormirme después de varias horas, de prometerme a mí mismo que lo consultaría con Salva, y de que, indudablemente, lo que me estaba haciendo mi novia tenía que hablarlo con ella. Empezaba a estar hasta los cojones de aguantar su forma de tratarme, y no lo iba a consentir.

Despertar ese domingo fue duro, y no sólo por las escasas cuatro horas en que había conseguido conciliar el sueño, sino por ese malestar constante que me pesaba como una losa. Oí el ruido del agua que provenía del baño: se estaba duchando. Ni me planteé si ella había desayunado o no: ¿qué más me daba? ¿Qué más le daba?

Así que me tomé el café rápidamente, quizá por evitar un enfrentamiento a primera hora. La verdad, no tenía ni idea de cómo plantearlo. Siempre que habíamos tenido alguna discusión, había empezado ella, siempre pillándome a contrapié, y no estaba acostumbrado a ser yo quien le dijese eso de «Tenemos que hablar».

Puede que retrasarlo fuera contraproducente, pero también quería hablar con el gran experto en tema de mujeres: con Salva.

En ésas, sonó el teléfono y, cuando vi quién llamaba, bufé. Ya ni me acordaba de mi madre.

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Eso mismo digo yo —repuso y, sin pausa, añadió—: Como no has llamado...

—Ya, perdona, es que llegamos muy tarde. Anoche hubo una fiesta por el tema de los libros y la acompañé

—Vale, vale, yo solamente quería saber si sigue en pie lo de la cena de esta noche.

¡La cena era esa noche!

Tocaba improvisar, y aunque me apetecía tanto como que me arrancaran una muela de cuajo, no quedaba otro remedio.

—Claro, ¿a qué hora vamos?

—Ay, hijo, pues cuando quieras, que lo de menos es la hora. —Era raro que le preguntara, de ahí la sorpresa de mi madre—. Eso sí, venid tu prometida y tú antes de

las nueve, que tu padre a las diez y media se va a dormir, ya lo sabes.

Colgué justo cuando aparecía Ella, mi *prometida*, con el albornoz y la toalla a modo de turbante. Llevaba su neceser en la mano.

—¿Con quién hablabas? —fue su saludo.

—Con mi madre. —Apuré un sorbo de café—. Era para confirmar lo de esta noche, lo de la cena, ya te lo dije.

—¿Qué cena? —Se quedó parada, sorprendida—. No, no me habías dicho nada.

—Tú misma me dijiste que querías conocer a mis padres, y quedamos para esta noche.

—¡Es verdad! No recordaba que fuese hoy... —De pronto se miró las uñas y sonrió abiertamente—. Tengo que arreglarme, causarles buena impresión... —parecía contenta—, así estrenaré el vestido de gasa que me compré con los taconazos. —De pronto se acordó de algo—: Uy, tendremos que comprar unos dulces para llevar, bombones o pastelitos, y una botella de buen cava...

—No, no... —repliqué—, no pueden comer dulces: tienen azúcar.

—Ya sé que tienen azúcar, tonto —se rio.

—Digo ellos, mis padres. —Mi tono fue seco—. Recuerda que iremos a su casa de campo.

—Ya se me ocurrirá otra cosa, quizá un centro de flores secas o... No sé..., bueno, voy a vestirme y miro algo. Además, he quedado con Jessy para tomar café, pero igual le digo que mejor venga a casa y lo tomamos aquí.

A punto estuve de escupir el mío. ¿Traer a Jessy a casa? No, no era una buena idea. Pero no hubo opción de réplica, ni de nada más.

Como un puñetero adolescente, como un crío que hace algo a hurtadillas, en cuanto salió por la puerta, marqué el número de Salva. Ahora sí era urgente, ¡una jodida situación límite!

Se lo expliqué todo a grandes rasgos después de que él me contase que la final había sido apoteósica, que luego se fueron los seis a la inauguración del garito ese del primo de Nacho y que acabaron a las cuatro de la mañana sin haber pagado ni una cerveza (de las alemanas).

—Joder, tío —me contestó—, no irás a tirarte a la amiga de tu chica...

—¡¿Qué dices?, que no! —exclamé enfadado—. Te digo que fue Jessy la que me apuntó su número, que no, tío.

—Hombre, está un rato buena, la verdad... Tiene un buen par de... melones.

—Joder, Salva, pero ¿tú estás escuchando o qué cojones te pasa?

—Vale, tío, que no aguantas una broma.

—Estoy muy jodido para bromear con esto.

—Pues sí, jodido sí que estás...

—No sé si contárselo o no, y encima quiere invitarla a casa esta tarde.

—¡Joder, macho! —exclamó él al otro lado de la línea—, lo tuyo es *pa'* nota. ¿Cómo vas a contárselo? Mira, si la tal Jessy, ese pibón rubio, es su mejor amiga, date por jodido, porque no te va a creer.

—Y si es ella la que se lo cuenta, yo quedo como un cabrón que...

—¡¿Cómo se lo va a contar?! —me cortó antes de poner voz aflautada imitando a Jessy—: «Ahhh, cariño, una cosita. ¿Sabes? Me quiero tirar a tu novio y le he dado mi teléfono...».

—Mira que eres bruto, Salva. —Tuve que aguantarme la risa—. No voy a hacer nada, por el momento, y sólo espero que no me caiga otro marrón, que encima esta noche tenemos cena en casa de mis padres y está que no veas... Quiere ponerse de gala, ya ves, no sé cómo acabará la noche.

—Vas de mal en peor, macho, te acompaño en el sentimiento.

El caso es que, cuando colgué el teléfono, tampoco me sentí mucho mejor. El hecho de que mi madre llamase *prometida* a la mujer que llevaba unos meses viviendo conmigo no ayudaba en absoluto. Y que Ella quisiera lucirse y ponerse taconazos para entrar en una casa como la de mis padres era un desatino total. Pero cualquiera le decía nada.

—Que le den —exclamé en voz alta.

CAPÍTULO 11

SIGO SIENDO UN CRACK

Jamás me había parado a pensar mucho en si creo o no en el destino. En realidad, no he sido nunca muy filósofo ni metafísico. Es curioso, quizá pienses como yo, que en momentos de caos, en esas ocasiones en que sientes que tu barca va a la deriva, es precisamente cuando tratas de enderezar el rumbo, aunque vayas contracorriente. Es entonces cuando una especie de chasquido te hace ponerte en marcha y ver más claras tus prioridades: lo verdaderamente importante, el motor de tu vida eres tú mismo.

Mientras Ella andaba probándose sus modelos y se pintaba las uñas, yo, sentado conmigo mismo, realizaba uno de los viajes más alucinantes que uno sólo puede hacer hacia su propio interior. Sin brújula, sin planos, sin nadie que te guíe en el arduo proceso, y, debido a la falta de la costumbre, me perdí varias veces. ¿Sería eso la meditación de la que tanto hablan?

Enumeré mentalmente cuáles eran mis problemas y, al tiempo, si existía una solución a corto o medio plazo. Todos pasaban por el mismo punto: el puto epicentro de mi terremoto era Ella. Bueno, su actitud hacia mí, su prepotencia, ése era el primero. ¿Me estaba utilizando? Su actitud hacia el éxito se había convertido en su primera, casi única, prioridad, y me daba pavor que estuviera dispuesta a cualquier cosa para llegar a ser la número uno en ventas. Luego, mi otro gran problema: Jessy, la tentación rubia, una mujer en la que ni siquiera sabía si podía confiar.

Desde luego, si las cosas no hubieran estado así entre nosotros, lo primero que habría hecho habría sido contárselo. Lo suyo en una relación estable de pareja es la complicidad absoluta, la confianza. Ésa debía ser la base, estaba clarísimo, era el abecé del noviazgo. Pero ¿quién cojones se atrevía a afrontar eso? ¿Quién le ponía el cascabel al gato? Yo no, desde luego, me faltaban fuerzas para salir airoso de sus zarpazos.

Sonó el timbre de la puerta, provocándome una regresión inmediata y brutal a la realidad. Llegaba lo inevitable: Jessy, la tentación rubia. Mucho más comedida que la noche anterior, al menos en cuanto a fachada: pelo suelto por los hombros, camiseta ajustada con una leyenda en inglés que se abultaba en sus portentosos pechos y aquellos ceñidos *leggings* con botas de tacón. Tenía que admitir que estaba... ¡Joder, cómo estaba la tía!

«¡Dios, ¿por qué me pones a prueba todo el tiempo?! —supliqué mentalmente—. ¡¿Por qué?!»

—¿Qué tal, Willy?

Me encogí de hombros, no me salió ni palabra. Ella, mi chica, a su lado, nos miraba a ambos. Puede que mi sugestión me hiciera ver algo que no existía, pero habría jurado que se daba cuenta de que entre Jessy y yo había sucedido algo.

—¿Café o té, Jessy?

—Lo que toméis vosotros —dijo, y me miró a mí directamente, pestañeó dos veces y mostró su sonrisa más inocente.

No pude evitar fijarme en las dos cuando me dieron la espalda y comparar visualmente ambos traseros. No es que mi chica no me pusiera, pero puede que fuera la novedad o que, desde luego, su amiga estaba mucho más buena. Se lo tenía que comentar a Salva la próxima vez, para que comprendiera mi calvario. Y, por supuesto, lo entendería sólo con que pronunciase las dos palabras: «Culito respingón». «¡Joder, no debería estar pensando en esto!»

Mi chica se dio la vuelta, así, sin avisar, y supongo que me pilló relativamente abstraído en los dos cachetes de Jessy, que parecían tener vida propia. En un silencio incómodo de narices, cogió las tazas del armario y las colocó en la isleta de la cocina. Se movía con rapidez, como si deseara terminar cuanto antes esa pesada tarea. Así que opté por la salida más fácil: la huida.

—Bueno, yo os dejo, chicas, para que habléis de vuestras cosas.

—Oh —exclamó Jessy cohibida—, si ibas a tomar el café... Yo no quiero interrumpir.

—No, no..., me iba al Imperial, que he quedado ahora con Nacho.

Y hui de mi propia casa como un fugitivo que busca una coartada para no ser descubierto de... de... ¿algo que no ha hecho?

No tenía ningún sentido encontrarme en esa absurda situación. Y, además, ¿qué cojones hacía yo a las cinco de la tarde dando vueltas por la calle sin rumbo?

Pero, como decía al principio, a veces el destino —o vete tú a saber qué, llámalo energía, como diría Sabina— juega contigo de un modo caprichoso. El Imperial estaba

cerrado por descanso semanal. Cojonudo.

Pensé en acercarme hasta el bar que inauguró el primo de Nacho el día anterior y así de paso lo conocía. Sólo tenía que caminar un rato más, en dirección al parque, y a esas horas no hacía frío.

Cuando me dirigía hacia allí, de pronto, como un torbellino, apareció una cría de unos cinco años corriendo tras una pelota, sin mirar siquiera que había un cruce delante de ella. De dos zancadas, logré engancharla del abrigo en el último instante justo cuando pasaba un BMW rojo a toda velocidad. Fueron décimas de segundo.

—¡Sandraaaaa! —El alarido desesperado salió de la garganta de su madre, que venía corriendo hacia allí, atravesando la zona de los columpios.

La niña señalaba la pelota, tratando de soltarse de mi mano.

—¡Oh, Dios mío!

La madre, una atractiva mujer de unos cuarenta años, se llevó las manos a la cabeza y luego se agachó para ponerse a su altura, comprobar que no le había sucedido nada a su hija y, después, para mi sorpresa, comenzó a gesticular rápidamente con las manos.

—¿Estás bien, Sandra?

La niña asintió con la cabeza y respondió a la pregunta con el lenguaje de signos.

—Sí, está perfectamente, tranquila. Por suerte, hemos llegado a tiempo —la tranquilicé.

La madre se incorporó y abrió unos ojos como platos.

—Pero... ¿tú no eres Willy López, el jugador de básquet?

—Lo fui, ahora soy entrenador del equipo femenino —la corregí mientras ella me estrechaba la mano con fuerza.

—Madre mía, ha sido un milagro que estuvieras ahí... No sé cómo agradecértelo, de verdad. —Le temblaba la voz. Luego miró a la niña y la apretujó contra sus piernas—. Pensaba que... iba a perderla y me he echado a correr con todas mis fuerzas llamándola... —Cambió su tono de voz y empleó uno más bajo—: Ella es sordomuda, no puede oírnos.

—Ha sido un susto tremendo, ¿te encuentras bien?

Se pasó la mano por la frente y, sin soltar la mano de la niña, de repente, en un ataque febril, saltó hacia mí y se me enganchó al cuello lloriqueando presa del momento histérico. Cuando por fin conseguí bajarla al suelo, la mujer señaló hacia la cafetería que teníamos enfrente.

—Si no tienes prisa, para mí sería un honor invitarte al menos a un café. Me encanta el baloncesto, jugué en el colegio, aunque no daba la altura, así que...

—¿Ah, sí?

—Jugaba de base, luego me encargué de calentar el banquillo. —Y se echó a reír mientras nos encaminábamos hacia la cafetería. Por un momento dudé si se trataba de una bromista simpaticona o estaba más zumbada que las maracas de Machín.

Fíjate si el destino puede ser caprichoso que, al final, me había llevado hasta allí: después de salir de mi casa para no enfrentarme con la situación de la amiga de mi novia, acababa tomando café con una desconocida tras salvar de un atropello a su hija.

Nos acomodamos en la primera de las mesas, al lado de la cristalera, y la niña se puso a mirar el servilletero y a lanzarlo al aire como si fuese su pelota.

—Te sentaría bien una tila, y a la niña... otra —propuse cuando la camarera nos preguntó—. Yo tomaré un café americano.

—Ufff, ¡esto es increíble, de película! —soltó un poco más calmada la mujer, que resultó llamarse Diana—. Quién me iba a decir que hoy conocería a uno de los mejores jugadores de baloncesto y que, encima, salvaría a mi hija.

Colgó su bolso marrón en el respaldo, con la chaqueta, mientras yo no podía evitar sonreír, como siempre, algo cohibido por el halago.

—Lo importante es que no ha pasado nada grave. Simplemente quedará como una anécdota.

La niña no paraba. Tocó el brazo de su madre y empezó a hablarle con rapidez en la lengua de signos, y Diana sonrió.

—Nada, cosas de críos... Me dice que es como la escena del rescate de la niña princesa de una serie de dibujos animados.

—Y ¿ahora qué dice? —pregunté intrigado por la expresión de la cría, que se tapaba la boca con las dos manos riendo sin parar.

—Que si nos hacemos un *selfi*. —Diana se echó a reír y yo la imité. Luego, después de beber un sorbo de su infusión, habló de nuevo—: Dirás que es casualidad, o el destino, porque todos estamos predestinados de algún modo, o, al menos, así lo creo yo. Las cosas no pasan porque sí... ¿Casualidades o causalidades? ¿Eh? Pues precisamente esta mañana he comprado la revista *Día a Día* y he leído la entrevista que han publicado de tu novia. No te sorprendas, es que soy una gran lectora de sus novelas, y estoy deseando leer la próxima. Bueno, ya faltan sólo dos meses. Va a ser un *boom*, porque tiene algo de autobiográfico, ¿no? —Y me miró esperando una respuesta que yo, evidentemente, desconocía.

—No sé, puede...

—Claro, es normal, sois de dos mundos muy diferentes y apasionantes los dos..., es fantástico. —Hizo una pequeña pausa para beber—. Las casualidades son caprichosas, nunca se sabe cuándo alguien puede ayudarte en la vida. Como lo de

hoy... Mira, por si acaso... —metió la mano en el bolso y sacó una tarjeta de visita—, toma, quédate mi tarjeta.

Me tendió la pequeña cartulina blanca, donde leí su nombre y apellidos. Abogada.

—Ah, eres abogada.

—Si algún día necesitas algo, no dudes en llamarme —sonrió mientras, por cortesía, yo la guardaba en mi cartera junto con otras que nunca iba a utilizar.

Sacó un billete de diez euros para pagar e hizo un gesto a otra camarera, que, al aproximarse hasta nosotros, se me quedó mirando fijamente. Era obvio, me había reconocido.

—¿Perdonaaaa? —empezó moviendo las manos y arrastrando la última letra hasta el infinito—. Tú eres actor, ¿verdad? ¿No salías en la serie «Con el culo al aire»? ¿O en «Águila Roja»?... ¡Soy malísima para los títulos! —Se rio a carcajadas—. Es igual, ¿te importa que me haga una foto contigo? —me preguntó con el platillo y las monedas en la mano.

—No, no..., venga esa foto, claro que sí. Aunque no soy actor, ¿eh? Soy jugador de básquet, bueno..., lo fui... ¡Qué más da..., venga la foto!

—¡Ay, que me da algo! —gritó hacia un ente imaginario toda emocionada—. ¡Qué pasada, tía, con un famoso! ¡Con un famoso de la tele!

Cuando me levanté de la silla, la chica me miró con sorpresa y, en un gesto cómico, se puso de puntillas a mi lado y estiró el cuello como un avestruz.

—Jopé, en la serie no parecías tan alto...

La camarera seguía a lo suyo, empeñada en que salía en una serie. Con la tontería, había pasado ya una hora y pico, por lo que me despedí de Diana y de la niña en la puerta del bar y regresé a casa con una sensación extraordinaria. Ese tipo humilde seguía siendo yo, el mismo de siempre, y así seguiría siendo. Después, y gracias a esa coincidencia, mis pasos me llevaron a pasar por delante del quiosco de la plaza, y me di cuenta de que el viento había tirado una de las revistas. Al agacharme para recogerla del suelo, supe que la iba a comprar: la revista *Día a Día*, donde salía la entrevista de una de las escritoras más famosas de romántica y erótica a nivel nacional. Por un momento me sentí orgulloso de Ella, y admito que a la vez, sin saber muy bien por qué..., también jodido.

Todavía quedaban horas para marcharnos a la cena con mis padres, pensé mientras cogía el ascensor, pero confiaba en que al menos la amiga de mi novia se hubiese marchado ya.

Sin embargo, no, no fue así. Ni en mis peores y macabras imaginaciones, habría sospechado lo que me sobrevino.

Abrí con mi propia llave y entré directamente hacia la cocina. Lo primero que vi fue mi botella de orujo y dos chupitos, uno lleno y otro vacío, en la isleta de la cocina. Luego, a la buenorra de Jessy levantándose del taburete, pestañeando repetidas veces con cara de circunstancias.

—¿Holaaaa? —saludé tímidamente asomando la cabeza por mi cocina como quien se cuele en una fiesta que ya ha acabado—. ¿Dónde está...?

—¡Ay, Willy, menos mal que has venido! —Y, por segunda vez esa tarde, alguien se me colgó literalmente del cuello—. ¡Joder, qué susto!

A pesar de lo extraño de la situación, he de reconocer que sentí cómo sus pezones atravesaban la chaqueta, la camisa..., y se me clavaban más adentro que las escarpas del cuadro de *Las lanzas*.

—¿Susto? ¿Ha pasado algo?

Por fin se separó, retirándose un mechón rubio platino de la cara.

—Bueno, sí..., una vecina vuestra, o una amiga de una vecina, no me he enterado muy bien quién era, que le ha dado un ataque..., y no veas, que se nos desmayaba, así que ha tenido que llevársela a urgencias...

—¿Qué vecina?

Yo no daba crédito, pero empezaba a hacerme cargo de la situación. Mi chica había tenido que marcharse a llevar a alguna vecina al hospital y me había dejado allí a Jessy, vaciando la botella de orujo mientras tanto.

Me dejé caer en uno de los taburetes altos de la cocina.

—No te preocupes, Willy, te pongo un chupito. Yo, más que nada, es por el susto que nos hemos llevado...

—Vale.

Cosas del destino caprichoso: finalmente, después de haber huido, iba a acabar la tarde brindando con chupitos de orujo en mi propia casa acompañado de la tentación rubia.

—No te importa, ¿verdad? —dijo sirviéndose hasta el borde del vasito—, es que soy muy impresionable, y..., uff..., casi me caigo muerta del susto.

—No, no, tranquila, bebe y cuéntame.

—Pero, mira..., brindemos, por lo que sea... ¡Venga, por nosotros mismos! ¡Va, de un trago, que sienta mejor!

Le dio una especie de risa tonta, y yo, sin remilgos, apuré el vaso de orujo por lo que pudiera pasar. A continuación, rellenó los vasos. No pude evitar preguntarme cuántos se había tomado, quizá sólo fuera el segundo, y además..., ¿cómo iba a preguntarle? Habría sonado fatal, dados los acontecimientos.

—No sé qué será, Willy, pero igual un ataque al corazón, pobre mujer... —Y, sin pausa, se tomó otro, esta vez en tres tragos.

Acercó el taburete hasta el mío y dejó la mano en el aire, a unos diez centímetros de la isleta.

—Mira, mira cómo me tiemblan las manos... —Y después me cogió por la muñeca para que se las cogiese—. ¿Lo notas? ¡Las tengo heladas!

—Tranquila, Jessy, seguro que habrán llegado a tiempo al hospital. —No sabía qué decir, y de pronto me di cuenta de que me faltaba información—. ¿Cuánto hace que se fueron?

—No sé, hará cosa de media hora o así..., con los nervios... Pero si lo prefieres me voy...

«¡Joder, no!» Quería decir... ¿cómo iba a dejar que se marchara en esos momentos?

—No, no..., esperaremos noticias.

Entonces me acordé de la cena de mis padres, y fui yo mismo quien volvió a servir otros dos chupitos.

—Gracias, eres un encanto.

Se pasó la lengua por los labios, mirándome tan fijamente que... Hostia, es que tenía un revolcón que... «Willy, no me seas bestia, ahora no.» Tuve que contenerme.

Pensé: «¿El chupito? ¿Cuál de ellos?». Pero en ese momento tenía otra preocupación más acuciante: eran casi las ocho, mejor iba llamando a casa de mis padres para explicarles que mi novia, en mi ausencia, había ido a llevar a urgencias a la vecina con un posible ataque al corazón.

En eso que Jessy reparó en la revista que había dejado sobre la mesa y, al darle la vuelta, se dio cuenta de qué se trataba.

—¡Ah, es la entrevista! —Así que ella estaba al tanto de todo—. ¡Mira, cariño, no te enfades por lo que pone, la verdad es que inventan tanto...!

—¿Enfadarme? Aún no la he leído —repuse, y en ese momento cambiaron mis prioridades.

La abrí por la página quince, en la que salía una foto de su..., bueno, de nuestro..., de mi salón con ella sentada y un titular debajo que rezaba que la gran escritora nos abría las puertas de su casa. Ahora sí, necesitaba otro chupito. Mi vista se clavó en otra de las frases en negrita, en la que apuntaba su intención de viajar próximamente a Estados Unidos, donde tenía un gran número de seguidores.

Entonces Jessy me rozó la mano con las yemas de los dedos y se acercó tanto a mi silla que su rodilla y la mía se tocaron levemente.

—Willy, un consejo..., no la leas ahora, de verdad. Me ha contado que es un día importante, que le vas a presentar a tus padres y... ¿Quieres que te sea totalmente sincera? —Joder, qué mal sonaba eso. Me quitó suavemente la revista de las manos y yo me encogí de hombros, sin saber qué hacer—. Entiendo que no quisieras llamarme, que a lo mejor no te fiases de mí al cien por cien, pero... —seguidamente me acarició la mejilla, obligándome a mirarla, cada vez más cerca, de modo que sentí su aliento tan próximo a mi boca que...—. Joder, Willy... —susurró rozando ya mis labios con los suyos—, sabes que...

No ha nacido el tío que pueda aguantar esa presión, en todos los sentidos. No hay un hombre en este jodido planeta que, teniendo los labios de la tentación rubia rozando los suyos y esa delantera pegada a su camisa sea capaz de no reaccionar a sus instintos más primarios. Vale, yo seré un jodido primate, un neandertal, un cavernícola..., yo qué sé, y no es por justificarme, porque juro que intenté con todas mis fuerzas no permitir la entrada de su lengua en mi boca, pero no lo conseguí.

—Willy..., Willy... —susurró mientras nos besábamos de pie y ella metía sus uñas perfectas por dentro de mi camisa—. Joder..., qué abdominales más duros...

Entonces mis brazos, que hasta ese momento colgaban a ambos lados de mi cuerpo tratando de mantenerse pegados al tronco, la rodearon con ansia, buscando la cinturilla de esos *leggings* ajustados. Mis manos se metieron por dentro, pasando por la estrecha tira del tanga y agarrando con fuerza ese culito respingón, atrayéndola hacia mi cuerpo. Y en ese momento supe que iba a ser imposible detener aquello.

Sin miramientos, Jessy bajó una mano y la puso sobre mi abultado paquete, soltando un taco. El pantalón vaquero parecía que iba a estallar, mientras mis dedos apesaban sus pezones por debajo de su camiseta. Sus gemidos me volvían loco, pero no tanto como para darme cuenta de que la situación se nos estaba yendo de las manos.

Reconozco que ella trató de parar aquello durante unos segundos.

—Espera, espera... —Me separó sólo un poco de sí, pero su boca jugueteó en mi oído, hablándome a la vez que su lengua se metía por el lóbulo de mi oreja—. Estoy..., uff... Willy, si me sigues tocando, te suplicaré que me folles aquí mismo.

—Jessy, no me pidas que pare ahora, no puedo... —dije mientras le subía la camiseta y me lanzaba a disfrutar de esas dos pedazo de tetas que superaban todas mis expectativas.

No, no pensé en Ella, ni en mis padres, ni en Salva cuando me dijo aquello de «No pensarás tirarte a la amiga de tu chica...», ni en la revista, ni en nada más que no fuera el cuerpazo de Jessy.

Aun así, no pudimos culminar lo que habíamos empezado, porque, de nuevo, el

destino hizo que sonase mi móvil justo cuando nos lanzábamos sobre la cama.

Me incorporé de un salto y lo alcancé, mientras mis ojos se clavaban en las tetas de Jessy, que se había quedado de rodillas en la cama, aún con los *leggings* puestos.

—Sí, dime, cariño —dije, y mi voz me sonó extraña incluso a mí—. ¿Qué ha pasado?

Los ojos azules de la tentación rubia me miraban expectantes y con deseo. Jessy metió la mano por debajo de mis bóxers, se tumbó sobre mis piernas y empezó a acariciarme ahí con la lengua. Joder, vaya momentazo... O paraba, o Ella lo iba a notar.

—Vale, entonces... ¿ya vienes? —Traté de poner atención a cada una de sus palabras y las repetí en voz alta para que Jessy estuviese al tanto—. Ah, estás llegando ya, me hablas por el manos libres, vale. No, no he llamado a mis padres, pero ahora les diré... OK, de acuerdo.

Eché un vistazo al reloj: las nueve. Todavía estábamos a tiempo de llegar a casa de mis padres, pero lo más importante antes de que Ella entrase por la puerta era que pareciese que allí no había ocurrido nada.

Sin embargo, iba a resultar difícil que me bajase la erección si la rubia no se olvidaba de eso y se ponía la camiseta... Aproveché hasta el último momento, la cogí por la cintura y mordí sus pezones. Luego nos besamos con urgencia y ella me separó para ponerse el sujetador. «¡Dios, qué calentón!»

—Me marchó, o se notará mucho... ¿Y si me la encuentro al bajar?

—Tranquila —le coloqué un par de mechones rubios con cuidado—, no se nota nada, en cambio a mí...

Ella se mordió el labio inferior con deseo, mirando mi abultado paquete.

—Creo que... Bueno, voy al baño —decidí—. No te vayas, le diremos que estábamos esperando. Será lo mejor.

—Como quieras.

Desde luego, no dejaba de ser una situación peculiar e incómoda. En silencio, ambos estiramos con rapidez la colcha de *patchwork* que ni siquiera nos había dado tiempo a retirar de la cama. De *mi* cama, porque ésa todavía era *mi* cama, y ésa, *mi* habitación, y aquél, *mi* piso... y, desde luego, era *mi* vida, aunque ya dudaba de que me quedase algo realmente propio. Me extrañó mi curiosa y profunda reflexión para un momento tan crucial de mi primer amago de infidelidad, que acababa con un calentón de la leche.

—Bueno, Willy —Jessy puso sus manos en mis hombros—, quiero que sepas que no es que me arrepienta de lo que...

—¿De lo que no ha pasado, quieres decir?

—Sí, eso. Realmente, por ahora, esto no ha sucedido.

—Entiendo —sonreí y le di un beso rápido en los labios—. Tranquila, Jessy.

Me lavé los dientes a conciencia y enseguida oí la puerta de la entrada y el repiqueteo de los tacones de ambas en el pasillo. Salí sin inmutarme, la verdad. Curiosamente, no me sentía culpable, al fin y al cabo, había tratado de evitarlo todo el tiempo.

—La han estabilizado y la han dejado allí ingresada, en observación.

—Menos mal —me incorporé a la conversación que llevaban mientras avanzaban hacia la cocina.

—¿Y esto? —Ella señaló la isleta y pensé que estaba preguntando por los chupitos y la botella de orujo.

—Espero que no te importe —se disculpó Jessy—. Es que estaba atacada de los nervios y...

—No, me refería a la revista. —Tensó la mandíbula.

Fue la primera ocasión en la que descubrí una mirada cómplice entre las dos. Apenas perceptible, pero aquel gesto me dejaba claro que habían tocado el tema de la entrevista.

—No me ha dado tiempo de leer tu entrevista —tercié.

—Willy, ¿por qué tardabas tanto? —replicó Ella, cambiando totalmente de tema—. Dijiste que estarías en el Imperial, que habías quedado con Nacho. —Yo asentí y ella continuó—: Pues precisamente te llamó... —Abrió el bolso y me pasó mi teléfono móvil.

¡Joder, ni lo había echado en falta, qué desastre!

—No, bueno, estaba cerrado y... —miré de reojo a Jessy, que no sabía ni dónde meterse— me tomé el café en otro sitio, cerca de la plaza. No te vas a creer lo que me ha pasado esta tarde.

¿No parecía poco creíble? Ella palmeó el aire, como si mi comentario careciera de importancia.

Entonces... ¿para qué iba a esforzarme en contar la aventura del casi accidente de aquella niña? ¿Me estaba justificando de nuevo? ¿O dándole explicaciones? Una voz en *off* me recordó lo de siempre: «Huevón, huevón, huevón...».

Y, como si Ella tuviera un sexto sentido, nos miró alternativamente, al parecer, con naturalidad.

—¿Y vosotros? ¿Qué tal por aquí?

Jessy se apresuró a contestar que yo, amablemente, le había ofrecido un chupito de

orujos para que se relajase porque estaba supernerviosa.

Ella no hizo comentarios, sino que se limitó a mirarse el reloj.

—Entonces ¿nos vamos ya a casa de tus padres? Estarán esperándonos. —Fue un cambio radical de tema, por lo que di gracias al cielo mentalmente.

Bueno, ¿podía pasarme algo más?

«Sí, macho, no te engañes, todavía falta lo mejor —me recordó esa maldita voz interna que se empeña en joderte cuando las cosas van de mal en peor—. Aún no ha acabado el día.»

CAPÍTULO 12

PRESENTANDO A MI *PROMETIDA*

Arranqué mi Chevrolet una vez que subió Ella, Milady, con aquel vestido ajustado y sus zapatos nuevos de tacón, en absoluto silencio, después de despedirse de Jessy, la impresionante tentación rubia. Al oír el potente sonido del motor, no pude evitar sumirme en mis propios pensamientos, tales como: «¿Por qué contentarse con conducir un coche de gama media cuando te han dejado probar un Ferrari?». O aún podía ir más lejos: «¿Qué clase de gilipollas puede empeñarse en arrancar tu viejo coche, que te deja tirado en la cuneta cuando más lo necesitas, cuando ya te han dado la llave de un Ferrari?».

Bueno, pues ése era, ni más ni menos, el ejemplo de lo que estaba pasando por mi mente aquella caótica noche. Sólo había que sustituir *coches* por *mujeres*. Y ese precioso y tentador *Ferrari* por *Jessy*.

Metí tercera con brusquedad y sentí clavada la mirada de desaprobación de mi chica. En esos momentos, yo estaba a punto de explotar, aguantando un cabreo interno de la hostia. No conseguía sacarme ese malestar del cuerpo. Demasiada presión para un solo día.

Y, no, la causa no estaba en el calentón con Jessy, que, más que provocarme un malestar moral, me había dejado con un tremendo dolor de huevos. La historia iba por otro lado, me la había provocado la puñetera revista. Metí un acelerón de la leche, lo que hizo que, casi inconscientemente, Ella saltase.

—¡Joder, Willy, ten cuidado...!

—Una cosa... —contrataqué sin despegar la vista de la carretera—. ¿Se puede saber por qué cojones había una foto del salón en la revista? —Y me contuve a duras penas de no ser tan cínico como para especificar «de *mi* salón».

—Pues de eso trata la entrevista, Willy. La revista en cuestión por algo se llama

Día a Día, y la sección, «Un día con...». —Y lo peor es que lo dijo sin inmutarse, sin tratar de excusarse.

Carraspeé incómodo.

—Me habría gustado enterarme antes que nadie de que *mi* salón —al final lo dije— iba a aparecer en una estúpida revista de cotilleos y, ya de paso, de que mi pareja, con la que convivo, no descarta... —ya estaba embalado, y repetí la frase que habían destacado en negrita en el artículo— irse a vivir fuera cuando publique en Estados Unidos.

—Bueno, bueno... —comenzó con un tono que no dejaba lugar a dudas: lo próximo era pura dinamita—, tú tampoco preguntas nada últimamente y, ya puestos a decir, seguro que tampoco me lo cuentas todo..., ¿no?

¡Joder! Aquello había sido un golpe bajo, pero estábamos a punto de aparcar el coche delante de casa de mis padres y no era plan de comenzar una discusión.

—Creo que no es el momento de venirme con reproches —atajé—, y si no pregunto es porque parece que lo único que te importa de verdad es el éxito de tus novelas, nada más.

Resoplé al sacar la llave del contacto y nuestras miradas se cruzaron. Ella se desabrochó el cinturón de seguridad con furia. Luego también bufó.

—Mira, Willy —vista al frente—, la novela que entregué ayer a la editorial... no pretendo que simplemente se venda bien, no... Esa novela tiene que ser el puto bestseller más famoso en romántica/erótica de los últimos años, traducirse a todos los idiomas... Pero eso tú no lo entiendes, claro.

Salí del coche dando un portazo y me guardé la llave en el bolsillo. Traté de respirar hondo. Habría sido mejor posponer la cena, pero no había marcha atrás, así que, cuestión zanjada, no iba a entrar en su juego, no ahora. Es más, la cogí de la mano, más que nada para que no tropezase con los taconazos, porque estábamos pisando el empedrado que llevaba a la casa y allí no había ni una sola farola que alumbrase el estrecho camino. Claro, ella ni me había escuchado una sola palabra cuando alguna vez le había contado dónde me había criado, porque últimamente iba a su puta bola.

No hizo ningún comentario, mejor así, tal y como estaban las cosas... Puede que empezase a arrepentirse en ese momento de no haberse preocupado un poco de conocerme. Aunque, no nos engañemos, si aceptó ir agarrada de mi mano fue sólo para no descalabrarse. Le sobraba una tonelada de orgullo y le faltaba un saco de humildad.

Abrió la puerta mi madre, con su bata abotonada delante y esa expresión de mujer curtida, no sólo por el paso de los años, sino de las adversidades.

—¿Qué tal, hijos? —fue su saludo.

—Hola, mamá. —A mis treinta y dos, seguía llamándola así y pellizcándole la mejilla. Me agaché y la besé.

Le presenté a mi chica y ella la observó con esa mirada aguda típica de las madres evaluando si se trataba de una víbora que me iba a inyectar su letal veneno o, por el contrario, de una sanguijuela que acabaría chupándome hasta la última gota de sangre.

—Me alegra que estéis aquí —se dirigió a Milady—. Ahora ya sabes dónde acudir si nos necesitas, hija, como si fuera tu casa.

—Muchas gracias, lo mismo digo.

Sujeté el portón de madera para que Ella pasase delante y acudió a recibirnos con un potente ladrido *Dior*, el labrador negro de ocho o nueve años que había sido abandonado y recogido por mis padres hacía tiempo, y al que tuve que sujetar ante el miedo de Ella.

Al entrar en el recibidor, mi madre reparó en sus zapatos de tacón y supongo que por eso se volvió hacia mí buscando una explicación, más confusa que si me hubiese visto llegar de la mano con un chimpancé.

Enseguida desapareció dentro de la casa llevándose a *Dior*, y Ella me miró con una sonrisa forzada escondiendo el susto inicial. Meneé la cabeza casi con compasión: seguro que se sentía tan fuera de lugar en casa de mis padres como yo me había sentido en aquella fiesta literaria.

Hacía varios meses que no los visitaba, pero sonreí al avanzar dentro de casa: nada había cambiado. Llega un momento en el que el tiempo ya no hace estragos, se paraliza, transcurre lento cuando asoma la vejez, cuando ya no hay prisa ni proyectos.

Mi padre se levantó de su sillón para venir a darme ese abrazo que siempre acababa palmeando efusivamente en mi espalda.

A Ella le sonrió con cortesía y cordialidad, sin ningún tipo de prejuicio. Y entonces mi madre regresó al salón, llevando en la mano un par de zapatillas de casa de flores.

—Toma, hija. Están sin estrenar, imagino que no te habrá dado tiempo a cambiarte y estarás con los pies molidos...

Atónita, Ella las cogió con las puntas de los dedos.

Verla sentada en el sofá de mis padres para descalzarse de los estupendos zapatos nuevos, con esa expresión indescriptible, fue lo más cómico de la noche.

—¡Antonia, anda, trae un picapica, que voy a sacar el vino!

Mi madre iba y venía con los platos, los vasos y los cuencos de toda la vida, llenos de cacahuetes y pistachos.

—Bueno, pero sentaos... —ofreció enseguida mi padre, sirviendo unos chatos de vino con gran delicadeza—. Probadlo, probadlo —y él paladeó un pequeño sorbo—.

¡Insuperable! ¡Qué sabor te deja en el paladar!

Mi madre nos sirvió entonces dos generosos cazos de acelgas con patatas y tocino que se salían de los platos. La cara de mi chica era todo un poema que reflejaba su absoluta confusión: ¿adónde había pensado que iba? ¿A un cóctel?, ¿a una de sus presentaciones vip?...

Se entretuvo en desplegar la servilleta más de lo necesario, supongo que por hacer tiempo, mientras mi madre sacaba del cuello de la bata de felpa su cadena de oro con la cruz de Caravaca.

—Bueno, que aproveche, hijos..., a cenar se ha dicho.

Enseguida mi padre aprovechó para sacar el tema que nos apasionaba a ambos, como en los viejos tiempos.

—Willy, ¿qué? ¿Cómo ves este año la Liga?

—Bah, nada, nada, papá. —Le quité importancia porque sabía adónde quería ir a parar, puesto que lo había dicho con sorna—. Tranquilo, ya remontaremos...

—Anda que no eres optimista, hijo. —La sonrisa que esbozó lo hizo parecer mucho más joven de pronto—. Pero mira que no me sorprende que no metan triples los zoquetes de Nico y Vázquez después de la que montaron..., ya les vale... Te enteraste, ¿no?

—A ver, papá... —empecé a explicar—, eso también pasó cuando yo jugaba en primera, no es de ahora.

—Pues, hijo mío, me parece fatal que se fueran de putas —soltó con determinación mi madre.

Mi chica, a punto de atragantarse, se llevó el vaso de vino a la boca, colorada como un tomate. Me pareció graciosa la situación, la verdad.

—No se fueron de putas, mamá —tercié defendiendo a algunos de los que fueron mis compañeros.

—¿Cómo que no? Ah, bueno..., que ahora las llaman *señoritas de compañía*... —apostilló mi padre—. Mira, Willy, en mi época los chavales que salían de la cantera no perdían baza ni se les pasaba por la cabeza faltar a un entrenamiento o a una concentración. Se comían la cancha. Ahora, en cambio, son unos señoritos.

—¿Te acuerdas de Franki, Rodri y Sánchez? —Él asintió con la cabeza—. Bien, pues en 2012, cuando nos llevaron a Alicante para la final...

—Anda que... —interrumpió mi madre sirviendo el segundo plato—. ¿Os vais a pasar toda la cena hablando de eso? —Y miró a Milady—. ¿No ves que vas a aburrir a tu prometida con tanta comedia?

—No, no... —replicó Ella, y realmente me di cuenta de que parecía divertirse, o, al

menos, estaba bastante interesada en el tema, porque incluso nos animó a que siguiésemos con todos aquellos chismorreos—: Cuenta lo que pasó, en serio, es como el «Sálvame» deportivo.

Mi padre rio espontáneamente y me hizo un gesto para que continuase. Y así fue como transcurrió la cena, que se prolongó durante dos horas, en las que, por un lado, yo conté anécdotas de aquellos jugadores y algún entrenador o directivo con nombres y apellidos que se habían pasado de la raya, y también que a costa del club se pegaron unos días de vacaciones extras, algo que sólo sabíamos los que por aquel entonces estábamos dentro. Por supuesto, sus novias o sus mujeres ni se enteraban. No fue la única vez, como conté, sobre todo por hacerle ver a mi padre que ese escándalo no era nada nuevo, aunque yo me mantuve en mi sitio, como dejé claro ante la mirada inquisitiva de mi *prometida*.

Durante el postre, mi madre le preguntó por los libros, sin ahondar en un tema que no le parecía tan trascendente porque lo más que leía eran las recetas de cocina.

Volvimos a casa sobre las doce. Yo conducía en silencio, y Ella, a mi lado, no despegaba la vista de su móvil. De reojo, la vi cabrearse, al parecer, una vez más, por comentarios de Facebook.

Nada más llegar, tiró el bolso sobre la cama y se preparó un generoso vaso de sal de frutas porque tenía pesadez en el estómago a causa de la cena. No entré al trapo, lo que menos me apetecía era discutir por la habilidad culinaria de mi madre. Me sorprendió que se metiera en el despacho para, según dijo, quedarse un ratito escribiendo. No hice preguntas. Lo de echar un polvo estaba descartado, cosa que incluso me vino bien. No por nada, pero estaba muerto de cansancio, había sido un día largo y agotador que no iba a olvidar fácilmente.

CAPÍTULO 13

SUCUMBIR A LA TENTACIÓN RUBIA

Ojalá tuviera una laguna mental del tamaño de un campo de fútbol para olvidar todos esos días y quedarme anclado ahí, en el capítulo anterior, pero no queda otra que seguir recordando para que se comprenda el porqué de este libro, soltar toda la verdad, defenderme y poner las cosas en su sitio.

Habían transcurrido quince o veinte días desde aquella cena en casa de mis padres. La distancia entre nosotros cada vez era mayor, pero ninguno daba el paso para solucionar aquello y acercar posturas.

El caso es que yo me volcaba en mi trabajo y Ella en el suyo. No me contaba nada de su rutina en la oficina, ni del tema literario, ni yo le hablaba de los entrenamientos o los partidos. Estaba claro que no le interesaba más que lo suyo y nada de lo mío..., salvo el sexo.

La tentación rubia volvió a llamar a mi puerta, como el cartero que siempre llama dos veces, pero con la curiosa casualidad de que Jessy venía a casa justo cuando mi pareja tenía que salir por alguna razón. Y empecé a mosquearme. En el único en quien podía confiar era en Salva, y se lo dije delante del primer café de la mañana. Ese día no tenía entrenamiento hasta las doce, así que quedamos para tomar un café y ponerlo al corriente.

—Pues, tío, no lo entiendo —me repitió por tercera vez.

—Si quieres te hago un plano —ironicé en plan borde, con desgana.

—Que no, tío, que no tiene ni pies ni cabeza. A ver... —se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras trataba de concentrarse—, ¿quieres decir que tu novia te está preparando el terreno para que te tires a su amiga? ¿En serio?

Dicho así, parecía de locos, lo sé. Pero ¿qué otra explicación había?

—Me está poniendo a prueba. —En ese momento levanté la cabeza: yo solo

acababa de decir en voz alta la respuesta que estaba buscando—. ¡Eso es! ¡La muy cabrona me está poniendo a prueba!

—Joder, Willy... ¿Cómo va a...? ¿Por qué iba a...? —Confuso, Salva se pasó la mano por la frente y después se rascó la barba antes de formular la pregunta del millón —: Entonces ¿por qué cojones sigues con ella?

Resoplé con fuerza ante la cruda realidad. Cierto. Ni yo mismo lo sabía.

¿Por qué cojones seguía con Ella? ¿Por qué todavía confiaba en que se resolvería? ¿Porque la seguía queriendo a pesar de tantas putadas? ¿Qué era yo exactamente: un jodido huevón, un puto cobarde o un imbécil sentimental?

Puede que fuese todo eso junto, pero tampoco... En mi vida jamás había tirado la toalla sin luchar hasta el último minuto de partido.

—Tío, no sé si canonizarte o darte un par de hostias por gilipollas, para que espabiles —sentenció Salva.

Le di la razón.

Me fui andando a casa sin dejar de darle vueltas. El desenlace aún no estaba escrito y, por lo que se estaba viendo venir, no iba a tener el final feliz de sus novelas, desde luego.

Llegué derrotado, como pocas veces. Sin ganas de nada. No salió a recibirme ni el perro, porque no teníamos, claro. Con la nevera abierta de par en par, me quedé absorto, sin saber qué hacer, si beber o comer, y al final saqué el brick de leche, por tomar algo.

En el aparador, al coger el azucarero, estaban como siempre sus pastillas. Habitualmente, ella llevaba un pequeño calendario dentro para no olvidar ninguna toma y controlar lo de sus reglas. Sin saber por qué, me dio por mirar el envase. Ni idea de por qué lo hice, fue un gesto mecánico. Desde que se vino a vivir a mi casa, jamás se me había ocurrido tocar sus cosas, ni se me pasaba por la cabeza, vamos. Ese día, sin embargo, algo hizo que mirase dentro de la caja: los blísteres estaban vacíos, y el papelito del calendario... ¡llegaba sólo hasta agosto!

No daba crédito a lo que veían mis ojos. ¿Llevaba más de tres meses sin tomar la píldora? Traté de encontrar una explicación, quizá había cambiado las siguientes cajas de pastillas anticonceptivas de sitio, o ahora las llevaba en el bolso...

Enseguida salí de dudas, porque abrió la puerta de casa y entró directamente en la cocina. Me pilló con la caja en la mano. Enarqué las cejas mostrando el dichoso envase.

—¿Has dejado las pastillas? —No me anduve con rodeos.

—Ehhh... Sí, iba a contártelo.

—¿Ibas a contármelo?! —grité furioso.

En esos segundos de silencio me atravesó una duda tan cruel que, incluso antes de plantear la cuestión, casi se me para el corazón.

—No estarás embarazada... —Mi mirada fue fulminante.

Ella soltó una carcajada tan cínica y despiadada que hizo que me levantase como un resorte para agarrarla por los brazos, intimidarla y hacerla reaccionar.

—No tiene ni puta gracia, ¡contesta!

—No, no lo estoy. —Se zafó de mis manos cabreada—. Ya veo la ilusión que te haría...

—¡Menos mal! —Fue un alivio tremendo enterarme de que aún estaba a tiempo de no cometer el peor error de mi vida—. Bueno, ya hablaremos, tengo que irme al polideportivo. —Y, antes de salir, me giré para advertirle—: Ah, y vuelve a tomarlas, no necesitamos más problemas.

Fui contundente, en ese tema no se podía ser de otro modo. Aturdido, al salir del portal, me di cuenta de que me faltaba algo y, con rabia, di una patada a la pared del rellano. ¡Me iba sin la bolsa!

Subí trotando por la escalera, entré, cogí la bolsa y volví a salir dando un portazo que temblaron las paredes.

«¿Podría haberse quedado embarazada, y yo sin enterarme de nada! Pero, maldita sea..., ¿a qué está jugando?»

Llegué diez minutos tarde. Tiré la bolsa al suelo, al lado de la canasta. Las chicas estaban lanzando tiros libres. Sabía que no se iban a relajar, de eso estaba seguro, pero en los años que llevaba como entrenador, ésa era la primera vez que me retrasaba, y aún tenía más delito que fuese justo dos días antes del partido contra el segundo equipo de la clasificación, con mis chicas nerviosas por lo que nos jugábamos.

Me pasé la mano por el pelo y respiré hondo tratando de dejar fuera mis problemas, de centrarme en el entrenamiento, antes de llamarlas. Con el gesto habitual, les indiqué que comenzaran con el calentamiento, con los pases laterales. Tuve que sentarme, me sentí agotado, sin saber por qué.

Laura, la base y capitana del equipo, me miró en varias ocasiones y, al final, le pasó el balón a una compañera y atravesó la pista para venir hacia mí.

—¿Estás bien, Willy? Llevamos un cuarto de hora con los pases. —Me analizó mientras sujetaba la goma de pelo entre los dientes y se hacía una coleta alta.

—Sí, no es nada, ando un poco espeso hoy —repuse.

—Pues si tienes mal día, mejor no te cuento lo de Marina, que no quiero agobiarte.

—Cuéntame. —Me pasé la mano por el pelo y bufé.

Laura me cogió entonces por el codo y se acercó a mí para que nos quedásemos de espaldas a la cancha, en plan confidencial.

—Nada, que ha vuelto a las andadas, que no sabe si podrá jugar el sábado, que no está en forma y, la verdad..., creo que hay algo más.

—¿El qué? ¡Joder, Laura, al grano! —me impacienté con tal furia que se asustó.

—Pues, nada, que igual busca llamar la atención, que estés más pendiente de ella...

Lo que me faltaba. Estaba yo como para chorradas de ese tipo a esas alturas. ¿Que una jugadora como Marina iba a simular una lesión para quedarse en el banquillo por llamar la atención? ¡Venga, hombre, sólo me faltaba ya que la juiciosa de mi capitana me liase ahora la cabeza con estupideces!

—Por ahí no paso, Laura. Venga, a entrenar, y deja de decir gilipolleces.

—Entendido —torció el morro y se cruzó de brazos, aguantando las ganas de contestar— y, perdona, entrenador, por ponerte al corriente.

—¡Espera! —Me di cuenta de que estaba siendo demasiado duro con ella, así que la retuve un momento por el brazo—. Está bien, disculpa. Ya hablaré con Marina, y gracias por informarme... Ahora, a entrenar.

Sonrió y me dio un abrazo rápido antes de correr hacia la banda.

Me rasqué la barbilla pensativo, ya lo analizaría luego todo con calma, si es que era capaz de hacerlo.

Cuando levanté la vista hacia las gradas, no pude creer lo que veían mis ojos. Para mi sorpresa, allí estaba, sentada sola, observándolo todo, con su exuberante melena rubia: ¡Jessy! Pero ¿qué coño hacía allí, en el polideportivo?

Traté de ignorarla y centrarme en lo que tenía delante, aunque me atormentaba la idea de su acoso. Después de un cuarto de hora, pité, dando por terminado el simulacro de partidillo, y las chicas se fueron despidiendo. Me eché la bolsa al hombro y la vi bajar de las gradas en mi dirección.

—Hola —me saludó—. ¿Podemos hablar un momento?

—Supongo que es importante para venir a un entrenamiento —dije, y señalé hacia afuera—. Mejor salgamos de aquí.

En la puerta principal del polideportivo, me detuve. No llevaba lo que se dice un buen día como para andarme con chorradas, pero, aun así, el gesto de la tentación rubia parecía augurar una situación incómoda.

—Vaya, parece que tus alumnas te tienen mucho cariño —me soltó de pronto.

—¿Alumnas? —Me eché a reír—. ¿Te refieres a las chicas?

—Lo que sean, ya he visto cómo se te insinúan y los abrazos y demás...

—¿No irás a montarme, tú precisamente, una escena de celos?... —Dejé la bolsa en

el suelo y me crucé de brazos.

—No, no es eso... Pero ¿y si lo fuera? —Pestañeó y se colocó las gafas de sol que llevaba en la cabeza.

Me reí y la observé con detenimiento cuando apoyó una mano en la cadera, casi con chulería. Bajé la mirada hacia sus botas de tacón y la fui subiendo por esas piernazas interminables que mostraba bajo una pequeñísima falda. Llevaba la chaqueta anudada a la cintura encima de una blusa escotada, que cubría con un pañuelo de colores. Solté el aire, tratando de recomponerme y no sucumbir a la tentación.

—¿Qué es lo que quieres? —Me quité las gafas de sol y la miré directamente.

—Lo mismo que tú, imagino. —Ladeó la cabeza—. Tenemos que hablar... en privado.

—Está bien. Tengo el coche en el aparcamiento. Vamos.

Pero como gato escaldado que huye del agua fría, no iba a ser tan gilipollas de ceder en todo, de ir con ella a casa y dejar que me llevase a la cama allí, para que mi pareja nos encontrase y se saliese con lo que quisiera que estuviera planeando.

Arranqué mi viejo Che, di marcha atrás y, tras dos maniobras, salimos en dirección opuesta.

—¿Adónde vas? —Se quitó las gafas mirando por la ventanilla—. ¿No vamos a tu casa? Sé que ella no va a venir...

No dije nada. Sólo sonreí, con malicia, sin dejar de mirar al frente. Después de unos quinientos metros, tomé la salida hacia el barrio de Casablanca, sabiendo muy bien adónde quería dirigirme.

Eso la desconcertó, tal y como había imaginado.

Aparqué justo en la parte trasera del hotel. Le abrí la puerta y la cogí de la mano sin decir ni una sola palabra.

Aquél fue el primer sitio en el que tuve sexo por primera vez, y ahora lo elegía, no sé si inconscientemente, para despedirme de la tentación rubia sin que les saliese bien la jugada, o la emboscada, que intuía me tenían preparada.

Nos dieron las llaves de la habitación y llamé el ascensor sin soltarla de la mano.

—¿Para qué me traes aquí?

—Para terminar lo que empezamos el otro día. —Mi sonrisa fue casi maléfica.

—¿Por qué aquí?

—¿Por qué no? ¿Algún problema?

El ascensor se detuvo, le toqué descaradamente el culo y así llegamos hasta la 213.

En cuanto cruzamos la puerta, y sin darle tiempo a reaccionar, cogí su mano derecha y la acerqué a mi entrepierna.

—Así es como me pones... —La agarré sin concesiones por la cintura y la apreté contra mi cuerpo sin darle tiempo a reaccionar.

Le quité el bolso del hombro, por si llevaba el móvil directamente conectado con su amiga, y lo lancé sobre el sofá. Luego, mientras la besaba apasionadamente, le quité la chaqueta, detrás fue la blusa y, por último, la falda. Sin dejar de explorar con la lengua su cuello, su escote, su boca, me deshice también de mi chaqueta y me saqué la camiseta por fuera del vaquero, soltándome los botones, que parecía que iban a estallar de un momento a otro.

Jessy gimió sin poder evitar olvidarse de todo, mientras sus manos se colaban por debajo de mi camiseta y tiraba hacia abajo de mi pantalón, que cayó al lado de la cama.

En escasos tres minutos, la tenía debajo de mí. Me propuse darle el polvazo del siglo, disfrutar al máximo y despedirme así, de una vez por todas, de esa obsesión que me había perseguido todo ese tiempo.

De pronto, Jessy consiguió salir de mi placaje y se puso sobre mí... ¡Ufff, qué pasada tenerla encima, tan excitada y salvaje! Sus dos perfectos muslos a los lados de mi cadera iban bajando despacio, rozándome, buscando acoplarse a mi erección, entrando en ella como un guante. Apenas cerré los ojos, la tentación rubia se movió rápidamente saliéndose de mí. La agarré por la muñeca.

—¿Adónde vas?

—A por un preservativo, los tengo en el bolso.

—Tranquila, preciosa... —le dije con una sonrisa embaucadora, sin soltarla y estirando el brazo para alcanzar el vaquero—. Llevo uno en mi cartera, en el bolsillo del pantalón.

No tuvo más remedio que quedarse quieta, fuera a donde fuese; desde luego, no iba a permitirle acceder al móvil. Podía decirle todo lo que me viniera en gana, follármela sin miedo a ser sorprendido, grabado ni descubierto por la que me estaba poniendo a prueba. Así que sería su palabra contra la mía. Y, por alguna extraña razón, ese pensamiento me puso aún más cachondo.

—Te voy a hacer disfrutar, rubia, te voy a dar el mejor polvo de tu vida —le prometí tras colocarme el condón.

Por lo poco que conocía hasta entonces, Jessy era una bomba en la cama. Incitaba a embestirla con furia, mientras se retorció sin dejar de gemir y de mover las caderas.

Cuando llegó el orgasmo, gritó mi nombre con un sonido ronco, arrugando las sábanas entre las manos, clavándome las uñas..., y luego se dejó caer de lado, con la respiración entrecortada.

—Tenía razón... Ella —logró decir entre jadeos.

—¿En qué? —Me volví para mirarla.

—En que eres un *crack* en la cama, Willy. —Señaló mi miembro, que todavía seguía apuntando al techo en espera de un nuevo asalto.

Le separé las piernas sin concesiones y me perdí entre sus generosos pechos. De un empujón, me hundí dentro de ella, que sofocó un grito. Dos, tres, cuatro embestidas más y me corrí en su interior. ¡Bestial!

Me volví de lado y, mirándola con una sonrisa perversa, me puse de lo más cínico.

—¿Qué pensaría tu amiga de esto..., si se enterase?

Jessy no esperaba esa pregunta tan directa y mordaz y, por el modo en que movió los ojos, parecía estar pensando: «¡Pillada!». Tardó en contestar más de lo necesario, la había sorprendido con la guardia baja, todavía le temblaban ligeramente las piernas tras el segundo polvo.

Se levantó y me puse en guardia.

—¿Adónde vas?

—A por un cigarrillo, si no te molesta.

—No me molesta, te acompaño.

Se giró riendo, encaminándose hacia la silla donde tenía el bolso.

—¿En serio? ¿Me estás siguiendo por la habitación? ¿No te parece ridículo?

—No, me parece de lo más normal, dado que podrías llevar en el bolso una grabadora o una cámara de fotos..., qué sé yo.

—¿Por qué dices eso? —Cogió el paquete de tabaco y se encendió el cigarrillo—. ¿No confías en mí?

Me encogí de hombros con una sonrisa irónica. La seguí hasta la cama y observé cómo expulsaba el humo. Luego se volvió hacia mí con expresión divertida.

—¿Sabes lo único que me molesta de ti? —me soltó.

—Ni idea.

—Que seas de otra...

Eso me provocó risa. Tenía su gracia, viniendo de ella, cuando la otra era su mejor amiga.

—A Ella no parece importarle.

—Bueno, puede que tenga alguna fantasía erótica...

—¿Contigo y conmigo? ¿Un trío, quieres decir?

Enarqué las cejas, esperando quizá esa respuesta que lo explicase todo, pero Jessy negó con la cabeza y apagó el cigarrillo después de una pausa.

—No. Su fantasía podría ir por otro lado. No sé..., imagina que le da morbo pensar

que eres suyo pero puedes acostarte con otras en cualquier momento.

—No le veo sentido, la verdad —sentencié desanimado.

—Yo tampoco, pero últimamente está tan rara que no sé.

Cansado de jugar al gato y al ratón, sin que fuese del todo clara, decidí ir al grano.

—Jessy, una cosa. —Carraspeé—. ¿Ella quiere ponerme a prueba? —Frunció el ceño como si no acabara de entender la pregunta, así que fui un poco más directo—: ¿Te ha incitado o propuesto de alguna manera que te acuestes conmigo?

Se puso en pie, nerviosa, y miró su reloj.

—Tengo que irme ya, es tarde. —Se giró buscando con la mirada sus prendas esparcidas por el suelo—. Pregúntale a Ella antes de que entregue la novela.

—¿Cómo que «antes de que la entregue»? La entregó hace unas semanas.

—¡Ah! No sé, estaré equivocada, entonces.

La retuve por la muñeca.

—No tan deprisa... ¡Mírame, Jessy! —le ordené—. Lo teníais planeado, ¿verdad?

Se volvió hacia mí, inspiró y soltó el aire lentamente.

—No exactamente.

—¡Explícamelo! ¿Qué os traéis entre manos? ¿A qué cojones estáis jugando?

—No puedo, no lo puedes entender. —Entonces di un puñetazo en la cama, cabreado, y se sobresaltó—. Yo le debía un favor, ya me entiendes, pero no lo de hoy, esto te juro que no lo sabe... Ella no sabe que hoy he venido a buscarte...

—¿Y el resto? ¿Ha sido premeditado? ¡Joder, Jessy, es fácil! ¡Contesta sí o no!

—Sólo en parte. —Se dejó caer sobre la cama, viendo que ya estaba acorralada y no le quedaba otra que terminar de explicarse—. Es cierto que ella me pidió que tontease contigo y lo grabase aquel día en tu casa y, bueno..., me pidió que usara una grabadora que me entregó el día de la fiesta de Cati, la noche que te di mi teléfono. En principio, sólo quería saber cuál sería tu reacción ante un simple tonto, o eso pensaba yo... Te prometo que no imaginaba que...

—¡Joder! —Aquello empezaba a desquiciarme, pero tenía que llegar hasta el final—. Una cosa: ¿le dijiste que estuvimos a punto de acostarnos en mi casa? ¿O también lo grabaste?

—Sí, en parte, sí. —Desvió la mirada y luego rectificó—: Pero sabe que fui yo quien te convenció, quien te provocó.

Me puse en pie y empecé a andar de un lado a otro de la habitación; no podía quedarme quieto, si no, me iba a liar a patadas con cualquier cosa. Al final, me paré delante de ella y respiré hondo.

—¿Dónde guarda la maldita cinta?

Meneó la cabeza y se miró las manos temblando.

—Ni idea, Willy, no lo sé. Te juro que ya no sé nada más.

—Bien. —Traté de serenarme—. Vístete y, sobre todo, no vuelvas a llamarme, no me busques nunca más, ¿entendido?

Afirmó con la cabeza y se dispuso a recoger sus ropas, mientras yo me sentaba con la mirada perdida en algún punto de la pared, tratando de asimilar todo aquello. Una cosa era suponerlo, y otra muy distinta, tener que encajar la verdad.

Todavía desnuda, allí de pie, con las prendas entre los brazos, me miró mientras le caía una lágrima.

—Lo siento, Willy, no me creerás si te digo que acepté porque me gustas de verdad.

—Márchate y no me busques —repetí rehuendo su mirada.

CAPÍTULO 14

TOCADO... Y HUNDIDO

Jessy cumplió su palabra, se alejó y no volvió a molestarme ni a buscarme. Bueno, no exactamente, porque después del caótico día del hotel, me despertaba en ocasiones envuelto en sudor, con pesadillas continuas con escabrosas escenas de sexo entre Ella y Jessy. Otras veces, la tentación rubia volvía en sueños para grabarnos con la cámara de vídeo mientras Ella nos miraba y se masturbaba. Creí que se me iba la cabeza del todo.

Para entonces, yo era consciente de que mi relación con Ella iba a terminar, pese a la última discusión fuerte que habíamos tenido, en la que me suplicó llorando que confiase en ella. «La confianza no se pide, la confianza se gana», le dije.

A esas alturas, ¿cómo podía disculpar su actitud? ¿Alguien en su sano juicio podía llegar a comprender esos cambios y esas paranoias? Debía de quererla demasiado o estar completamente ciego para ceder una vez más, porque no podía creer en sus palabras. Supongo que no llegué a perdonarla, ni a entender que hubiese usado esas grabaciones porque, simplemente, como me explicó Jessy, le «ponía mucho» pensar que podía hacérmelo con otras, aunque después se arrepintiese. Como dijo ella, puede que fuese una desviación sexual y que estuviese segura de poder superarlo, que se tratara de algo transitorio y puntual. Sin embargo, a mi pregunta directa de por qué me había dicho que había entregado la novela hacía unas semanas... no supo qué responder. Aquello también me inquietaba: ¿qué motivo podía tener para mentirme al respecto? ¿Sería para no compartirla conmigo?

En ese mes, mantuvimos una relación distante pero aparentemente correcta, en la que ni uno ni otro trataba de ahondar en conversaciones profundas, salvando lo estrictamente necesario. Algunas noches teníamos sexo, sin más, procurando parecer a nuestros propios ojos una pareja normal que trata de sobreponerse a una crisis que va

más allá de lo convencional. Incluso mantuvimos la relación social de protocolo. Yo la acompañaba a algunas de sus entrevistas, y ella acudía a los partidos importantes, incluso quedamos un par de veces con Salva y Leire a tomar una copa. No es que estuviera satisfecho, desde luego, pero, al menos, parecía desenvolverse con tranquilidad dentro de la calma, después de la tormenta.

Unos días antes de que se publicase el esperado libro, yo estaba tomando un café de pie, apoyado en la isleta de la cocina, cuando se me acercó sonriente, me abrazó por la espalda (algo inusual) y me pasó una carta con un membrete oficial que no reconocí. Abrí el sobre y leí atentamente. Le anunciaban que era una de las candidatas a uno de los premios literarios de más prestigio a nivel nacional que otorgaba la Academia de las Letras, y que el veredicto se conocería en la VII gala del 18 de febrero, a la que, por supuesto, estábamos invitados.

Sinceramente, me alegré. Yo había sido testigo de tanto sacrificio, tantas horas de trabajo, tantos sinsabores y, además, había otra buena noticia por mi parte: habíamos ganado tres partidos importantes, de manera que nos poníamos los segundos en la clasificación y con posibilidades de ganar la copa. Aquel día decidimos abrir una botella de cava para celebrarlo, con Salva y Leire, a los que últimamente les iban bien las cosas y se mudaban a un piso en propiedad, más grande y céntrico.

Pero, inevitablemente, llegó el 15 de febrero de 2015, una fecha que no podría olvidar en mi vida: el día que salió a la venta su libro, el comienzo de mis pesadillas. Ella, más diva, más lady que nunca, andaba nerviosa, más de lo habitual, quizá porque sabía de antemano que realmente iba a ser el bestseller que a ambos nos iba a cambiar la vida, aunque por diferentes motivos.

En todos los escaparates, con una campaña de marketing bestial, aparecía su foto al lado de una cubierta impresionante con letras en relieve y montañas de ejemplares apilados. Ella no tenía ni un minuto de tiempo libre. Su teléfono no dejaba de sonar: tenía entrevistas en radio y prensa escrita, conversaciones a diario con su agente, su editor y demás gente del ámbito literario.

Yo, a pesar de estar intrigado ante tal expectación, también continuaba concentrado en los partidos y los entrenamientos, así que aún no había tenido tiempo de ojear la novela, a pesar de que había varios ejemplares en nuestro despacho, donde Ella había escrito la mayor parte de la historia.

Nos habíamos acostado tarde el día del lanzamiento de su novela, por eso aquel sábado seguía completamente dormido a las nueve de la mañana, cuando sonó mi

teléfono móvil en la mesilla de noche. Soñoliento, lento y perezoso como un koala, estiré el brazo y lo alcancé. Me sobresalté al comprobar quién me estaba llamando: nada menos que el presidente del club donde entrenaba al equipo femenino absoluto, uno de los hombres más influyentes en el baloncesto profesional, y que, desde luego, no mantenía un contacto directo conmigo, al menos de modo habitual. Aquello podía ser bueno o malo, pensé antes de aceptar la llamada. Me incorporé, sentándome en la cama.

—Willy, hola, buenos días, soy González, el presidente del club. Disculpa que te llame tan temprano...

—Hola, buenos días, no hay ningún problema... ¿Ocurre algo?

—Hay un tema importante del que tenemos que hablar —carraspeó incómodo— y, bueno, prefiero tratarlo en persona... porque es un asunto grave.

Al oír aquello se me pusieron por corbata de repente. No tenía ni puñetera idea de qué podía estar pasando en un buen momento del equipo precisamente. Que yo supiera, el presidente debía de estar satisfecho con los últimos resultados...

—Así que —continuó—, antes de que esto se nos vaya de las manos, mejor será que te acerques por mi despacho en cuanto puedas.

—Sí, sí —repose—. Pero no lo entiendo, la verdad.

Dos horas más tarde, entraba en las oficinas del club saludando a la secretaria, que me miró con excesiva seriedad y sin hacer comentarios.

González, el presidente, me recibió sin levantarse de su mesa. «Mal asunto», pensé.

—Mi teléfono está que echa humo desde ayer. —Su saludo fue como un jarro de agua fría.

Tomé asiento frente a él, expectante y algo inquieto.

—¿Qué pasa? —En esos momentos, juro que sentí como si mi mente dejase de funcionar. Era incapaz de pensar algo coherente.

—Esto pasa —dijo, y sacó de debajo de su mesa un libro que lanzó de malas maneras hacia mí.

Era la primera vez que tenía delante uno de los ejemplares, pese a haber visto el día anterior esa cubierta y la foto de mi pareja en todos los escaparates de las librerías. Lo miré con precaución, con el inquietante desasosiego de no saber lo que podía haber dentro, porque recordé entonces que Ella, Milady, nunca había llegado a compartirlo conmigo.

El presidente carraspeó y se ajustó las gafas metálicas.

—¿Algo que decir? —Era obvio que estaba impaciente.

El tema parecía serio, pero yo no entendía nada. De no haber sido así, podría haber

bromeado y haberle dicho que lamentaba que no le gustase la novela romántica, pero... estaba claro que algo grave había allí escrito y que le preocupaba lo suficiente como para hacerme venir a dar explicaciones.

Cogí el libro de la mesa y releí el título del bestseller que me conocía de memoria: *Soy un tipo diferente*. Luego le di la vuelta intrigado.

—Comprenderás que, después de haber aireado algunos trapos sucios, incluso inventado lo que pueden ser calumnias contra jugadores, técnicos y directivos del club...

—¿¿¿¿Cómo???! —Salté del asiento.

González se echó hacia delante y palmeó con fuerza la mesa. Luego se masajeó el puente de la nariz y apoyó los codos abatido.

—Mira, Willy, no me jodas más y deja de fingir que no sabes nada de todo esto.

—Te juro que no...

Me di cuenta en ese momento. La muy... había usado toda la información confidencial para su novela, toda la puñetera conversación de familia de aquella noche con mi padre... ¿Eso no era ilegal?, ¿no era denunciable? ¿Cómo una editorial podía publicarlo citando a personas vivas y en activo?

El presidente pareció leerme el pensamiento, por lo que a continuación dijo:

—Claro que no cita nombres y apellidos, pero todo el mundo sabe de quién se está hablando cuando, bajo un nombre como Gálvez o Márquez, se esconde la identidad de un alero o un base del club —se iba acelerando por momentos—, cuando coinciden todas las puñeteras descripciones, todos los putos lugares donde... ¡Maldita sea, Willy, ¿cómo has podido hacernos esto?!

¡La madre que la parió! Pero ¿en qué lío de cojones había metido al club?

—Entenderás —prosiguió— que se trata de un hecho lo suficientemente grave como para ponerlo en manos de nuestros abogados, tratarlo en junta y, bueno... —respiró profundamente antes de soltarlo—, veremos lo que el club decide respecto a ti.

No podía creer lo que estaba oyendo y viviendo en esos momentos. Aquello era demasiado. Me derrumbé allí mismo, me llevé las manos a la cabeza y hundí los dedos en el pelo, incapaz de encontrar algo con lo que defenderme... porque no había nada. Absolutamente nada. Estaba perdido, derrotado. Estaba hundido.

Me levanté tratando de abandonar el despacho con la poca dignidad que le queda a alguien que ha traicionado a su club. Antes de salir, con la mano en el pomo de la puerta, me giré hacia el que todavía era mi presidente.

—Yo... no sabía nada de esto.

Ya sólo tenía que arrastrarme hasta casa y sentarme a leer la novela que acababa de

arruinar mi vida.

Podía elegir pasarme el resto de mis días preguntándome por qué me había hecho eso o tener un ataque de ira y lanzar sus cosas por la ventana, o montarle una bronca que no olvidase en la vida y ponerle la maleta en la puerta, echarla de mi casa... Sin embargo, nada de eso iba a cambiar los acontecimientos. El mal ya estaba hecho.

Ella recibiría probablemente su premio, alcanzaría el éxito, y yo sería expulsado del club. Probablemente, ahí acabaría mi carrera deportiva, hundida por mi propia pareja.

Antes de llegar a casa, recibí varias llamadas. Era de esperar. Aunque no conocía los números de teléfono, cuando oí la voz de quien me insultaba y me amenazaba con llevarme a los juzgados a mí y a la zorra de mi pareja, supe que se trataba de Vázquez. Puse el móvil en silencio, decidido a mantener la calma y no hacer algo de lo que pudiese arrepentirme luego.

Tuve que recordarme a mí mismo que jamás había tirado la toalla ni había dado por perdido nada hasta el último minuto, y no pensaba hacerlo ahora que mi carrera deportiva estaba en juego.

Necesitaba ayuda urgente para saber qué pasos tenía que dar. Y, no, no estaba pensando en uno de esos consejos de Salva. Necesitaba ayuda legal.

Entonces me vino a la mente Diana, sus palabras cuando me dio su tarjeta aquella tarde en que salvé a su hija del atropello.

Me paré en mitad de la acera, metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué la tarjeta de la cartera. Marqué el número y esperé dos tonos.

—¿Diana Suárez? Soy Willy López, necesito ayuda.

CAPÍTULO 15

LA GALA

Recopilar en cuestión de dos días, a escondidas, con premeditación y alevosía, todo lo que puede inculpar a la que ha sido tu pareja en los últimos meses... no era la única forma de salvar mi culo. Eso ya me lo advirtió. Pero, al menos, si yo caía..., que Ella cayese detrás.

Me dejé guiar por Diana, mi abogada, en todo momento, consciente de que era mi única salida.

Una vez que pusimos sobre la mesa todos aquellos papeles que de alguna manera demostraban que yo no había sido cómplice en ningún momento de esos hechos, al menos, conscientemente, me tranquilicé o, mejor dicho, me tranquilizó.

Resultaba demasiado difícil disimular en esos dos días antes de la gran gala del premio literario que no estaba pasando nada. Al día siguiente me apartaron del entrenamiento, fui inmediatamente sustituido por el segundo entrenador con la excusa de una baja temporal de la que nadie supo fuera del club. Necesitaba ganar tiempo, y esas cuarenta y ocho horas resultaban cruciales. Apenas estuve en casa, salvo para intentar dormir, cosa que me resultó imposible. Aprovechaba cada minuto para desplazarme al despacho de Diana, que se volcó en mi caso, y que me avisó de que iba a ser un proceso lento y doloroso.

El 18 de febrero, tal y como estaba previsto, acudimos Ella y yo a la gala. Estaba preciosa, exultante, con su vestido negro largo, su cabello teñido en las puntas con un corte irregular... Y yo, a su lado, como el adjunto vestido de pingüino, el más gilipollas de todos los gilipollas del mundo, al que las revistas femeninas describirían como «el acompañante más atractivo de la gala, el deportista de moda, jugador de básquet, el prometido de la escritora que obtuvo el premio revelación de las letras..., blablablá». O quizá no... En mi mano estaba que la prensa allí reunida para cubrir la

gala cambiase sus titulares.

Posamos antes de entrar por las puertas del gran hotel, sonrientes y abrazados como una pareja feliz. ¡Qué hipocresía, lo sé!

Voy a ahorrarme todos los detalles sin importancia del protocolo de la cena, los trajes y los vestidos, los peinados, las conversaciones, los apretones de mano y los saludos..., más que nada porque apenas era capaz de enterarme de lo que sucedía a mi alrededor.

Todo eso era una burda mentira. Si le daban el premio, sería a costa de que se hubiera aprovechado de mí, de que me hubiera utilizado, me recordé mientras nos dirigíamos a la mesa. Después, cuando el presidente de la Academia empezó su discurso y, una hora más tarde, cuando el portavoz del jurado entregó el sobre con los nombres de los autores premiados, mi determinación se había fortalecido hasta el punto de no existir nada más en aquel enorme salón.

Me encontraba totalmente sereno, porque en la cena ni siquiera había probado el vino, y, en cambio, empecé a sentirme como si me hubiese metido anfetaminas o alcohol suficiente para provocarme un estado ebrio y sobreexcitado. Y es que era tanta la adrenalina contenida en mi cuerpo que hasta me zumbaban los oídos.

Asentía con la cabeza o mantenía una sonrisa congelada cuando alguien se dirigía a mí, sin separarme ni un momento de la gran diva, Mylady, mi chica, mi verdugo.

Crucé algunas miradas con algunos de los invitados mientras Ella me apretaba la mano nerviosa y expectante cuando, desde el estrado, se iba a anunciar el ganador del premio en la categoría de romántica, en la que estaba nominada. Y, quizá para autoafirmarme y convencerme, pasaron por mi mente esos flashes desagradables de los últimos meses, hasta la llamada de Nacho, mi colega de siempre, mi amigo..., al que también había perdido por culpa de Ella, de la mujer que ahora, con ese vestido de gala, esperaba oír su nombre en la voz del presidente. Yo también lo esperaba.

Tras unos segundos de silencio, en los que las autoras de romántica/erótica contenían la respiración, se oyó claramente *su* nombre: *Ella*.

Gritó, me besó y, entre aplausos, se puso en pie. Todos los que compartíamos mesa rompimos a aplaudir. Su agente literario la abrazó, también el editor y su esposa.

Respiré hondo, profundamente, mientras se alejaba hacia el estrado, porque por mis venas empezaba a correr la sed de venganza. No sirve de nada negar que, aunque mi apariencia era tranquila, me encontraba inquieto ante lo que estaba a punto de hacer. No sabía muy bien si sería una proeza o el descalabro final, pero la verdad me quemaba tanto en la garganta que sólo tenía ganas de gritar.

Ni siquiera le conté a mi abogada lo que tenía planeado esa noche de la gran gala,

porque no pensaba que sería capaz de atreverme a hacerlo. Además, seguramente Diana habría intentado convencerme de que no lo hiciese.

Me vinieron a la cabeza todas esas frases que estaba apuntando hacía días: «Nadie puede salir impune de cometer ciertos actos a terceros para su beneficio personal, por ambición», «Nunca un fin justifica los medios si hundes la carrera profesional de alguien».

Y, con esos pensamientos, apreté los puños y me puse en pie justo antes de que Ella empezase a hablar.

—Un momento, me gustaría decir unas palabras. —El eco de mi voz resonó en la sala, pese a no llevar micrófono.

El presidente, desde el estrado, me señaló y sonrió, considerando que en ese emocionante momento iba a querer ser el primero en felicitar a mi chica, agasajarla con todo el cariño.

—El acompañante de nuestra autora premiada quiere decir unas palabras, ¿alguien puede pasarle un micrófono? —Miró hacia los lados y señaló a una azafata que rápidamente venía caminando hacia mí—. Está claro que no necesita presentación... Como saben, él es Willy López, el gran jugador de básquet y..., para quienes han leído la gran novela de nuestra querida autora galardonada, es también el protagonista de la misma, «un tipo diferente». —Hizo una pausa—. Bueno, ya llega el micro, vamos a escucharlo, pues.

No sabía qué hacer con la otra mano, que me temblaba ligeramente, así que la metí en el bolsillo mientras se disparaban algunos flashes.

—Gracias —dije con voz firme antes de mirar directamente a Ella desde mi posición en la mesa—. No, no soy un tipo diferente. He sido un tipo como cualquier otro que ha tenido una historia tan normal como cualquiera de esos lectores, un tipo corriente que se enamoró de... la persona equivocada. —Cientos de ojos se volvieron de pronto hacia mí con sorpresa, y continué—: Sí, realmente uno nunca acaba de enterarse de que su error ha sido confiar en quien no debía, como es mi caso, hasta que se queda solo, completamente solo y derrotado. —A pesar de los murmullos y de la actitud del agente literario, que incluso me tiró de la manga, seguí hablando—: Si ustedes leen la novela, lo comprenderán. Ese tipo diferente del título... he sido yo, señores. He sido utilizado, grabado, manipulado por una persona sin escrúpulos: mi pareja. Me ha expuesto totalmente ante la opinión pública, contando cosas tan privadas en todos los sentidos que ha dañado no sólo mi imagen, sino también la de un club impecable, al que pido disculpas por el mal que se haya podido causar y al que, por otro lado, doy gracias por haberme permitido entrenar todo este tiempo. —A estas

alturas de mi discurso, Ella se estaba tapando la cara con las manos y bajaba del estrado llorando, pero a pesar de eso... continué—: Han sido meses decisivos en los que, mientras yo me volcaba en ser para Ella «un tipo diferente», a veces romántico, atento, discreto, en ocasiones, pasional, cariñoso o divertido..., la escritora que tienen delante se empeñaba en hacerme parecer «todo un personaje», en el sentido estricto de la expresión. Y casi me lo creí. Por ello —me apresuré a añadir— y como, bajo mi punto de vista, un escritor es alguien que tiene algo que contar..., me gustaría proponerle algo a la editorial. —En este punto, miré sonriente al editor, que estaba *ojiplático* y trataba de asentir con la cabeza y salir airoso del aprieto—. Podría tratar de paralizar todo esto, intentar la retirada del libro que acaban de premiar ustedes aquí, pero como yo siempre he jugado limpio, no lo voy a hacer... En cambio, he pensado algo distinto. Aquí y ahora, con todos como testigos de mi ofrecimiento, le propongo a su editorial publicar mi versión de los hechos. —Hice una teatral pausa, sobre todo para observar las reacciones—. Sí, señores, porque ayer mismo empecé una jugosa novela que seguro que les interesará, así que lo que le propongo es que publique el libro que, como réplica a *Soy un tipo diferente*, estoy comenzando a escribir, porque, señor editor, yo también tengo algo que contar.

Ella me miraba atónita desde la puerta de los lavabos, con su agente y otra escritora, que la sostenía por el brazo, así que levanté mi copa hacia la que había sido mi chica.

—Y, aun así..., como soy todo un caballero: ¡felicidades por el premio!

Dicho esto, le pasé el micro al editor, dejando que todas las miradas se dirigiesen hacia él.

Aquí tengo que confesar que me sorprendió gratamente porque, lejos de tirar balones fuera, o de andarse con evasivas, el jefe de la editorial recogió el guante que le había lanzado y, para mi asombro, aceptó sin dudarle publicar mi libro. Explicó que le parecía muy coherente abrir sus puertas a la verdad, que su profesionalidad estaba por encima de cualquier asunto, y que una de sus premisas era publicar lo que la gente quería leer... y, lógicamente, estarían todos de acuerdo en que, para que se hiciese justicia, siempre había que escuchar a las dos partes. A continuación, se excusó como un caballero, asegurando que desconocía lógicamente las artimañas que la escritora había utilizado para meterse en la piel del protagonista y que, desde luego, ignoraba que los hechos narrados fuesen reales.

—Ocultar deliberadamente todo eso va contra mis principios como editor y como persona —sentenció.

Di las gracias a todos en general, me puse el abrigo tranquilamente, sabiendo que

era el centro de todas las miradas y los flashes y, dueño de una gran paz interior que ni yo mismo esperaba, abandoné la sala.

Desde luego, hubo más murmullos y miradas fulminantes que aplausos, pero me marché despacio, con esa sonrisa de satisfacción que te confiere poder salir con la cabeza bien alta.

Atrás dejaba un gran alboroto del que seguro correrían ríos de tinta. Tampoco en esos momentos me importaba gran cosa lo que vendría después: si Ella haría la maleta y saldría de mi casa en silencio, o si antes destrozaría toda la vajilla contra las paredes. Me la traía floja si, a raíz de acabar lo nuestro, le daba por meterse en un convento o se tiraba a cualquier bicho de dos patas, si esa noche acababa vomitando sobre la colcha en casa de Jessy, o se lo hacía con el editor norteamericano y la hortera de su mujer... No pude por menos que reírme.

Franqueé la gran puerta del hotel y el frío viento me azotó la cara. Me agradó esa sensación intensa, vital.

Eché a andar un rato; decidí que me sentaría bien un paseo relajado antes de coger mi viejo Chevrolet. Así, fui caminando en silencio, únicamente acompañado, quién sabe por qué, por las estrofas de una canción de Sabina que me vino a la cabeza: «Yo le quería decir la verdad por amarga que fuera, contarle que el universo era más ancho que sus caderas..., le dibujaba un mundo real, no uno color de rosa..., pero ella prefería escuchar mentiras piadosas...».[1]

Me metí en mi viejo Chevrolet y cerré la puerta despacio. Introduje la llave en el contacto, pero antes de arrancar, me detuve un instante. Hice una sola llamada por el manos libres.

—Ahora sí que vas a tener que ayudarme —dije simplemente.

—¿Willy? ¿Qué ha pasado? —Noté el tono de alarma en la voz de Diana.

—La he liado, Diana, y de momento... necesito desaparecer unos días, será lo mejor. Estoy perfectamente, no te preocupes.

—¡Por el amor de Dios! Pero ¿no puedes explicarme...? ¿Adónde vas?

Entonces sí, arranqué el motor del coche y conduje hacia casa de mis padres.

Iba pensando en lo que publicaría la prensa al día siguiente, en cómo serían los titulares sensacionalistas y cómo afectaría todo eso a la imagen del club... Al menos, esperaba que hubiese servido de algo. Tampoco confiaba en que la directiva reconsiderase mi futuro allí. Tenía claro que la medida de suspenderme temporalmente entraba dentro de la lógica aplastante, con la que se había montado al destaparse en la novela aquellos hechos que comprometían a técnicos y jugadores. Total, ya todo estaba perdido, y posiblemente tendría que enfrentarme a una demanda por parte de Ella; no

se iba a quedar de brazos cruzados, eso desde luego. Pero a mí..., ¿quién iba a creerme? Poco o nada podía hacer ya, salvo esperar.

CAPÍTULO 16

LLAMADAS INESPERADAS

Mis padres estaban acostados cuando llegué, pasadas las once y media de la noche.

—Tranquila, estoy bien —fue lo primero que dije ante la mirada de mi madre al abrirme la puerta.

—Pero... ¿de dónde vienes tan elegante a estas horas? ¿Qué ha pasado? —Era evidente que llevaba el susto en el cuerpo.

Me quité el abrigo y lo arrojé sobre el viejo sofá. Hice un gesto con la mano para pedirle calma. La necesitaba, y mi madre lo entendió. Se puso la bata y esperó de pie, apoyada en la mesa redonda del comedor.

—¿Has cenado? ¿Quieres beber algo o...?

—He cenado, sí —contesté—, pero me iría bien algo caliente.

—Precisamente había hecho caldo para un regimiento. —Se fue hacia la cocina.

Por su forma de moverse y de hablar, me di cuenta de que llevaba la preocupación metida en los huesos, así que fui tras ella. De espaldas a mí, puso la olla a calentar, se volvió y apretó los labios para contenerse y no hacer más preguntas.

—Nada, mamá, que he roto con Ella —dije, y añadí—: En la gala de esta noche, en la que le daban un premio por el libro.

Resopló, imagino que algo más aliviada.

No me había planteado aún si estaba o no preparado para contarles el resto. Porque, ¿cómo iba a tomarse mi padre que el club, nuestro club de toda la vida, me hubiese suspendido por haberlos traicionado?

—¿Qué quieres que te diga? —Cogió un cazo para servirme el caldo y luego me miró con su expresión astuta—. Pues que estaba cantado, hijo, y es que esa mujer... —chasqueó la lengua— no era para ti.

No quise analizar eso, si quería decir que no era para mí porque yo fuese más o

menos que Ella. ¿Qué más daba ahora?

Nos sentamos a la mesa del comedor en un silencio acogedor que agradecí. En esos momentos me reconfortaba sentirla cerca, era como retroceder en el tiempo, delante de una humeante taza de caldo casero. Era como volver a recuperar esa parte del niño que un día fui y que necesitaba protección.

Soplé despacio para enfriar el caldo y, cuando levanté la vista, justo mi padre entraba en el comedor soñoliento, en pijama y zapatillas.

—¿Y esto? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo, hijo?

—Que han discutido, Paco; lo que se veía venir —se adelantó mi madre a contestar.

Esa noche en mi antigua habitación me llevó a profundizar en lo que había sido mi vida en esos treinta y dos años, en todo lo que había conseguido y en lo que, inevitablemente, acababa de perder.

No, no tenía claro a qué me enfrentaba realmente, porque nunca me había visto en una situación similar. Incluso me surgían dudas estúpidas, como qué habría pasado si me hubiese quedado más tiempo en la gala, si hubieran venido los de seguridad y me hubieran sacado a rastras de allí.

Lo que saqué en claro fue que no podía ocultar todo eso por mucho tiempo. En cuanto se hiciese de día y mi padre saliese a la calle por el pan y el periódico, se destaparía todo el pastel. Así que, antes de caer en un sueño profundo, me dije que hablaría en el desayuno con ellos, que prefería ser yo mismo quien les diese la noticia.

No me acordé de poner el móvil en silencio, así que, un día más, me desperté con el timbre sonando incansable, al lado de mi oreja. De refilón, vi la hora en el reloj despertador: ¡las once!

No esperaba, para nada, encontrarme su voz al otro lado de la línea.

—¿Jessy? —Pese a la evidencia, me pareció increíble que se atreviera a llamarme después de todo ese tiempo.

—Sí, soy Jessy, pero no me cuelgues, por favor, un momento —lo dijo de carrerilla, supongo que creyendo que iba a cortar la llamada—. Sé que me puedes mandar a la mierda después de lo que te hice, pero es algo importante. Estoy de tu lado —y, casi susurrando, añadió—: Aunque Ella no lo sabe. Está aquí conmigo, bueno, mejor dicho, abajo ya..., metiendo sus maletas en el coche. Me ha pedido que te lo diga, por si quieres volver a tu casa, que ya está libre, Willy.

—Ah, vale, gracias. —Sinceramente, no tenía mucho que decir.

—De nada, pero... espera. —Me retuvo bajando el volumen de su voz como si tuviera miedo de que la oyeran—. Llámame en cuanto puedas, esta tarde, ahora no

tengo tiempo, que me está esperando abajo. Es importante, muy importante.

—Ya veré —repuse cortante—, y gracias por avisar.

Colgué para evitar que la conversación pudiera alargarse más de lo preciso y fui a lavarme, tratando inútilmente de no pensar en la llamada.

Volví a vestirme con el traje de la gala, ya que no tenía otra ropa en casa de mis padres, y salí a desayunar sintiéndome más extraño que una cebra de cuadros, sobre todo al ver mi taza de café y las magdalenas sobre el hule de flores. Mi padre detuvo su movimiento y se quedó como congelado al verme entrar. Su mirada reflejaba preocupación, y fue lo suficientemente convincente para animarme a que le explicase.

Reparé en el periódico que había doblado sobre la mesa y traté desde mi posición de leer el titular. Entonces meneó la cabeza y lo desplegó para leerme él mismo la noticia:

La entrega de premios literarios de la noche pasada se vio alterada con el incidente protagonizado por el acompañante de la escritora a la que se galardonó con el Premio Nacional de Novela Romántica. El famoso entrenador de baloncesto interrumpió el acto y alegó ante los invitados que había sido víctima de un delito contra su intimidad, además de tratar de defender las injurias y calumnias que supuestamente se vierten en la novela acerca de ciertos técnicos y jugadores del Club Básquet Nac.

Apoyé el codo en la mesa, sujetándome la cabeza. Me pasé la mano por el pelo nervioso, mientras mi padre leía en voz alta lo que yo ya imaginaba.

—Podrías haberlo dejado desayunar tranquilo —protestó mi madre al sentarse a la mesa.

Ignorando el comentario, mi padre cerró y dobló el periódico por la mitad con cara de circunstancias y lo echó sobre el sofá.

—No voy a decir que me siento orgulloso de tu hazaña, hijo —su mirada se me clavó hasta las entrañas cuando empezó a hablar—, pero le echaste un par de cojones para levantarte allí en medio y defender tus principios y los del club.

¡Joder! ¿Mi padre me estaba disculpando?

—Lo que se habla en familia se queda en familia —sentenció después.

—Se aprovechó de ti, y de nosotros, y eso no se hace —intervino mi madre—. Y ahora, ¿qué va a pasar? ¿Te denunciarán?

—Uff, mi abogada —tragué saliva— cree que sí, al menos, Ella. Me ha dicho que es un proceso largo y no sale siempre como uno espera, pues en las novelas se escudan con la frase esa de que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, que los nombres son ficción y todo eso... Pero, bueno, veremos lo que pasa.

Precisamente, en ese momento sonó mi teléfono móvil. No conocía el número de

nueve dígitos que aparecía en la pantalla, pero descolgué.

Enseguida se presentó como J. M., el editor. La conversación que mantuvimos me sirvió para reafirmarme en mi opinión de que era una persona íntegra en sus principios. Para mí supuso un gran alivio que me informase de que la editorial no tenía ninguna intención de personarse como parte demandante si Ella presentaba alguna querrela contra mí, que estuviese tranquilo por ese lado, y que, desde luego, esperaba formalizar el contrato conmigo para publicar mi novela cuanto antes, porque supondría una réplica a la de la escritora.

Esa llamada significaba un antes y un después en todo ese follón. En cuanto colgué, volví a respirar, sabiendo cuáles eran los siguientes pasos que debía dar: primero, nada más contarles a mis padres la buena noticia, llamaría a mi abogada para comentárselo.

Pese a la insistencia de mi madre de que me quedase un par de días más allí, estaba ya impaciente por retomarlo todo y volver a casa. Y eso fue lo que hice, tras echar gasolina y limpiar el coche.

Sobre las cuatro de la tarde, abrí la puerta de mi casa. Es difícil describir la sensación de vacío inicial que uno tiene cuando tu pareja se ha ido.

De los armarios se balanceaban tristemente, como péndulos, las perchas vacías; sobraba espacio en el cuarto de baño, había desaparecido su albornoz rosa de detrás de la puerta, y su famoso neceser abarrotado de maquillaje. También eché en falta el cuadro enmarcado con nuestras fotos, que fue lo primero que pusimos en la pared del despacho. Allí, la estantería que antes estaba abarrotada de libros parecía ahora desnuda, lamentando su ausencia...

Y es que una ruptura no deja de ser algo traumático siempre, me dije, y cuanto antes aceptase la nueva situación, mucho mejor.

«Y regresé a la maldición del cajón sin su ropa...»,^[2] me vinieron sueltos los versos de la canción de Sabina... ¿También yo tardaría en olvidarla diecinueve días y quinientas noches?

CAPÍTULO 17

TODO UN DETALLE

Debía de haberme vuelto completamente loco. Podía ser, desde luego, y no sería el primero ni el último al que le ocurría después de vivir una situación traumática.

Sí, podía ser que, al final, se me hubiese ido la pinza, no lo niego.

De lo contrario..., ¿qué otra explicación razonable había para entender que estuviese esperando la visita de Jessy a las nueve y media de la mañana?

Con todo esto, tenía claro que estaba empezando a ser un poco cabrón o, en su defecto, menos huevón. Ya sólo me faltaba aprender a no confiar plenamente en nadie.

Vale que estuviera jodido ya, pero no iba a permitir que la tentación rubia me jodiese aún más. Ni de coña.

Cuando la llamé y accedí a verla, le dejé bien claro que eso no era una cita, ni mucho menos. Había aceptado su propuesta de vernos por mera curiosidad, por saber qué era eso tan importante que tenía que contarme. Ni de coña pensaba bajar la guardia otra vez. ¿Quién me decía que no venía con una grabadora para sonsacarme y que su amiga la escritora lo utilizaría contra mí en el juicio que se avecinaba?

Cuando sonó el timbre, respiré hondo.

«Vamos allá, Willy, mantente firme pase lo que pase. Al enemigo, ni agua.»

—Ayúdame, y cierra la puerta. —Ése fue su saludo, al tiempo que me soltaba dos bolsas de plástico que traía en la mano.

No esperaba esa entrada de Jessy, desde luego.

Llevaba su espectacular pelo rubio recogido en una coleta alta, unos vaqueros corrientes y una cazadora tejana. Por delante le colgaba una bufanda a la que le había dado dos vueltas alrededor del cuello y..., lo más sorprendente, en lugar de tacones, iba en deportivas rosas.

Se encaminó hacia la cocina con determinación y yo me limité a seguirla,

totalmente sorprendido.

Lo primero que hizo fue vaciar su bolso sobre la mesa. Luego enarcó las cejas casi con chulería.

—Vaya, todo un detalle —admití irónico ante su gesto.

—Quería despejar tus dudas: ya ves que no llevo ninguna grabadora, ni nada por el estilo.

A continuación, se quitó el abrigo y dio la vuelta a sus bolsillos vacíos.

—Vale, es suficiente.

—Ah, y traigo un regalo para ti —continuó con soltura— para demostrarte que estoy de tu parte.

Me quitó una de las bolsas que yo todavía llevaba en la mano y la puso sobre la mesa.

—¿Un regalo? Pues no sé si aceptarlo, la verdad. Últimamente, no hay obsequio bueno por muy tentador que sea el envoltorio. —Tiré a dar, no lo niego.

Jessy señaló la bolsa, impasible ante mi comentario de doble sentido.

—Sácalo, está dentro. —Se cruzó de brazos esperando, sin pestañear ni poner morritos.

Joder, ¿dónde estaba la Jessy que yo conocía?

—Vale, pero espero que no sea una bomba.

Hizo un gesto de impaciencia y puso los ojos en blanco.

Al sacar mi «regalo», no pude evitar gritar de emoción.

—¡La cámara de vídeo!

—Es tuya, y, lo más importante, dentro está la cinta, me aseguré de que no le diese tiempo a sacarla.

—¡Hostia, Jessy!

Estaba impresionado, lo juro.

—No sospeché nada, actué con rapidez. Me ofrecí a ayudarla a que recogiera sus cosas personales de tu casa precisamente por eso. —Mientras lo explicaba, sacó un botellín de agua de la nevera. Luego señaló la segunda bolsa—: Y ahí van otros dos regalitos, que también te van a gustar, aunque uno... igual tendré que devolverlo, ya veremos...

Saqué el contenido. Mi mirada iba de ella a la bolsa y de la bolsa a ella. Todavía estaba alucinado, nunca lo habría imaginado de Jessy.

—¡La grabadora y su libreta de apuntes!

También había un montón de recortes de algunos periódicos con la noticia de la gala.

—Bueno, pues ya puedes estar tranquilo porque, con esas cintas en tu poder, que me consta que todavía no ha usado, recuperas tu intimidad y te aseguras de que no caen en manos enemigas.

«Demasiado bueno para ser verdad», me dije. ¿No habría gato encerrado?

—Toma —me cogió la muñeca y, cuando abrí la mano, depositó en ella un *pendrive*—, esto mejor lo revisas con tu abogada, porque no sé si vale o no: son conversaciones nuestras.

—Pero ¿por qué haces esto, Jessy?

Se sentó en uno de los taburetes rojos de la isleta de mi cocina y, con tranquilidad, bebió de la botella antes de contestar.

—Porque estoy harta —sentenció—. Tú no lo has pensado, y no te culpo, bastante tenías con lo tuyo, pero Ella también me utilizó a mí y me mintió. Para ella, fue como matar dos pájaros de un tiro, Willy. Por un lado, te utilizaba para que fueras tú su personaje y así le escribieras el guion de la novela y, por otro..., me jodía a mí también. Lo he leído: siempre me ha odiado hasta el punto de obsesionarse conmigo.

Todo encajaba por el momento, aunque aún no comprendía qué pretendía obtener Jessy con todo eso, salvo su venganza personal, claro.

—Recuerda: su libreta de apuntes... te será de gran utilidad para que compruebes que lo que te digo es la verdad.

—Gracias, Jessy, no me esperaba esto...

—Una última cosa —me abordó directamente—. ¿Qué ha pasado con el club? ¿Te han echado?

Pensé qué me habría aconsejado mi abogada Diana, si contestar o no a sus preguntas, pero como no estaba allí..., me arriesgué, ¡qué cojones!

—No, todavía no..., pero lo harán, supongo.

—Te has quedado sin trabajo, sin pareja y con una larga lista de teléfonos que tachar.

—Más o menos, sí. —Mi sonrisa fue triste.

—Lo suponía —repuso, y abrió su cartera para sacar una tarjeta—. He hablado con mi hermano; ya sé que no te lo he consultado, pero bueno, esto podría interesarte. Guárdala bien, ya te lo explicaré otro día, ahora tengo que irme.

Aquello me desconcertó por completo. La tarjeta no era precisamente de un abogado o de un psicólogo, sino que llevaba el emblema y el nombre de un club... Pero ésa es otra historia distinta.

EPÍLOGO

—... y se admitió a trámite como prueba documental y a la vez testimonio de mi defendido ese manuscrito al que hice referencia, el que su señoría aceptó al inicio del proceso, junto con las grabaciones, y que figura con el título de *Todo un personaje*.

Me masajeo el puente de la nariz. Me habría quedado dormido, después de tres largas horas, si llega a durar la vista un minuto más.

—Se levanta la sesión —concluye la jueza.

Estiro las piernas, por fin, y veo que Diana, mi abogada, llega hasta mí y me da un apretón de manos. Hoy parece realmente satisfecha. Se inclina hacia delante para decirme algo confidencial.

—Lo tenemos ganado, Willy —me susurra al oído.

Varias personas me hacen corro para saludarme mientras ella se aleja. Los saludo a todos, firmo algún autógrafo y trato de escabullirme de la sala. Diana me hace entonces un gesto con la mano levantada entre toda la algarabía de periodistas que están a la entrada y la alcanzo de un par de zancadas.

Cuando salimos por la puerta del Juzgado de Instrucción número 3, nos encontramos las cámaras retransmitiendo en directo.

—Éste es un juicio mediático sin precedentes... Como saben, la escritora premio nacional de novela romántica otorgado por la Academia interpuso una querrela judicial contra su pareja, el conocido entrenador de baloncesto Willy López...

—Vamos, vamos... —me apremia Diana empujándome ligeramente por el codo detrás de dos policías que nos abren paso.

Una vez fuera, se arremolinan todos e intentan rodearnos. Yo agacho la cabeza y trato de no mirar a nadie, porque, si no, acabo contestando por inercia, y porque..., joder, están haciendo su trabajo.

—¿Qué pueden decirnos de la vista de hoy? —Le plantan el micro a mi abogada en la boca.

—No podemos hacer declaraciones de momento, muchas gracias —contesta Diana sin más.

Y entonces, de repente, la nube de periodistas se aleja corriendo porque acaba de salir Ella, la gran diva de las letras. Por un momento, cruzamos la mirada, mientras yo consigo llegar hasta el coche, y rápidamente se pone las gafas de sol.

Diana sube al coche de detrás y sale pitando.

Yo abro la puerta del mío y me acomodo con rapidez en el asiento del pasajero. Cierro y resoplo aliviado.

La miro, me sonrío y arranca con un acelerón de la leche. Lleva las gafas oscuras sobre la cabeza, está guapísima.

—Pareces agotado. Ha sido duro, ¿no?

Beso la mejilla de Jessy y ella mete tercera.

—Dice Diana que... —hago una pausa teatral— ¡lo tenemos ganado!

—¡¡¡Yeeeeeeeeehaaaaaaaaa!!! —grita levantando los brazos.

—¡Joder, Jessy, no sueltes el volante! —Pero me río con ganas, la noto pletórica.

—¡Hay que celebrarlo, bicho! ¿Qué podemos hacer?

—¿Te hace un japonés? —bromeo, porque sé que odia el *sushi*.

—Capullo... —me suelta.

—Vaya, acabo de acordarme... —digo entonces. Ella aparta un segundo la vista de la calzada, y continúo—: Tendrá que ser otro día. Hoy han vuelto Salva y Leire; he quedado con ellos para cenar.

Jessy parpadea confusa porque es evidente que se ve fuera, como de costumbre.

Trato de ponerme en su lugar. Imagino lo que estará pensando: «Me aparta porque no está seguro de lo nuestro, o porque no se enorgullece de mí, precisamente». Así que me siento un poco... responsable y bastante capullo, pero es que no sé cómo hacerlo. Es difícil después de todo lo que hemos pasado, de todo lo que he largado sobre la tentación rubia con mis amigos, las barbaridades que les he contado, incluidos algunos detalles morbosos. Puedo hacerme una idea de la impresión que tienen forjada de ella.

Y eso sólo tiene un nombre: *cobardía*, ni más ni menos.

¿Qué pienso hacer? ¿Seguir escondiéndola para que se sienta como unaapestada? ¿Apartarla de todos mis círculos? Es despreciable, ruin..., es mezquino.

Ya se lo hizo su ex... ¿Voy a comportarme yo igual? «Por otro lado, algún día tendrá que salir lo nuestro a la luz —me digo—. ¿Por qué no hoy?»

La miro en silencio mientras empieza a maniobrar para aparcar entre dos coches.

—Jessy..., quería decirte... que hoy puede ser el día, que en algún momento tendremos que decirles lo nuestro, ¿no? Quiero que vayamos juntos.

Y, de pronto, salto del asiento al oír el golpe que acaba de meterle al de atrás en todo el parachoques.

Me echo a reír, porque es la primera vez que la veo ponerse colorada como un pimiento morrón. Abrazo a mi rubia y se le iluminan los ojos.

—¿En serio? ¿Vamos a... hacerlo público?

Asiento con la cabeza y Jessy vuelve a abrazarme de nuevo, fuerte, fuerte.

En fin, todavía no sabemos cómo saldrán las cosas, pero si algo tengo claro es que, poco a poco, vuelvo a ser yo, Willy López, y que atrás quedó ese Willy que fue... todo un personaje.

Su señoría ya habrá terminado de leer este libro, mi testimonio sobre los hechos que me han llevado ante los tribunales, y sólo me queda esperar su veredicto. Es de justicia que el juez tenga la última palabra, pero, por supuesto, yo me declaro: «INOCENTE de todos los cargos que se me imputan»...

¿Y tú, lectora? ¿Qué opinas?

Dame tu veredicto en: Todounpersonaje@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Víctor por su aportación, su paciencia... y su apoyo incondicional, en especial, en esta novela.

BIOGRAFÍA



Sylvia Marx es el seudónimo de la zaragozana Sylvia Martín.

Se considera una persona luchadora, creativa y polifacética, pues además de su trabajo como técnico en consumo y RRL (graduado social, relaciones laborales) ha colaborado en medios de comunicación como Cadena Ser local y en diferentes publicaciones.

Escribe desde siempre, pero fue en el año 2012 cuando vio la luz su primera novela *Mili...¡milagro!*, por la que recibió el Premio Autora Revelación 2013. Más tarde publicó la divertida *Cómo intentan ellos ligar en un chat* y diversos monólogos, así como *Ni tú*

Romeo, ni yo Julieta (Esencia),

Su otra gran pasión es el teatro, así que, después de seis años subiendo al escenario para actuar, decidió aunar ambas facetas: la literaria y la escénica. Desde entonces, escribe y dirige sus propios guiones y da clase a varios grupos de iniciación, como *coach* personal y de equipos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.sylvia-marx.com y en redes sociales: <https://www.facebook.com/SylviaMartinH/?ref=hl> y https://twitter.com/SylviaMartin_

Si quieres comunicarte con la autora, ha puesto a vuestra disposición un correo electrónico: nituromeoniyojulieta@gmail.com

NOTAS

[1] *Mentiras piadosas*, Sony Music, interpretada por Joaquín Sabina. (*N. de la e.*)

[2] *19 días y 500 noches*, Ariola, interpretada por Joaquín Sabina. (N. de la e.)

Soy todo un personaje
Sylvia Marx

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Judit Serrano Delgado

© Sylvia Marx, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16725-9
Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

